

# Protozoos insumisos

colección  
Ciudadanía  
Global

3

Propuestas

## Ciudadanía y consumo responsable

Araceli Caballero



 Intermón  
Oxfam  
editorial

TEX'08



### Protozoos insumisos

Dirección de la colección:  
Sibila Vigna

Coordinación de la producción:  
Elisa Sarsanedas

© texto: Araceli Caballero, 2008

© ilustraciones: Xavier Gándara, 2008

© de esta edición: Intermón Oxfam,  
enero, 2009

Diseño gráfico: Lluís Torres

ISBN: 978-84-8452-590-5

Impreso en Ferré Olsina, S.A.

Depósito legal: B.2.064-2009

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "copyright", la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Impreso en papel exento de cloro.

Esta publicación ha sido realizada con el apoyo financiero de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), con cargo al Convenio, Proyecto, Acción "Red de educadores y educadoras para una ciudadanía global". El contenido de dicha publicación es responsabilidad exclusiva de "Oxfam Intermón adjudicataria" y no refleja necesariamente la opinión de la AECID.

# Sumario

## 5 **Presentación**

## 9 **Introducción: De protozoos, cerdos y ratones**

1	21	<b>¡Houston, tenemos varios problemas!</b>
	24	<b>Se atormenta una vecina</b>
	25	<i>Catástrofes más o menos naturales</i>
	36	<i>Los tiempos cambian</i>
	46	<i>Una capa que poco tapa</i>
	48	<i>Y duran y duran y duran</i>
	50	<i>El caballo de Atila</i>
	58	<b>No hay más cera que la que arde</b>
	61	<i>¡Madera, más madera!</i>
	70	<i>Sin suelo bajo los pies</i>
73	<i>La mayor riqueza es la vida</i>	
80	<b>...Pero los pobres lloran más</b>	
82	<i>Consumir es cuestión de clase</i>	
84	<i>La pobreza es un desastre</i>	

## 2 **87 Intermezzo. La ley del deseo**

3	101	<b>Con estas manitas...</b>
	106	<b>En casa</b>
	106	<i>Energías domésticas</i>
	113	<i>Se lava, se lava y el Planeta se acaba</i>
	118	<i>El basurero puede esperar</i>
	125	<b>Comprar barato a cualquier precio</b>
	137	<b>Los peligros del trabajo</b>
	140	<b>Con el dinero no se juega</b>
	142	<b>En la calle...</b>
	150	<i>...codo a codo, somos mucho más que dos</i>
154	<b>Palabras y geografía</b>	

# Presentación

En vuestras manos se encuentra un verdadero regalo, obviamente no consumista, y además doble, porque creo que pretende, a la vez, instruirnos en los contenidos de fondo y deleitarnos en las formas. Y no precisamente porque se trate de un libro complaciente; más bien resulta inquietante, aunque está escrito con total afecto por las personas, la sociedad y la naturaleza.

En lo que a aspectos temáticos se refiere, contiene elementos descriptivos, connotaciones críticas, reflexiones profundas y propuestas de comportamiento. Todo ello eficazmente enlazado con una lógica aplastante y generadora de una inexcusable capacidad de indignación, pero con una puerta abierta siempre a la esperanza en la capacidad de raciocinio del género humano. Desde el punto de vista formal, el particular estilo de Araceli Caballero entremezcla una abundante referencia documental con la ironía, la causticidad en ocasiones y la amenidad siempre, hasta el punto de conducirnos a veces a ensoñaciones, buenas y malas, que tienen la virtud de sacudir nuestro apacible bienestar acomodaticio.

Casi nada se olvida en el catálogo de los problemas derivados de un consumismo exacerbado: la búsqueda de falsas seguridades, las catástrofes llamadas naturales, pero de claro origen humano, los accidentes industriales, los residuos, el cambio climático, la capa de ozono, los pesticidas, la huella ecológica, el

agua, el límite de los recursos, la deforestación y la desaparición de especies animales, las patentes farmacéuticas y la ingeniería genética. Y, evidentemente acompañando a todo ello, las crecientes diferencias de ingresos y la plaga de la guerra, con su consiguiente preparación mediante el gasto militar.

Las reflexiones críticas parten de una afirmación básica: la ciudad se ha convertido en mercado y el ciudadano, en consumidor. Mientras el mito del desarrollo se ha extendido por doquier, la austeridad ha devenido, como nos recuerda Araceli, una acción subversiva (Wall Street Journal dixit). En la hora actual, parecen olvidarse los nefastos efectos del consumo en el abuso de los recursos de la Naturaleza, en la explotación del Sur por parte del Norte y en la distribución negativa de la renta dentro de cada país. El acertado recurso al pensamiento ghandiano lleva a Araceli a recordarnos que la Tierra ofrece bienes para cubrir las necesidades de todos, pero no la codicia de todos, y también a la espléndida iniciativa de la creación de una escuela que nos redima de la condición de idiotizados. Si a ello le acompañamos, dice la autora, la convicción de que es necesario actuar no sólo localmente sino también globalmente, habremos dado un importante paso.

Abundan también en el libro las propuestas para enfocar un consumo que, como bien afirma el PNUD, debería ser compartido, fortalecedor de las capacidades humanas, responsable socialmente y, sin duda, sostenible. Se sugieren actitudes que sean capaces de superar las interesadas propuestas publicitarias, psicológicamente planificadas, y se re-centren en la famosa tríada de la reducción, de la reutilización y del reciclaje. Y a partir de aquí aparecen los comportamientos domésticos, las prácticas del comercio justo, la vigilancia de las condiciones de trabajo, las compras de proximidad, los embalajes superfluos, la alerta frente a las grandes superficies y las propuestas de banca ética y de intercambio no monetarizado. Complementariamente se citan tres elementos imprescindibles, tales como la disponibilidad de buena información, la capacidad organizacional de los consumi-

dores y la exigencia de responsabilidades hacia las empresas y las administraciones públicas.

Nos hallamos en una época de crisis sistémica, cuya vertiginosidad y extensión no era previsible cuando Araceli escribió su texto implícitamente premonitor, pero la realidad actual transforma tal texto, ya de por sí útil, en un vademécum de los nuevos caminos que, en el ámbito del consumo, deberían tomarse para que la crisis, que también es oportunidad, fructificara en una transformación de la economía hacia aquello que constituye su única esencia: la satisfacción, sin excesos, de las necesidades –inherentes a la dignidad de una persona– de toda la población humana.

Harán falta muchas Aracelis y muchos ensayos como el que ella ahora nos ofrece para que no tan sólo en el consumo, sino también en la producción, en la distribución, en las finanzas, en la res pública, en los centros educativos, en los medios de comunicación y en las valoraciones éticas lleguen a aparecer muchos protozoos insumisos.

ARCADI OLIVERES

*Hay una manera de contribuir a la protección de la humanidad, y es **no resignarse**.*  
Ernesto Sábato: *La resistencia*

## De protozoos, cerdos y ratones

El tema de este libro es el consumo responsable. Comencemos aclarando términos para que la espuma de los sobreentendidos no nos confunda. Consumo responsable significa consumir con responsabilidad. Parece una tautología –o una tontería–, y tal vez lo sea. O tal vez no, porque, a fuerza de reducir las palabras a carne de eslogan, expresiones como “consumo responsable”, “solidaridad”, “ciudadanía global”, etc. pasan (previa adquisición de mayúsculas) de ser comunes sustantivos que denominan a nombres propios que trasladan los significados concretos al limbo de los lenguajes restrictivos y fantasmales, convirtiéndose en argumentos de venta de las cosas más variadas: objetos, excusas morales, somníferos para conciencias, etc. Pues bien, este libro trata de consumo responsable con minúscula; es decir, de cómo vivir sin comerse el mundo ni dañar a sus habitantes, sin *daños colaterales*.

### De consumidores a ciudadanos

Un obstáculo se alza en el camino, que consiste en convertir la “ciudad”, espacio donde ejercer y disfrutar la ciudadanía, en un mercado. Se diría que la ciudadanía hemos abdicado (sólo puede abdicar el soberano, que es el pueblo, en la más tradicional concepción de la democracia) a favor del mercado, auténtico detentador de ciudadanía económica.

Decir el “mercado” es confundir los términos, porque sería como responsabilizar a la naturaleza de los muertos en un terremoto (no a los gobernantes, a quienes planifican construir en lugares no apropiados, a quienes construyen, etc.), con los mismos efectos: no se puede hacer nada contra eso. No es el mercado, sino quienes lo rigen, porque, en este panorama de abdicaciones, votamos a quienes poco deciden y no votamos a quienes no conocemos pero sí deciden.

Tiene esto una implicación cívica y política muy importante: ya no somos ciudadanos y ciudadanas, sino consumidores, una nueva especie de protozoos, con aspecto humanoide, pero cuya vida consiste en tragar, en un amplio abanico de sentidos, incluidos los más coloquiales. Y abarcando no sólo los terrenos de lo material, puesto que el consumismo es un conjunto de comportamientos, hábitos y valores, un modelo de organización socioeconómica y de comportamiento individual, una ética, e incluso una estética.

No me resisto a citar aquí el gran invento del consumismo: la obsolescencia planificada, que consiste en que las cosas ya se fabrican para que duren poco, lo que requiere convencer al comprador de que eso es una ventaja. Fue inventada en 1895 por un vendedor llamado Gillette, padre de las maquinillas de afeitarse desechables, y creo que no necesita mayores comentarios.

Hace ya más de medio siglo, un experto norteamericano en **mercadotecnia**, Victor Lebow<sup>1</sup>, escribía: “Nuestra economía terriblemente productiva [...] exige que hagamos del consumo un estilo de vida [...] Necesitamos que las cosas se consuman, se quemem, se gasten, se sustituyan y se tiren a un ritmo cada vez más rápido”. Si nos dicen que debemos quemar, gastar, ... consumir a ritmo creciente porque lo necesita la economía, seguramente no cuela. Pero si hacemos de ello horizonte de felicidad, de inclusión, de éxito; si, en una palabra, se consigue convencer-

.....  
<sup>1</sup> LEBOW, Victor. *Marketing Analyst*, 1950.

nos de que somos nosotros quienes necesitamos vivir así, el triunfo está asegurado. Volveremos a este asunto cuando hablemos, más adelante, de necesidades y deseos.

## Los andares del cerdo

Del cerdo se aprovecha todo, hasta el punto de que hay quien dice que de él le gustan hasta los andares. Pues para el mercado, somos como el cerdo: aprovecha de nosotros hasta los andares. Basta mirar los anuncios para comprobar que no intentan vender objetos, sino percepciones, sensaciones. Kevin Roberts, presidente de Saatchi & Saatchi explica que la publicidad eficaz consiste “en obtener una lealtad en el consumidor que vaya más allá de la razón”. La conclusión la sacaba él solito: “Pienso que Marshall McLuhan se equivocó al decir que el medio es el mensaje. Creo que hoy el mensaje es el medio”.

•••

La publicidad escenifica un malentendido, un desencuentro comunicacional, en el que caemos como moscas (como cerdos): ellos quieren vender cosméticos (o coches, o colonias, o detergentes, o artilugios electrónicos, o lo que sea); nosotros creemos comprar felicidad.

“Es nuestra meta: ser felices. La publicidad también se apunta a repartir alegría”. ¿Qué pretende vender esta frase? En este caso, cosméticos, pero podría ser cualquier cosa. La publicidad escenifica un malentendido, un desencuentro comunicacional, en el que caemos como moscas (como cerdos): ellos quieren vender cosméticos

(o coches, o colonias, o detergentes, o artilugios electrónicos, o lo que sea); nosotros creemos comprar felicidad. Ahora los publicistas son expertos psicólogos que dominan más los mecanismos de los comportamientos humanos (ellos dicen “del mercado”) que cualquier otra cosa.

El rito democrático por excelencia, las elecciones, se han convertido en **mercadotecnia**. ¿Puede distinguirse una campaña electoral de una campaña publicitaria? Aquí lo que nos

venden no es la sensación de felicidad, sino de participar. A fin de cuentas, como afirma el mismo Roberts, “la publicidad no es nada más, ni nada menos, que contar historias. En eso consiste mi negocio”. Ya lo escribió León Felipe: “Nos duermen con cuentos”.

En una sociedad que con precisión se denomina “de consumo”, puede decirse, en más de un sentido, que nuestra capacidad de consumir es lo que nos constituye en sujetos políticos, más allá de formalidades administrativas. Esto significa que el poder ciudadano se limita al poder adquisitivo, convertido en el poder relevante, pertinente, el que corresponde a la sociedad de consumo. Quien no tiene capacidad de acceder a los objetos de consumo, no es nadie, es, literalmente, in-significante; no tiene nada que hacer, no tiene nada que decir. Su lugar social y político está más allá de la exclusión: es invisible. Y quien elige también una ética distinta, es, también literalmente, extravagante: anda fuera de los caminos consagrados.

Por eso, un consumo crítico y articulado es una forma de participación política, de ejercicio de ciudadanía cosmopolita, puesto que tiene, en este mundo globalizado, implicaciones globales: comercio justo, relaciones Norte-Sur, etc.

El consumo responsable, en sus aspectos más prácticos y sus implicaciones más tangibles, pone de manifiesto una concepción de la libertad (otro concepto capital en ciudadanía) más generosa, más humana, y más contrastada en la práctica, porque está ligada al concepto de bien común. No una libertad “de suma cero”: mi libertad acaba donde empieza la del otro, que es como decir que la libertad de los otros limita la mía. Si bien se mira, esto de tener en cuenta la realidad (el mundo, todos los seres humanos) muestra que, más bien, y como escribe Capella, “nuestras posibilidades reales de libertad están en función de las posibilidades de todos”.

Todo esto significa una propuesta subversiva: si la sociedad de consumo reduce la ciudadanía a la condición de consumidores, la propuesta es desandar el mismo camino, en sentido con-



trario, convirtiendo el consumo en instrumento de construcción de ciudadanía.

Hace más de diez años, el *Wall Street Journal* calificaba de “subversiva” la austeridad, una palabra que el consumismo se ha encargado de desacreditar por contraria a sus intereses.

Tenía razón. *Austeridad* no es sino usar los bienes ateniéndose a lo que hay, y eso ataca al consumismo –como práctica y como ideología– **“por do más pecado hubo”**, dicho sea con permiso de Valle-Inclán.

La responsabilidad tiene dos requisitos: información y conciencia, y a ambos pretende contribuir este libro poniendo sobre la mesa los vínculos –a menudo ocultos y ocultados– entre los tres vértices del triángulo vicioso: consumismo-deterioro ambiental-empobrecimiento y exclusión.

## Desarrollo sostenible

Con la fuerza del mito, el desarrollo ha funcionado durante décadas como horizonte vital, anhelo social e inspiración política. Todo país que se preciara en algo tenía como meta convertirse en “desarrollado” y quienes ya peinamos canas recordamos los Planes de Desarrollo del franquismo y otras euforias economicistas. Los países que no llegaban a determinado nivel de Producto Interior Bruto (PIB, tradicional sistema de “tallaje” de países) eran considerados “subdesarrollados”, categoría humillante (y, si bien se mira, denominación insultante). La corrección política dictó más tarde lo de “en vías de desarrollo” que aún se emplea, en algunos casos con un desprecio a los datos que tiene mucho de cinismo.

‘Desarrollo’ es un término que encierra la idea de crecimiento, de desplegar las propias posibilidades, hasta alcanzar un

• • •

**Si la sociedad de consumo reduce la ciudadanía a la condición de consumidores, la propuesta es desandar el mismo camino, en sentido contrario, convirtiendo el consumo en instrumento de construcción de ciudadanía.**

estado pleno, según la propia naturaleza. ¿Qué tiene esto que ver con los países? Respecto a ‘crecimiento’, algo muy sencillo: crecimiento del PIB. Respecto a la segunda acepción, la verdad es que muy poco, porque el carácter propio de cada cual –la voluntad de su ciudadanía– cuenta poco en el esquema de desarrollo imperante.

El consenso que ha funcionado durante décadas descansa en tres verdades indiscutidas:

- desarrollo es esto que hemos alcanzado en los países industrializados,
- es una meta posible para todos los países,
- alcanzarla es sólo cuestión de tiempo.

El modelo era (y sigue siendo, si atendemos a los discursos de muchos políticos y casi todos los poderes económicos) la metáfora del tren: cuanto más avanza la cabeza, más avanza el furgón de cola.

La tozudez que caracteriza a la realidad consigue a veces imponerse, y, a la vista de los hechos, estos tres dogmas de fácil comprobación han resultado más bien como esos eslóganes publicitarios que nos repiten machaconamente con el impúdico objetivo de que nos los creamos y adecuemos a ellos nuestras conductas. A principios de la década de los setenta se empiezan a percibir “los límites del crecimiento”, por utilizar el título del informe Meadows para el Club de Roma que precisamente daba la voz de alarma al respecto. Como un mal presagio, a los veinte años del primero, el segundo informe Meadows se llamó “Más allá de los límites del crecimiento”: los límites que parecía que íbamos a romper en el 2000 ya llegaron bastante deteriorados en muchos campos al final del milenio.

Así las cosas, parece que la metáfora de la tarta es mucho más apropiada: a medida que unos pocos comen (comemos) más, a otros les toca menos; más poder, más trozo de tarta. O la imagen de la manta, tan escasa por algunos sitios mientras otros andamos tan arropados. Este modelo de desarrollo –tan propio



del optimismo ilustrado— sólo es viable con una condición que significa la negación de los dogmas anteriormente formulados: que se limite a aquí y ahora; es decir, no es posible ni para siempre ni para todos, puesto que genera destrucción (al futuro lo dibujan sombrío) y desigualdad (todos no podemos gozar de los mismos bienes).

Se impone, pues, la apostasía de los tres dogmas y la caída del mito del crecimiento, ya que cada vez se hace más difícil negar que el modelo de desarrollo del Norte rico e industrializado exige:

- Sobreexplotación de la Naturaleza.
- Explotación del Sur por el Norte mediante un sistema injusto de intercambios comerciales.
- Redistribución negativa de la renta en el interior de los países.

¿Qué tienen que ver con nosotros, simples mortales, estas elevadas cuestiones, que parecen más propias del Olimpo de las decisiones políticas reservadas a políticos olímpicos? Pues que casi nada es tan olímpico—salvo, tal vez, nuestra forma de pasar de determinadas cuestiones— y que todo esto está estrechamente ligado a algo tan terrenal como nuestras ganas, nuestras necesidades y nuestros deseos y nuestros más terrenales hábitos cotidianos.

Cuando hablamos de *modelos de desarrollo* no nos referimos a algo que depende de graves decisiones que se toman en esotéricos centros de poder. Es cierto en parte, pero sólo en parte, porque nuestro modelo

• • •

**Cuando hablamos de *modelos de desarrollo* no nos referimos a algo que depende de graves decisiones que se toman en esotéricos centros de poder. Es cierto en parte, pero sólo en parte, porque nuestro modelo de desarrollo, en la vida cotidiana, se llama **sociedad de consumo**, ese conjunto de comportamientos, hábitos y valores, ese modelo de organización socioeconómica y de comportamiento individual, esa ética, e incluso esa estética, que mantenemos entre todos y que, por consiguiente, está en nuestras manos cambiar.**

de desarrollo, en la vida cotidiana, se llama **sociedad de consumo**, ese conjunto de comportamientos, hábitos y valores, ese modelo de organización socioeconómica y de comportamiento individual, esa ética, e incluso esa estética, que mantenemos entre todos y que, por consiguiente, está en nuestras manos cambiar.

*El estado del mundo 2004*, informe anual del Worldwatch Institute, repasaba con su seriedad habitual cómo, por qué y qué consumimos, y el impacto que nuestras decisiones en este campo tienen sobre el Planeta y sobre el resto de sus habitantes. Concluye—que no falte el optimismo— que una sociedad menos consumista no sólo es posible, sino—que tampoco falte el realismo— imprescindible.

El Informe sobre Desarrollo Humano del PNUD del año 2000 alertaba sobre la necesidad de introducir factores socioeconómicos (justicia, género, derechos humanos,...) en los problemas ambientales como algo imprescindible tanto para un análisis que permita **comprender** como para la **acción** que contribuya a solucionar. De una forma un tanto esquemática, digamos que la injusticia produce deterioro ambiental, y viceversa, y que ambos vértices de este viciado triángulo se sostienen en la cultura y la ética consumistas. Ser parte del problema nos brinda la oportunidad de ser parte de la solución. Para ello han de cambiar nuestras **percepciones** y **valoraciones**, que se verifican en nuestras **acciones**, en los actos, que, a fin de cuentas, constituyen los testigos más veraces de lo que somos. Y todo ello significa, ni más ni menos, que cambiar la forma de mirar, el punto de vista, como descubrió el ratoncito de Galtung.

“Es la parábola—explica— del pequeño ratoncito. Me llama por teléfono celular y me pide ayuda. Está en un laberinto en el que no hay salidas. Por un lado, descargas eléctricas; por el otro, fuego o hielo. Fuera del laberinto hay succulentos manjares para un ratón hambriento como él. Está al borde del infarto. Le digo: ‘señor ratoncito, en tu laberinto no hay techo; entrénate, da un saltito y te encontrarás fuera’. Me responde: ‘¿Cómo no me había

dado cuenta antes de que no hay techo?'. Le digo: 'Porque vas con la nariz demasiado baja', 'Pero es que los ratones siempre lo hemos hecho así', replica. ¡Eso es parte del problema!, concluyo."

## Avisos para navegantes

Vaya aquí el anuncio de tres advertencias.

La primera, que hay que coger con pinzas la expresión "piensa globalmente; actúa localmente". De acuerdo en el sentido de que hay que tener en cuenta las consecuencias de nuestros hábitos cotidianos, más allá de los límites de nuestra personita y nuestra casita. En oposición frontal si nos quedamos en que haciendo estas cositas, yo ya estoy a salvo del estigma "azote ecológico de la humanidad". Dicta el sentido común que cada problema encuentra adecuada solución en el ámbito que se plantea, y hay problemas globales que exigen actuaciones globales.

Esto nos lleva a la segunda advertencia. "Si el consumo se puede convertir en un acto de solidaridad, también la solidaridad puede convertirse en un acto de consumo". En este sentido, conviene tener clara la formulación del problema, que marca, como es bien sabido la vía –y la posibilidad– de solución: si el problema es el propio sentimiento de culpabilidad, o la situación de la gente empobrecida, oprimida, excluida, la conclusión –y la actuación– es muy diferente: se plasmará en cambiar la sensación o en cambiar la realidad. Que son dos cosas muy diferentes. Esta segunda advertencia quiere avisar que la acepción de 'solidaridad' en este libro de ambicioso horizonte y modesta aportación es la de Bauman. "La solidaridad –dice– es la mutua responsabilidad, porque cualquier cosa que hagamos afecta a todos. Dependemos todos los unos de los otros". No es más, en sus propias palabras, que asumir "responsabilidad sobre nuestra responsabilidad".

Y las dos anteriores nos hacen aterrizar en la tercera advertencia. No encontrarán en estas modestas páginas de ambicioso objetivo el bien y el mal codificados y debidamente ordenados, porque en la vida real la cosa no suele funcionar así, sino que elegimos entre opciones reales (ya sé que repito adjetivo: es apostá). La muy cívica actividad del discernimiento es imprescindible.

Aquí va la información y un análisis a la medida del libro y, sobre todo, de mis capacidades. Decidir cómo vivir es tarea de cada cual. Por eso estas páginas se mueven en ese espacio tan amplio que se sitúa entre los textos sagrados que invitan a vivir con respeto, a pisar con respeto la Tierra, y la señorita Pepis, que anima a hacer las cosas "con estas manitas".

ARACELI CABALLERO  
Barcelona, abril de 2008

**Lo que va en estas páginas** lo he recibido de tanta gente, lo he aprendido con tanta gente, que necesitaría otro tres veces mayor para nombrarla.

Cristina, Paco y Sheila las leyeron enteras o en parte. Sheila, además de otros muchos apoyos, corrigió con el cuidado que le es propio. Gracias.

El diario *El Independiente* (especialmente el suplemento “Planeta Tierra”), hace ya muchos años, y las revistas *Alandar* y *Humanizar*, así como el equipo de Educación de Intermón Oxfam, me empujaron a aprender y escribir con regularidad de estos temas; a quienes conozcan estos materiales les sonarán algunas cosas. Quede aquí reconocido.

¡Houston,  
tenemos  
varios  
problemas!

Un periodista preguntó a Woody Allen, cuando fue a Oviedo a recoger el Premio Príncipe de Asturias, cuál consideraba el problema más importante. “La indiferencia”, dijo. Seguramente otros parecen más acuciantes, más evidentes, como el hambre, la violencia o el deterioro ambiental. “La injusticia” podría haber dicho, si lo que quería era ir a las causas. A mi entender, sin embargo, dio en el clavo, porque sólo la indiferencia nos permite convivir con la injusticia que se traduce en hambre, violencia, privación de derechos fundamentales y otras sinrazones. Indiferencia que permite no conmoverse ante el dolor ni enterarse de lo que pasa. Indiferencia, en fin, que actúa como un filtro para percibir (o no percibir) la realidad, que tal vez explique de qué amenazas nos defendemos, y cuáles ni siquiera percibimos como tales.

Nuestro mundo no parece el mejor de los posibles. Más bien se diría que vivimos una especie de epidemia de miedo que ha convertido la seguridad en un rentable negocio. Los seres humanos no estamos preparados para vivir en el miedo, así que algo hay que hacer para combatirlo, neutralizarlo o, al menos, entretenerlo. Y bien que saben esto empresas de seguridad, gerifaltes armamentistas y predicadores de algún rentable Apocalipsis (ya saben: como el cerdo). La cuestión es si nos defendemos de amenazas auténticas, o estamos aún con el lobo feroz, haciendo, en definitiva, el caldo gordo a quienes “nos duermen con cuentos”, como escribió León Felipe.

La Tierra es nuestra casa, de modo que sus problemas son los nuestros en un sentido muy real, nada metafórico. Las amenazas sobre ella ponen en peligro nuestra supervivencia. Hablar de los problemas del Planeta requiere, pues, comenzar por revisar algunos conceptos, como el de **seguridad**, reformulándolo a partir de las preguntas sobre qué amenaza realmente la vida y el bienestar de los seres humanos. La seguridad se ha medido tradicionalmente en términos militares, sin referencia a la vida cotidiana de las personas. Sin hacer referencia a la vida cotidiana, e incluso en contra: en nombre de la llamada “seguridad nacional”, se ha

llegado a atentar no pocas veces contra la seguridad real y el bienestar de los individuos. La “seguridad” militar para defendernos de invasiones y agresiones externas ha exigido durante años cuantiosas inversiones, unas políticas de investigación determinadas, incluso una concepción de la ciudadanía. El informe del PNUD, (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo) “Nuevas dimensiones de la seguridad humana” de 1994, centrado en

estos temas, denunciaba que “el gasto para proteger las fronteras sigue siendo superior al gasto para proteger a los seres humanos dentro de las fronteras o a través de ellas”.

• • •

**Hablar de los problemas del Planeta requiere, pues, comenzar por revisar algunos conceptos, como el de **seguridad**, reformulándolo a partir de las preguntas sobre qué amenaza realmente la vida y el bienestar de los seres humanos.**

# Se atormenta una vecina

Las inseguridades que sentimos tienen más que ver con lo que el mismo informe denomina “una gama de riesgos no tradicionales que no pueden enfrentarse militarmente”: la economía, la alimentación, el trabajo, la salud, la cultura o el medio ambiente, entre otras rutinas cotidianas. Según el PNUD, se condensan en tres: los efectos del **deterioro ambiental**, la repercusión de las **desigualdades sociales** y los peligros de un **armamentismo** que crece por caminos legales e ilegales. Respecto a estas amenazas tan tangibles es evidente que las armas no son la solución, sino una parte decisiva del problema. Resultan ilustrativas a este respecto películas como *El señor de la guerra* (2005), o la clásica –y muy recomendable– *El demonio de las armas* (1949), o el documental de Michael Moore *Bowling for Columbine*, Oscar en el 2003.

Habría que ir construyendo otros caminos, que ya existen y por los que transitan muchas personas y colectivos. Para paliar en alguna medida esa perversión del lenguaje que hace que llamemos “seguridad” a lo que da miedo, o “desarrollo” a una locura productivista que produce más agobio que felicidad, algunas personas y

•••

**La batalla por la paz debe librarse en dos frentes. El primero es el frente de la seguridad, en que la victoria significa libertad respecto al miedo. El segundo es el frente económico y social, en que la victoria significa libertad respecto de la miseria. Sólo la victoria en ambos frentes puede asegurar al mundo una paz duradera.**

organismos empezaron en un determinado momento a añadir el adjetivo “humano” (nadie ha explicado qué significa exactamente seguridad o desarrollo *in-* o *no-humanos*). Así, la **seguridad humana** supone un importante cambio de perspectiva. El Informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) de 1994 afirmaba que “la batalla por la paz debe librarse en dos frentes. El primero es el frente de la seguridad, en que la victoria significa libertad respecto al miedo. El segundo es el frente económico y social, en que la victoria significa libertad respecto de la miseria. Sólo la victoria en ambos frentes puede asegurar al mundo una paz duradera”.

## Catástrofes más o menos naturales

Parece que cada vez diluvia más cerca. Las noticias de desastres “naturales”, debidas a la ira ciega de la naturaleza, solían estar fechadas en lugares remotos, casi siempre en países de esos que ocupan los últimos lugares en las clasificaciones mundiales de prosperidad. Las inundaciones ahora navegan por la rica Europa y Estados Unidos, y el fuego devastador ilumina los industrializados cielos norteamericanos.

La Organización de las Naciones Unidas (ONU) declaró los años noventa “Década Internacional para la Prevención de los Desastres Naturales”, pero se diría que resultó gafe, porque las pérdidas económicas por esta causa se multiplicaron en esa década por 9 respecto a la de los años sesenta, según el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA). Comparando las dos últimas décadas, en los ochenta murieron más personas que en los noventa, según el citado organismo, pero en ésta fue mayor el número de personas afectadas; la cifra aumentó de 147 millones cada año en los ochenta a 211 millones en los noventa. A pesar de que parece que el diluvio se acerca, y “el huracán Katrina constituye un poderoso recordatorio de la fragilidad humana ante el cambio climático incluso en un país desa-


rollado, en especial cuando los impactos interactúan con inequidades institucionalizadas” (Informe sobre Desarrollo Humano 2007-2008), los desastres siguen siendo más frecuentes en los países empobrecidos. El mismo informe indica que “entre los años 2000 y 2004, unas 262 millones de personas resultaron afectadas por desastres climáticos, más del 98% de las cuales vivían en países en desarrollo”.

•••

“Entre los años 2000 y 2004, unas 262 millones de personas resultaron afectadas por desastres climáticos, más del 98% de las cuales vivían en países en desarrollo”.

Aunque la terminología oficial y las estadísticas, los medios de comunicación y las conversaciones de la calle distinguen entre las catástrofes naturales y las causadas por la intervención humana, la línea divisoria es cada vez más artificial. “El calificativo de natural puede ser una descripción engañosa para desastres tales como sequías, inundaciones y ciclones que aquejan gran parte del mundo en desarrollo”, señala el PNUMA en su informe *Global 2003*. “Por ejemplo –detalla–, la destrucción del medio ambiente natural debido a la explotación forestal y la utilización inadecuada de la tierra para obtener ganancias económicas a corto plazo es uno de los principales factores que estimulan las inundaciones o deslizamientos de tierras tales como los que golpearon a Venezuela en diciembre de 1999. Del mismo modo, la migración de la población hacia zonas urbanas y costeras aumenta la vulnerabilidad humana. A medida que la densidad demográfica aumenta, la infraestructura se sobrecarga, las áreas habitables se acercan a las industrias potencialmente peligrosas, y se construyen más asentamientos en zonas vulnerables tales como llanuras aluviales o zonas proclives a los deslizamientos de tierras. Como consecuencia, las catástrofes naturales afectan a más personas y las pérdidas económicas aumentan”.

El adjetivo “natural”, además de confuso, encierra el peligro de convocarnos a la resignación y a la solidaridad asistencial (que no son lo mismo, pero a veces viajan juntas), ya que, parece, no puede hacerse nada frente a la “ciega e implacable natura-



USTED, CIUDADANO DE PARÍS, LONDRES, ROMA, BRUSELAS, BARCELONA, NUEVA YORK... PIENSE POR UN MOMENTO QUE EN SU CIUDAD SE ESCONDE UN TERRORISTA MUY BUSCADO. IMAGINE QUE EXISTE UNA PRIMERA POTENCIA MUNDIAL QUE BOMBARDEA LOS HOSPITALES, ESCUELAS, HOGARES, ANCIANOS Y NIÑOS DE SU CIUDAD PARA MATAR AL TERRORISTA ¿SERÍA JUSTO? Y EN CASO DE QUE NO: ¿POR QUÉ DEMONIOS NADIE HACE NADA?

leza". Pero, tópicos periodísticos aparte y como decía el chiste de la vieja estrella de cine, ya no queda casi nada natural. ¿Puede considerarse *natural* que más de 850 millones de personas pasen hambre? ¿Acaso es un desmán de la naturaleza la desertificación que ha provocado ya más de diez millones de desplazados en todo el mundo, que serán 150 millones en el 2050, según la ONU?

Hace unos años, el huracán Mitch despertó en España una ola de solidaridades digna de encomio. Los medios de comunicación proporcionaron más información que en otras ocasiones similares. Así supimos lo que hacía falta y oímos el relato en primera persona de los devastadores efectos. Y también algunas de las causas; supimos, por ejemplo, que la deforestación de las laderas de los montes agravaron enormemente los efectos destructores. En el invierno de 2008 se están produciendo graves inundaciones en varios países latinoamericanos (Ecuador, Bolivia, Perú, Argentina, entre otros). Las ONG insertan anuncios en las páginas de los periódicos pidiendo apoyo económico para socorrer a los afectados. Es una lástima que no nos lleguen con la misma puntualidad informaciones y análisis que nos despierten (además) otras formas de solidaridad que no tiene que ver tanto con nuestro bolsillo como con nuestra forma de vida.

En 1998 tuvimos ocasión de estremecernos ante las imágenes de las inundaciones del río Yangtzé, en China. Según un estudio del Worldwatch Institute, en las últimas décadas el 85% de los bosques de la cuenca de este río se han destruido. Las laderas, antes boscosas, no opusieron ninguna resistencia a las aguas desmadradas. Además, presas, canales y otras obras hidráulicas a lo largo de su curso han terminado con los controles que existían contra las crecidas. Dicen los archivos que en la provincia de Hunan las inundaciones, durante siglos, se producían con una cadencia de 20 años; ahora se repiten 9 de cada 10 años. Las autoridades chinas echaron la culpa del desastre a *El Niño* (ya se sabe que siempre conviene que haya un infante a quien culpar). Finalmente reconocieron la evidencia, prohibieron la tala en la cabecera del Yangtzé y destinaron fondos a la reforestación.

Otra frase hecha recurrente en estos casos es que –parece que la Naturaleza, además de problemas de visión, tiene malas ideas– “la desgracia se ensaña con los más pobres”. Ahí está para demostrarlo, por ejemplo, Bangladesh, uno de los países más pobres y poblados de la Tierra. Las noticias de inundaciones nos llegan con una relativa frecuencia, siempre con enormes cifras de víctimas, debido a la alta densidad demográfica. Pero resulta que no, que no hay mala intención en ello. Pero resulta que el cambio climático tiene mucho que ver con las perturbaciones que sufre el régimen de los monzones y también con los devastadores efectos de la subida del nivel del mar. Si no cambia la tendencia, a mitad de este siglo habrá desaparecido bajo las aguas el 17% de la superficie de Bangladesh, según el PNUD. Una parte considerable del territorio de los Países Bajos está bajo el nivel del mar, pero allí no parecen ahogarse sino los bañistas temerarios. Claro que Bangladesh no tiene los recursos de los Países Bajos para hacer frente a la subida de las aguas, ni la densidad de población es la misma.

Los **efectos** que los desastres “naturales” tienen en países de arriba o de abajo de los “rankings” de prosperidad y desarrollo llaman la atención. Dos tercios de las personas que murieron por esta causa en la década de los noventa provenían de países con niveles bajos de desarrollo humano, mientras que el 2% procedía de países altamente desarrollados. “El efecto del desarrollo en los desastres es drástico: en promedio, mueren 22,5 personas en cada desastre registrado en los países altamente desarrollados, 145 mueren en cada desastre sucedido en los países con desarrollo humano medio y 1.052 personas mueren en cada desastre ocurrido en los países con bajos niveles de desarrollo”, contabiliza el informe.

El 8 de octubre de 2005 en el norte de Pakistán, India y Afganistán se registró un terremoto de magnitud 7,6 en la escala de Richter. Sólo en Pakistán murieron unas 40.000 personas y unas 65.038 resultaron heridas. Muchas ciudades y pueblos quedaron destruidos o seriamente dañados en el norte de Pakistán, de

modo que unos dos millones y medio de personas se quedaron sin casa en toda la zona.

El 16 de agosto de ese mismo año hubo en el noreste de Japón un sismo de intensidad 7,2 grados, con un balance de unas decenas de heridos. En Japón, como es sabido, los terremotos no son noticia. Hoy mismo (febrero de 2008), buscando en Internet, puede una enterarse de que ha habido sendos terremotos, de 6,9 y 7,3 grados de magnitud en la escala de Richter, en el oeste y centro de Japón, que han herido a una decena de personas, provocando varios pequeños maremotos y la breve paralización de los trenes de alta velocidad.

¿Tiene la población japonesa algún gen que la inmuniza contra terremotos y otros desastres telúricos? ¿O tienen unas normas de diseño y construcción de edificios adecuadas?

O sea, que parece que no son los desastres los que tienen acepción de personas, sino nosotros, nuestras políticas, nuestras prioridades. Son los pobres quienes se ven obligados a instalar sus precarias viviendas donde nadie lo hace porque es peligroso, como cauces de ríos secos o zonas de inestabilidad sísmica. Son los pobres quienes cultivan en las laderas porque las buenas tierras las ocupan grandes empresas para producir para la exportación. Y son los pobres quienes menos protección de todo tipo tienen.

Tal vez ahora que cada vez llueve más cerca se tomen medidas al respecto. Más vale tarde que nunca, que, como se lamenta la Federación Internacional de la Cruz Roja y la Creyente Luna Roja, “hace mucho tiempo que deberían haberse identificado las causas profundas inducidas por el hombre y haberse propugnado cambios estructurales y políticos que las combatan”.

## Accidentes industriales

Atención especial merecen, por lo que tienen que ver con nuestro modo de vida (el casero y el político) los accidentes industriales, que provocan fugas incontroladas de sustancias tóxicas

–principalmente a la atmósfera y a las corrientes de agua–, con repercusiones graves sobre los seres vivos, incluidos los humanos. Por paradójico que parezca, la frecuencia de estos accidentes es más alta en países no industrializados, y desde luego las consecuencias son más graves. La explicación es sencilla: las leyes son más permisivas; a veces, inexistentes. En ocasiones,

•••

**Por paradójico que parezca, la frecuencia de estos accidentes es más alta en países no industrializados, y desde luego las consecuencias son más graves.**

fábricas que pertenecen a la misma multinacional cuentan con más o menos medidas de seguridad, según se encuentren en el Norte o el Sur, adonde se trasladan justamente (aunque con ninguna justicia) en busca de salarios más bajos y leyes

más permisivas, condiciones ambas que aumentan sus márgenes de beneficios.

El triste mérito de ser el mayor desastre industrial de la historia le cabe al ocurrido en Bhopal, capital del estado indio de Madhya Pradesh, en la llamada “noche del diablo” del 2 al 3 de diciembre de 1984. La fuga de isocianato de metilo y de cianuro de un depósito de una fábrica de pesticidas, perteneciente a la transnacional de origen británico Unión Carbide, provocó entre 3.500 y 7.500 muertos (nunca se supo la cifra exacta) en tres días. Más de medio millón de personas resultaron afectadas, entre ellas, 20.000 perdieron la vista. De hecho, esta ciudad de algo menos de un millón de habitantes que aquella noche funcionó como una cámara de gas, se ha convertido en una especie de Hiroshima de las catástrofes industriales.

La fábrica no contaba con un sistema de alerta informatizado, sistema que sí tenía otra de las mismas características, también de Unión Carbide, en Estados Unidos. La empresa había elaborado un “plan de racionalización” ante un descenso en las ventas, que de hecho consistía en contratar a personal no cualificado. El gobierno del Estado, por su parte, había concedido una prórroga de la licencia, sin más condiciones, a pesar de un incendio en 1978 y varias muertes en 1981 y 1983. La empresa se



encargaba de proporcionar apetitosas comisiones a un gobierno cuya complicidad era imprescindible para producir pesticidas con costos muy bajos. Hay que añadir; para completar el panorama, que los depósitos estaban por encima de su capacidad y que la fábrica estaba a un kilómetro de la estación de tren, a cinco del centro de la ciudad y rodeada de un superpoblado barrio de chabolas.

Actualmente, unas 25.000 personas viven en las proximidades de la fábrica, donde siguen vivos los efectos de la contaminación, que incluyen las 90.000 toneladas de productos químicos venenosos en suelo y agua, que afectan ya a una segunda generación. Por ejemplo, no se ha hecho nada para sanear las fuentes de agua que usa la población, que siguen envenenadas.

Unión Carbide dejó el lugar a los cuatro años de la tragedia, huyendo de responsabilidades. El nombre de la empresa desapareció en 2001, al fusionarse con la multinacional estadounidense Dow Chemical, que no quiere saber nada del asunto. En septiembre de 2007 volvió a ser noticia porque ofreció asumir parcialmente el costo de limpiar los alrededores de la fábrica, a cambio de librarse de las responsabilidades legales heredadas de Unión Carbide. El argumento con el que pretende convencer a las autoridades indias pone los pelos de punta: podría convertirse en un gran atractivo para los inversores extranjeros si se la libera de responsabilidades. En el Pleistoceno, Manolo Escobar cantaba que “ni se compra ni se vende el cariño verdadero”. Pues debe de ser eso, porque el resto parece que no sólo está en venta, sino de perennes rebajas. Satinath Sarangi, del Grupo de Bhopal para la Información y la Acción le puso las cosas claras a su Gobierno: “La oferta de Dow enfrenta al Gobierno indio con una opción crítica: o colabora y hace un trato interesado con una corporación multinacional o se alinea con las víctimas”.

Los ejemplos, desgraciadamente, no faltan. En abril de 1986, en la central nuclear de Chernobil (en territorio de la entonces URSS) se produjo un accidente que liberó una cantidad de material radiactivo que se estimó en unas quinientas veces mayor que

la liberada por la bomba atómica arrojada en Hiroshima en 1945, y que causó una cantidad de muerte imposible de determinar, puesto que los niños que aún ahora nacen en Ucrania sufren malformaciones o problemas como consecuencia del desastre. Hay coincidencia en que miles de personas afectadas por la contaminación han sufrido o sufrirán en algún momento de su vida efectos en su salud.

En Italia aún recuerdan vivamente la tragedia de Seveso. En México, las refinerías de petróleo cerca de centros urbanos, o dentro de ellos, han provocado ya varios accidentes graves. En 1984, una fuga de petróleo en un barrio de chabolas de São Paulo (Brasil) provocó 500 muertos. Y no son privativos del Sur: la triste estela del *Prestige* siguió soltando durante años los “inocentes” “hillos de plastilina” del perspicaz ministro en el litoral cantábrico, hasta la Bretaña francesa y a lo largo de la costa portuguesa. En Toulouse (Francia), 31 personas murieron y 2.500 resultaron heridas el 21 de septiembre de 2001, a consecuencia de una explosión en la fábrica AZF, por una política industrial negligente.

## Basuras: riqueza bajo la alfombra

Los arqueólogos se afanan en Atapuerca por encontrar testimonios que nos permitan conocer mejor cómo eran nuestros antepasados. Causa una cierta vergüenza imaginar qué pensarán de nosotros futuras generaciones cuando los arqueólogos de los milenios por venir encuentren como memoria dormida de nuestra civilización un gigantesco basurero.

Los residuos constituyen la cara oculta de la sociedad de consumo, que deja muchas huellas. Se calcula que en la Tierra producimos cada año 1,84 billones de toneladas de lo que la mayoría denominamos abusivamente “basura”, la mayor parte de la cual no sólo no se reaprovecha, sino que se destina a contaminar la atmósfera, el suelo o las aguas. El nombre es inapropiado porque llamar “basura” a muchas de las cosas que tiramos

es un abuso, además de al medio ambiente, al diccionario. De hecho, ahora suele hablarse de residuos sólidos urbanos (RSU). El respeto al diccionario puede ser un buen comienzo.

En España nos acercamos a buen ritmo al 1,5 kg que es la media europea: en 1995 cada ciudadano y ciudadana producimos una media de 378 kilos de residuos al año (poco más de un kilo diario); en 2003 la cifra alcanzó los 502 kilos anuales por habitante (1,4 kilos de residuos al día por persona); es decir, casi un 33% más. La producción anual total de residuos, sin incluir los nucleares, alcanza los 600 millones de toneladas. Todo ello ha tenido un costoso proceso de producción, con el consiguiente consumo de energía, en muchos casos se han necesitado materias primas, a menudo no renovables, y casi todo ello puede tener vida después de la vida. Barremos la casa sin darnos cuenta de que lo que escondemos bajo la alfombra no es porquería, sino riqueza.

Una bolsa de basura doméstica contiene, por término medio, más del 50% de materia orgánica, 20% de papel y cartón, algo menos del 10% de plásticos, 5% de vidrio, 3% de metales, y el resto de materiales diversos. Se calcula que, en nuestro país, cada unidad familiar desecha cada año unos 125 kilos de papel, 83 de vidrio, 52 de plástico y 37 de metal. El 80% de las basuras van a parar a los vertederos. En 2008, sólo se recupera el 25% de lo que sería posible, lo que supone un derroche sin gusto ni provecho: rescatar el 80% del cartón, papel, plástico, vidrio y metales supondría un ahorro de más de 600 millones de euros. Sin contar lo que aliviaría el grave problema de dónde colocar las basuras. Como suele suceder con los comportamientos ecológicamente sensatos, la ganancia es ahorro de energía y alivio de contaminación.



## Los tiempos cambian

Los tiempos –ya lo dijo Dylan– están cambiando, y no siempre para bien, que es sabiduría de abuelos que los cambios de tiempo tienen mucho peligro. Los tiempos y el tiempo, porque el **cambio climático** y sus importantes consecuencias están ya dejando notar sus efectos sobre nuestra vida cotidiana. Las advertencias sobre el cambio climático, una amenaza sobre cuya gravedad hay pocas dudas, empezaron hace ya más de tres décadas, en 1972, un año en que sucedieron dos hechos significativos para el medio ambiente: la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Humano (Estocolmo) y la publicación del informe del Club de Roma “Los límites del crecimiento”, que diseñaba el cuadro de nuestras vidas para el año 2000, en lo que a salud de la Tierra y la vida en ella se refiere. Sin embargo, los intereses en juego y la tendencia de la mente humana a la pereza y el inmovilismo se aliaron para negar la cada más evidente realidad, de modo que hasta mediados de los años ochenta el cambio climático no alcanzó una cierta popularidad.

La fecha clave, sin embargo, fue 1997, cuando se firmó el Protocolo de Kioto por el que los países firmantes se comprometían a reducir un 5% (respecto a sus niveles de 1990) sus emisiones de gases invernadero entre 2008 y 2012. Desde entonces, la popularidad del tema no ha hecho más que crecer, de modo que ocupa más páginas que la vida sentimental de algunos famosos. Por poner un ejemplo, los más relevantes informes internacionales le dedican sus últimas ediciones, como el PNUMA o el PNUD. No es de extrañar, por otra parte, puesto que esto sí que atañe a nuestra vida (incluida la sentimental).

### Por qué es tan importante el cambio climático

El cambio climático tan nombrado y tan preocupante es en realidad el calentamiento global que se lleva produciendo desde hace décadas, como consecuencia del **efecto invernadero**, así lla-

mado porque funciona exactamente igual que esos espacios que conservan una temperatura más elevada que el entorno para mantener a las plantas en condiciones especiales, y que conocemos como invernaderos. En términos coloquiales, digamos que el calor del Sol que llega a la Tierra y que mantiene la vida vuelve a ser emitido, de modo que la temperatura del Planeta permanezca más o menos estable. En condiciones normales, entre la mitad y un tercio de la energía solar es devuelta a la atmósfera. Si –como en el caso de los invernaderos– existe un obstáculo que dificulte el viaje de regreso, la temperatura irá produciendo una serie de efectos en el delicado equilibrio ecológico que está causado por la concentración en la atmósfera de los llamados “gases de invernadero” (vapor de agua, metano, dióxido de carbono, etc.). El origen predominante de estas emisiones es la quema de combustibles fósiles –carbón, petróleo y gas–, sobre todo por parte de las industrias, los automóviles y las calefacciones domésticas.



Los científicos coinciden en fijar en 2°C el aumento que traspasaría el umbral de cambio climático peligroso.

El efecto invernadero es una condición natural de nuestra atmósfera, que hace habitable el Planeta: atrapar una parte del calor solar en las capas inferiores de la atmósfera evita que todo se congele. Sin embargo, esto tiene

un límite. Los científicos coinciden en fijar en 2°C el aumento que traspasaría el umbral de cambio climático peligroso. Por ejemplo, podría derretir la capa de hielo de Groenlandia, colapsar algunos ecosistemas, producir una severa escasez de agua a miles de millones de personas y unas sequías que amenazarán la producción de alimentos a escala global. Dos grados parecen nada, pero hablamos de temperaturas medias sostenidas.

El informe 2001 del Grupo Intergubernamental sobre la Evolución del Clima (GIEC) confirmó que el efecto invernadero está produciendo evidentes modificaciones en el clima. Desde el año 1000, la temperatura del Planeta había experimentado una modificación de apenas unas décimas. La revolución industrial causó

una elevación de casi 0,8°C de 1860 a 2000, pero ese incremento se ha acelerado vertiginosamente en las últimas décadas: de 1906 a 2005, ha sido del 0,74%. En 2100 la temperatura podría estar entre 2,2°C y 6,6°C por encima de la registrada en el siglo XVIII.

El nivel del mar subiría alrededor de un metro, suficiente para sumergir países insulares enteros y zonas costeras. Vanuatu y Tuvalu ya han establecido acuerdos con Nueva Zelanda para que acoja a la población refugiada cuando estos pequeños estados se hundan bajo las aguas marinas.

Conocer los detalles de los **efectos** no es fácil sin caer en la ciencia ficción, pero algunas cosas sí pueden adelantarse. El cambio climático y los fenómenos que están tras él modifican el tiempo y el paisaje, con anomalías en la sucesión de los períodos estacionales y con la migración de especies a latitudes hasta ahora ajenas, con modificaciones en el desarrollo de los seres vivos y tantas otras manifestaciones de efectos inesperados, que varían según la latitud. En la zona del Rin el cambio climático provoca lluvia ácida, mientras que en el Sahel significa avance del desierto.

En la IX Sesión de la Conferencia de Naciones Unidas sobre Cambio Climático (Milán, diciembre de 2003), se presentó el estudio "Cambio climático y salud humana. Riesgos y respuestas". El responsable de desarrollo sanitario de la Organización Mundial de la Salud (OMS) dijo en esta ocasión que "hasta ahora, se pensaba que los efectos del cambio climático saldrían a relucir en un plazo de entre veinte y cincuenta años. Sin embargo, vemos que debemos poner en marcha acciones que protejan la salud de los ciudadanos a partir de ahora". Desde luego, porque, según el estudio, el cambio climático y el deterioro del medio ambiente, como la contaminación atmosférica, la del agua o la comida, provocaron 150.000 muertes en 2000.

•••

**El cambio climático y el deterioro del medio ambiente, como la contaminación atmosférica, la del agua o la comida, provocaron 150.000 muertes en 2000.**



Ya no hay que leer publicaciones especializadas para seguir cómo va el tema: en los telediarios nos informan de que los hielos de la Antártida están en perpetuo cuarto menguante. Hay estudios –cuyas conclusiones pueden leerse en los periódicos– que registran la subida del nivel del mar en el suroeste español. Según la organización ecologista World Wildlife Fund (WWF, en España, WWF/Adena), Venecia podría desaparecer en los próximos años a causa de los cambios climáticos. Bastaría, concreta WWF, un crecimiento de 16 centímetros en el nivel del mar para inundar grandes zonas de la ciudad. Lisboa, Oslo o Río de Janeiro corren un riesgo similar.

¿Perderá su gracia la canción aquella de “Vaya, vaya, aquí no hay playa” y podremos hacer surf en La Mancha? Tal vez para los ingenieros neerlandeses represente buenas perspectivas laborales, pero para la humanidad en general y para todas las especies vivas es una mala noticia.

El efecto invernadero no sólo tiene inconvenientes para los fabricantes de mantas, abrigos, pellizas y bufandas. Se traduce en preocupantes sequías, y los consiguientes desastres. Otra consecuencia sería que los casquetes polares podrían comenzar a fundirse y elevar el nivel de las aguas marinas, así como la temperatura, con los consiguientes efectos sobre las especies marinas. En la Antártida ya ha desaparecido un área helada equivalente a la superficie de Puerto Rico.

El efecto se vería potenciado, puesto que en la tundra hay congeladas miles de toneladas de gases invernadero; la fusión de los hielos perpetuos liberaría estos gases. Los regímenes monzónicos y de pluviosidad pueden cambiar, provocando inundaciones, ciclones y huracanes más violentos. Como consecuencia de todo ello, enfermedades ahora localizadas en áreas muy concretas o en regresión, como el tifus o la malaria, se extenderían hasta latitudes templadas, muy pobladas, donde se encuentra, por ejemplo, la península Ibérica. Ni que decir tiene que nos referimos a fenómenos muy complejos, en los que intervienen múltiples factores, uno de los cuales es la libertad humana.

Un estudio realizado por científicos de diversas partes del mundo, publicado a principios de 2003, indicaba que el cambio climático puede provocar, en el mejor de los casos (calentamiento de 1°), la extinción del 18% de las especies vivas (animales y plantas); en el peor (3°), el 35%. Esto significa, tomando el punto medio, nada menos que la cuarta parte de los seres vivos. Y esto sí que es una catástrofe, que generaría otras porque los seres vivos dependemos unos de otros.

El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) titula su Informe sobre Desarrollo Humano 2007–2008<sup>1</sup> “La lucha contra el cambio climático: Solidaridad frente a un mundo dividido”. En él identifica algunas de las principales amenazas que el cambio climático supone para el desarrollo humano:

- El **desplome de los sistemas agrícolas** como resultado de las crecientes sequías, altas temperaturas y patrones irregulares de precipitaciones, lo que dejará a 600 millones de personas en riesgo de desnutrición. “Las zonas semiáridas de África subsahariana, región que tiene la mayor concentración de pobreza del mundo, enfrentan posibles pérdidas de productividad de 26 por ciento de aquí al año 2060”.
- De aquí a 2080, a unos 1.800 millones de personas les faltará **agua** y grandes zonas de Asia meridional y el norte de China se enfrentan a una grave crisis ecológica como resultado del repliegue de los glaciares y los cambios en los patrones de precipitaciones.
- **Desplazamiento** de alrededor de 332 millones de personas desde zonas costeras y bajas producto de las inundaciones y las tormentas tropicales. Más de 70 millones de bangladesíes, 22 millones de vietnamitas y 6 millones de egipcios podrían verse afectados por inundaciones relacionadas con el calentamiento global.

.....  
1 <http://hdr.undp.org/es>

- Amenazas para la **salud**, con 400 millones de personas en riesgo de contraer paludismo.

“Ahora hay más inundaciones y las riberas del río son arrasadas más rápidamente. No hay adónde ir. Mi tierra está en el río, ahora no tengo nada”, se lamenta Intsar Husain, un campesino del NE de Bangladesh (PNUD 2007–08). Una vez más, los países empobrecidos son más vulnerables: la invasión del mar no repercute de igual forma en los Países Bajos que en Bangladesh, por citar dos países que se verían afectados. ¿Es pensable en una evacuación ordenada de 70 millones de personas, precisamente en Bangladesh? ¿No es más verosímil prever un inmenso desplazamiento de población, que recaería en otros países que tampoco está precisamente despoblados, como la India?

Como señala el propio informe, los efectos a largo plazo son menos visibles, “pero no menos devastadores”. Cuando las crisis del clima golpean a los 2.600 millones de personas que viven con menos de dos euros al día, “se pueden desencadenar poderosas espirales descendentes en el desarrollo humano. Mientras que los ricos pueden afrontar las crisis del clima recurriendo a seguros privados, vendiendo bienes o retirando sus ahorros, los pobres enfrentan otro tipo de posibilidades. Pueden no tener más alternativa que reducir el consumo, disminuir la nutrición, retirar a los niños de la escuela, o bien vender los bienes productivos de los que depende su recuperación. Estas son alternativas que restringen las capacidades humanas y profundizan las desigualdades.” Kaseyitu Agumas, campesino etíope, lo explica de forma más concreta: “Si no llueve, como ocurrió el año pasado, pasaremos hambre. Los ricos tienen ahorros. Tienen comida guardada. Pueden vender sus bueyes al contado. ¿Pero nosotros, qué tenemos? Si vendo mi buey, ¿cómo sembraré el próximo año? Si no cultivo, no tendremos nada. Siempre es así. Todo depende de la lluvia”.

## Algo habrá que hacer o historia de un protocolo a trancas y barrancas

En 1992, en la Cumbre de la Tierra celebrada en Río de Janeiro, las exclamaciones de preocupación, los buenos propósitos y las campanudas declaraciones no faltaron a la cita, como suelen. En Río ya fue dura la batalla, porque todos reivindicaban su derecho (¿?) a contaminar. Parece que la reivindicación iba en serio, porque seis años después de la Cumbre de la Tierra, en 1998, las emisiones globales eran un 10,8% superiores a las de 1990. En 1997, en Kyoto, donde había que concretar, ya la cosa fue algo más dura. Al final, se firmó el Protocolo de Kyoto, que establecía que los países industrializados habrían de reducir para el periodo comprendido entre los años 2008 y 2010 la emisión de gases tóxicos un promedio del 5,2% en comparación a los niveles de emisión de 1990. A la Unión Europea le correspondió un 8%.

Firmarlo era una formalidad. El quid de la cuestión, en este caso, eran dos: **ratificación** y **cumplimiento** de las reducciones. La entrada en vigor requería que lo ratificaran los países que representaban el 55% de las emisiones de 1990. Y ahí comenzó el calvario, que no acabó hasta febrero del 2005, cuando lo ratificó (tras muchas concesiones, en octubre de 2004) Rusia. No lo ratificaron (aunque sí firmado) ni Australia ni Estados Unidos, donde a la sazón había un presidente que se llama Bill Clinton y un vicepresidente, además de demócrata, ahora Nobel de la Paz por su lucha “ecologista”: Al Gore.

El cumplimiento no va mucho mejor. Ni siquiera los países que lo han ratificado respetan los compromisos adquiridos. Según las previsiones, la UE, que en 2010 debería reducir sus emisiones un 8% respecto a las de 1990, sólo lo habrá hecho en un 0,5%. España es uno de los países que peor hace los deberes: en 1992 consiguió permiso para contaminar un poco más, de modo que en 2010 emitirá el 15% más que en el noventa. Según vamos, las previsiones son de excedernos en un 33,3%. No digamos quienes desprecian el Protocolo. EEUU, tan “comprometido

con la seguridad mundial”; según sus mandatarios, ha incrementado desde el 92 sus emisiones más del 20%, cuando en 2010 debería haber reducido sus tasas en un 7% respecto a 1990. En estos momentos, el ranking de la contribución al calentamiento global es: Estados Unidos, 30,3%, Unión Europea 27,7%, Asia SE, India y China, 12,2 %, y América Central y del Sur el 3,8%.

Se esperaba que en la Cumbre de Naciones Unidas sobre cambio climático, celebrada en Bali (diciembre 2007) se tomaran medidas definitivas. La Cumbre constituyó uno de esos acontecimientos en los que la concentración de jefes de Estado y de Gobierno, altos funcionarios, guardaespaldas y periodistas por metro cuadrado es elevadísima: asistieron unos 11.000 representantes de 190 países, incluyendo seis jefes de Estado y el secretario general de la ONU, y 1.500 periodistas cubrieron la información (de los guardaespaldas no suelen publicarse las cifras). Centenares de activistas viajaron desde muchos lugares de todo el mundo para recordarle –fuera del recinto– para qué se habían reunido.

A punto estuvo la cosa de acabar como el rosario de la aurora. Estados Unidos y sus aliados se resistían a casi todo, incluyendo reducciones significativas de emisiones y transferencia de tecnología. Mientras unos países pedían que simplemente se retirara, otros se aplicaban a la presión: la UE anunció que no participaría en la Reunión de las Mayores Economías, promovida por EE UU, si no se producían grandes avances en las negociaciones. Que EE UU, productor de la cuarta parte de todas las emisiones mundiales, se implique es imprescindible para la lucha contra el cambio climático. Que formara parte del acuerdo era imprescindible para salvar la cara. Que ambas cosas –formar parte del acuerdo y comprometerse en la lucha contra el cambio climático– sean la misma no está tan claro.

•••

**El ranking de la contribución al calentamiento global es: Estados Unidos, 30,3%, Unión Europea 27,7%, Asia SE, India y China, 12,2 %, y América Central y del Sur el 3,8%.**

La Cumbre se prolongó para salvar la cara, y al final se logró un documento, como mucho, pobre, que no concreta y que aplaza la toma de decisiones hasta el 2009. En los primeros momentos se mantuvo que un rango de reducciones del 25–40% para los países industrializados aparecería en el preámbulo; al final no aparece por ningún lado y queda como mera referencia indicativa. Así y todo, países que firmaron Kyoto, como Japón, Rusia o Canadá, “han dejado claro que opondrán fuerte resistencia a cumplir estos compromisos<sup>2</sup>. Se acuerdan algunas medidas financieras, pero escasas y poco concretas. Se establece una “hoja de ruta” (no hay reunión sin hoja de ruta, últimamente) que aplaza las cosas un par de años.

Como titula Víctor L. Bacchetta en Ecoportal<sup>3</sup>, la cumbre se movió “entre la urgencia climática y los negocios”, resultando ganadora la lógica que somete la salud ambiental a las reglas del mercado. Antonio Hill, responsable de influencia política para Cambio Climático de Oxfam Internacional, presente en Bali, lo describió muy expresivamente: “La Cumbre de Bali ha dibujado por primera vez una hoja de ruta para todos los países para enfrentarse al cambio climático. Pero un puñado de países poderosos ha relegado la aplastante evidencia científica a la categoría de nota al pie de página. La Administración Bush –llevando a remolque a Canadá, Japón y Rusia– han arrojado la brújula por la borda, y nos obligan a todos a comenzar un viaje en un 4x4 derrochador de combustible, en lugar de en el vehículo movido con energía solar que el mundo necesita urgentemente”.

Para oisquiar cuál es el fondo de la cuestión, merece la pena asomarse a algunos púlpitos. Por aquellos días, el editorial del diario económico “Cinco Días” dictaminaba: “Conviene ser realistas y dejar al margen los voluntarismos. La reducción de las emisiones debe convivir con un crecimiento que llegue por igual

.....

<sup>2</sup> <http://www.oxfamintermon.org/es>

<sup>3</sup> <http://clima.ecoportal.net/>

a los países ricos y en vías de desarrollo. Para ello, es conveniente renunciar a principios dogmáticos y contemplar todas las energías posibles, incluida la nuclear, que contribuyan a construir un planeta más rico y habitable. (Cinco Días, 04-12-2007).

No obstante, esto del realismo parece que depende del –literalmente– punto de vista. Al final de la Cumbre de La Haya, Greenpeace advertía: “Si los gobiernos continúan actuando de manera irresponsable, los pueblos de los países ricos [o sea, nosotros] deberían prepararse para levantar diques aún más altos y más anchos [o sea, digo yo, “mejorando” las alambradas de Ceuta] desde los que asomarse para ver al resto del mundo sufriendo y hundiéndose a causa del cambio climático”.

## Una capa que poco tapa

Mientras la capa que provoca el efecto invernadero se tupe, la capa de ozono, encargada de protegernos, está cada vez más necesitada de remiendos, principalmente por las emisiones de CFC que impulsan los aerosoles, pero también presentes en los sistemas de aire acondicionado, las neveras y otros electrodomésticos. Son muchos los países que han firmado y ratificado el Protocolo de Montreal y se ha producido una disminución importante de las emisiones. Pero, aunque parece que el agujero ha disminuido en los últimos años –en 2001 medía más de 24 millones de km<sup>2</sup> (un territorio superior al de EEUU, Canadá y México juntos) y actualmente es de 15 millones de km<sup>2</sup>–, de pronto tenemos sobresaltos, como cuando el otoño pasado la mediciones del agujero sobre el Polo sur descubrieron que parecía la casa de los tres cerditos tras el soplo del lobo. Ni los primeros datos significan que la capa esté recuperada (se trata de un fenómeno aislado debido a las altas temperaturas del 2003 sobre la Antártida), ni los segundos que ya ha llegado el desastre. Estas mediciones han de ser leídas en plazos más amplios. En todo caso, los expertos coinciden en que la cantidad de gases destruc-

tivos de la capa de ozono en las capas altas de la atmósfera aún tardará en disminuir.

La cosa funciona de la siguiente manera: el ozono (O<sub>3</sub>) que arroja la Tierra se localiza en la estratosfera, aproximadamente de 15 a 50 km de altura, y filtra las radiaciones ultravioleta del Sol hasta un 90%, actuando de benéfica pantalla, como aquellas preciosas sombrillas de *Muerte en Venecia* o de la playa de La Concha a comienzos de siglo: se toma el sol, sin daño, con provecho. Un mecanismo perfecto. El problema son las interferencias. Las interferencias se llaman en este caso compuestos químicos, lanzados sin ton ni son a los espacios siderales; unos compuestos químicos que hasta tienen nombre de malo de película: CFC. Cuando quedan libres, “viajan” durante casi una década hasta llegar a la estratosfera, donde se disocian y destruyen la capa de ozono, de modo que nos quedamos sin filtro protector. El problema es que esto no es cosa de un día, sino que el nuevo compuesto permanece allí entre ochenta y cien años.

La gravedad tampoco es evidente de inmediato, al menos en latitudes europeas, pero es bien real. La radiación ultravioleta puede producir daños en los seres vivos, que abarcan diversos cánceres de piel, conjuntivitis y alteraciones en el sistema inmunológico, además de afectar al crecimiento de las plantas y dañar el fitoplancton, lo que repercute en el desarrollo de la fauna marina. Los científicos calculan que una disminución del 1% en la capa de ozono implica un incremento del 4% de los cánceres de piel. En Chile se constató en 1992 que la frágil capa había menguado en un 50%; echaron la vista atrás y comprobaron que los cánceres de piel entre 1981 y 1991 habían aumentado casi en un 100%, así como las conjuntivitis y los casos de cataratas. En aquellas latitudes sí son bastante claros los indicios: en los rebaños de ovejas cada vez son más frecuentes los casos de ceguera. En el extremo sur de Argentina y Chile, se ha llegado a instaurar el estado de emergencia y la prohibición de que la población se exponga a los rayos del sol. Acabaremos como damiselas decimonónicas, de color ebúrneo y pieles translúcidas.



Los remedios no se están tomando por parte de los gobiernos con la diligencia que sería de desear. En 1985 se adoptó el Convenio de Viena para la protección de la capa de ozono, seguido de varios acuerdos internacionales. Ha habido un sensible recorte en la producción de los CFC, pero la destrucción de la capa de ozono sigue adelante, lo que no es de extrañar si tenemos en cuenta que se continúan lanzando –si bien en menor medida– a la atmósfera CFC y que los sustitutos que se les buscan, como los HCFC (hidroclorofluorocarburos: vamos mejorando con los nombres) y el BrMe (no es un escocés: es bromuro de metilo) tampoco son la panacea.

Los HCFC, por ejemplo, también destruyen la capa de ozono, aunque menos que los CFC, y contribuyen al calentamiento terrestre. Debido a ello, la última enmienda del Protocolo de Montreal prevé el fin del HCFC para 2015 en los países desarrollados, y la eliminación en todo el mundo de la producción para 2040. La razón de unos plazos tan largos para acabar con sustancias tan nocivas no es otra, según Ecologistas en Acción, que las presiones de la industria química, que quiere recuperar las inversiones ya realizadas o previstas. O sea, que si no queremos andar con el Polo al aire, habrá que hacer algo al respecto.

## Y duran y duran y duran

Un nuevo grupo de contaminantes, los contaminantes orgánicos persistentes (COP), ha entrado recientemente a formar parte de la lista de emisiones atmosféricas con repercusiones globales. Estas sustancias pueden ser transportadas por la atmósfera a largas distancias del lugar de su emisión. Las acumulaciones de COP encontradas en las áreas polares son un claro ejemplo.

Los COP son pesticidas, productos químicos industriales y otros producidos de forma no intencional, como dioxinas y furanos. Estas sustancias son muy dañinas para el medio ambiente y

la salud humana. Son lipofílicas, es decir, se acumulan en los tejidos grasos y permanecen durante mucho tiempo.

En América Latina, los COP dejan sus secuelas lo mismo en Bahía Blanca, Buenos Aires y Rosario, en Argentina, que en Valdivia, en Chile, o en Río de Janeiro, Santos y Porto Alegre, Brasil, que Coatzacoalcos y Altamira, en México, lugares todos donde las comunidades padecen y conviven de cerca con pesticidas, plaguicidas y con empresas de productos químicos que no se hacen responsables de sus emisiones contaminantes.

Un paso importante hacia el control de estos compuestos fue el Convenio de Estocolmo, firmado en mayo de 2001, que establece medidas de control para doce productos químicos:

- Ocho plaguicidas: aldrina, clordano, diclorodifeniltricloroetano (DDT), dieldrin, endrín, heptacloro, mirex y toxafeno;
- Dos productos químicos industriales: bifenilos policlorados (BPC) y hexaclorobenzeno (que también es un plaguicida), y
- Dioxinas y furanos.

Desde la Conferencia de Estocolmo (1972), la industria química mundial ha crecido casi nueve veces y se espera que continúe haciéndolo a un ritmo anual de alrededor del 3% durante las próximas tres décadas, con un aumento considerable en su comercio. Esto incrementará el riesgo de exponer a un número creciente de personas y al medio ambiente a productos químicos nuevos y surgirá la posibilidad de nuevas enfermedades de origen químico.

La buena noticia es que actualmente, acceder a la información sobre la liberación de productos químicos en el medio ambiente es mucho más fácil que en el pasado.

## El caballo de Atila

La guerra es uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis, especialmente eficaz puesto que lleva aparejados los otros tres (muerte, hambre y enfermedad). Se diría que este jinete monta el caballo de Atila, a la vista del rastro que deja. Parece superfluo hablar mal de las guerras: difícil sería encontrarles alguna bondad (salvo los fabricantes de armas, es natural). Sin embargo, se siguen planteando con toda naturalidad como medio –“desgraciadamente inevitable”, dicen sus defensores– de resolver conflictos, siguiendo el ejemplo de Alejandro Magno, promotor histórico del “cortar por lo sano”, que fue su manera de “resolver” lo del nudo gordiano. Norberto Bobbio escribe que “para deshacer nudos hace falta inteligencia; para cortarlos, sólo una espada”, y tal vez por ahí hay preguntas que hacerse en este terreno.

A la vista de sus efectos, se diría que, como diagnostica la sabiduría popular, es peor el remedio que la enfermedad. Por eso aquí las guerras se incluyen como factor de amenaza, no de seguridad. Por más que nuestros mandatarios, parece que más dotados de espadas que de inteligencia, se empeñen en convencernos de que bombardeando y ocupando se combate el terrorismo y se construye un mundo más seguro.

A este respecto es muy aleccionador algo que ocurrió en diciembre de 2003. Un ataque de la aviación estadounidense en la provincia de Ghazni (Afganistán), supuestamente lanzado contra un presunto terrorista, mató a diez personas: el presunto y nueve niños. Un portavoz de la ONU afirmó que “este suceso, que sigue a otros similares, aumenta un poco más el sentimiento de temor e inseguridad en el país”. La invasión, como recordarán, se hizo en nombre de la seguridad mundial, pero sólo en 2007, más de 6.500 civiles murieron vícti-

•••

**Nuestros mandatarios, parece que más dotados de espadas que de inteligencia, se empeñen en convencernos de que bombardeando y ocupando se combate el terrorismo y se construye un mundo más seguro.**

mas de los bombardeos de EE UU y sus aliados de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Además, murieron 107 soldados norteamericanos, 41 soldados británicos, 30 canadienses y 40 de otros países aliados, a los hay que sumar 925 policías locales. Tan alto precio no está claro que aumentara la seguridad, aunque tal vez dé alguna pista el hecho de que el mismo año Afganistán registró la mayor producción de opio en su historia, todo ello según la agencia de noticias Associated Press (AP).

En Iraq, según un estudio del Gobierno iraní y la Organización Mundial de la Salud (OMS), se produjeron al menos 151.000 muertes violentas en la población en poco más de tres años de conflicto, entre marzo de 2003 y junio de 2006, aunque el propio informe advierte de algo obvio: verificar el número de muertes en esa situación “es extremadamente difícil”.

Siempre fue cierto que la verdad es la primera víctima de la guerra, pero ahora el derecho ciudadano a la información es el primer “efecto colateral”. A lo único que parece que podemos aspirar, gracias a los satélites y a Internet, es a recibir informaciones sesgadas de varios bandos, sin poder contar con análisis complejos y ponderados de los datos, a no ser los ofrecidos por centros independientes de investigación, como el SIPRI o, en el Estado español, el Centro de Investigación para la Paz, el Seminario de Investigación para la Paz o la Escola de Cultura de Pau. Esta última publica un informe anual muy útil sobre conflictos, derechos humanos y construcción de la paz, con el título “Alerta!”.

No sólo este derecho ya no puede ser invocado; no sólo los informadores se convierten en “objetivos militares” (lo de matar al mensajero ha dejado de ser, parece, una metáfora); no sólo se considera antipatriótico buscar informaciones que permitan elaborar opiniones propias: se llega a anunciar la creación de un organismo estatal encargado de “intoxicar”. Y la intoxicación informativa tiene impacto ambiental negativo siempre.

En el sentido más amplio y más exacto, las guerras son un desastre ecológico. Esto no sólo significa que los animales y plan-

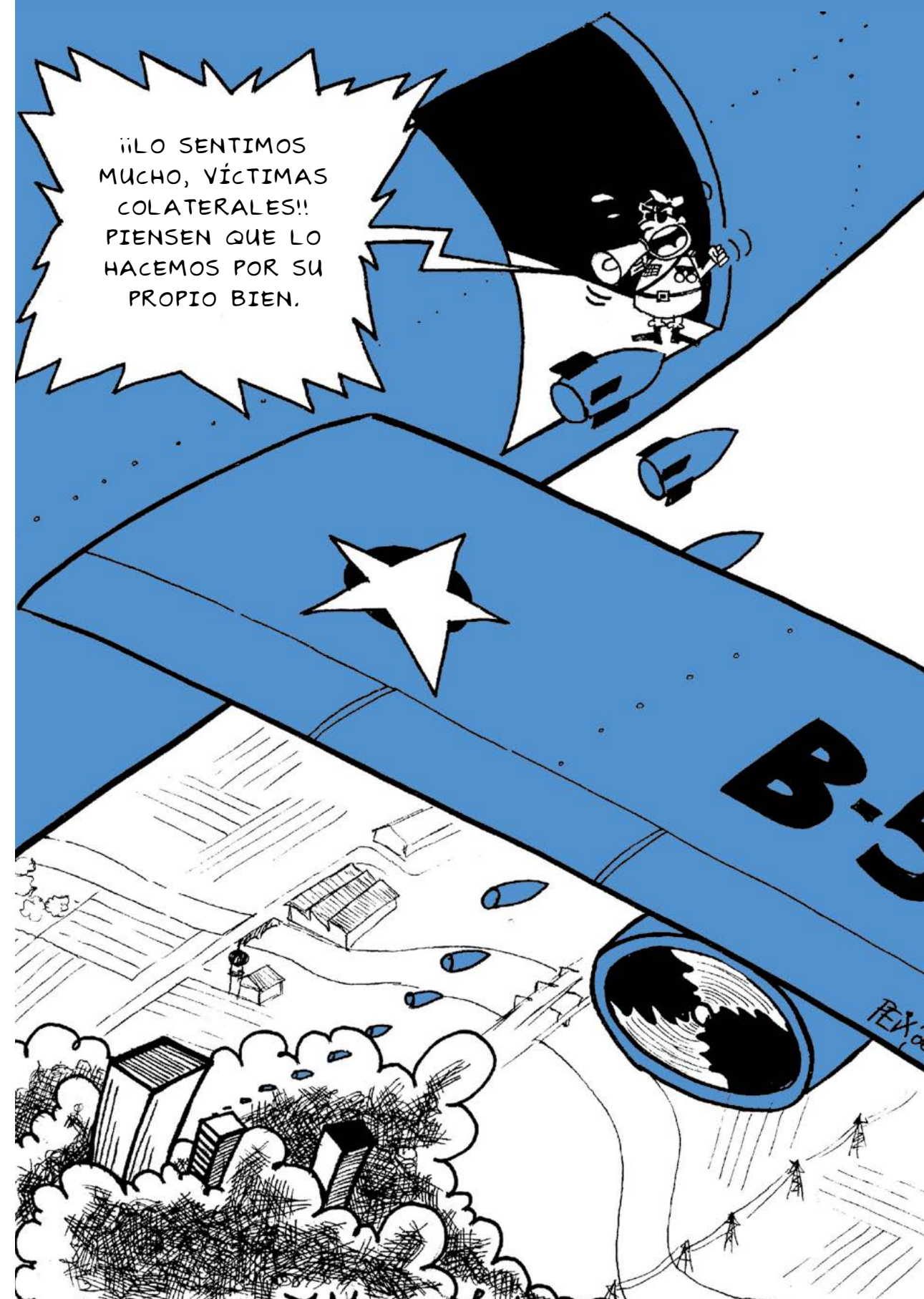
tas quedan destrozados. Un desastre ecológico es algo más complejo e incluso más terrible: es un ataque a las posibilidades de vida, a la vida misma. En primer lugar –aunque sólo sea desde una perspectiva egoísta–, a los seres humanos, que no pueden considerarse independientemente de su entorno. En el caso de los ataques de la OTAN a Yugoslavia y de Milosevic a Kosovo, es probable que nunca sepamos a ciencia cierta el número de muertos, de desplazados, de refugiados, de víctimas de todo tipo. De todas formas, las guerras, que antes se hacían para matar gente, si hacemos caso a sus narradores oficiales, parece que ahora sólo producen víctimas por accidente o triste azar, hasta el punto de que a los muertos se les llama a partir de la primera guerra del Golfo “daños colaterales”.

En la antigua Yugoslavia, la OTAN bombardeó con proyectiles con punta de uranio empobrecido, de gran poder de penetración. Además de los daños directos sobre las personas, que se traducirán en un aumento de los casos de cáncer en un futuro próximo, la radiactividad persistirá en el medio durante miles de años. Como señaló un informe de Ecologistas en Acción sobre aquella guerra, “flaco favor se hace a los albanokosovares, a quienes se dice defender, al contaminar su tierra”.

Pero esto no es todo. Hay que considerar también los ataques a los llamados “blancos sensibles”, es decir, refinerías de petróleo con miles de toneladas de combustible en sus tanques, y plantas químicas y farmacéuticas que liberan productos peligrosos para la salud de las personas y el medio. El Danubio tendrá dificultades casi insalvables para poder ser de nuevo “azul” tras el bombardeo de la refinería de petróleo de Novi Sad y el depósito de Prahovo. La lluvia ácida que se extendió hacia Rumanía, hace ya unos años, deja notar sus efectos sobre bosques,

•••

**Las guerras son un desastre ecológico. Esto no sólo significa que los animales y plantas quedan destrozados. Un desastre ecológico es algo más complejo e incluso más terrible: es un ataque a las posibilidades de vida, a la vida misma.**



cultivos y granjas apícolas. En las dos guerras del Golfo, el petróleo ha sido una de las causas más decisivas de la guerra, y plantas de extracción, oleoductos y refinerías, privilegiados objetivos militares.

## Sembrando el pánico

El 1997 fue un año importante para la desaparición de las minas terrestres: tras una inteligente y sostenida campaña internacional, se consiguió el Tratado de Ottawa, cuyos países firmantes se comprometían a “no usar, desarrollar, fabricar, almacenar o comerciar con minas antipersona”. La campaña “Eliminemos las minas”, que se había puesto en marcha cinco años antes, fue reconocida con el Premio Nobel de la Paz.

El tratado tenía letra pequeña (salvedades y excepciones), pero lo peor es que países como Estados Unidos, China, Rusia y Corea del Norte no lo han firmado y siguen utilizándolas. En la guerra de los Balcanes no se enteraron mucho del tratado. Los combatientes siguieron utilizando bombas de racimo, que son como una siembra de minas al azar. El régimen de Milosevic minó las fronteras de Kosovo para prevenir una hipotética invasión terrestre.

El minado de un terreno lo convierte en inhabitable durante décadas y hace que la población de la zona viva durante decenios con amenaza de ser sorprendida por la explosión de estos artefactos. A veces, los efectos se siguen sufriendo hasta pasados muchos años. Cuando un campo ha sido “sembrado” de minas terrestres se inutiliza para cualquier cultivo. Es el caso de Camboya (con tantos habitantes como minas enterradas) y de otros países de economía básicamente agrícola, donde al elevado número de mutilaciones se suma a un eficaz freno al desarrollo. Si en Lepe, como se cuenta, los vampiros van en tractor para sembrar el pánico, alguien tendría que decirles que los ejércitos han encontrado medios más fértiles.

En 2007 se contaban diez años del Tratado y, para conmemorarlo y recordar que el problema no ha acabado, las organizaciones que estuvieron comprometidas en la campaña, Intermón Oxfam, Manos Unidas y Médicos sin Fronteras, organizaron una exposición con fotografías de Gervasio Sánchez, “Vidas minadas. Diez años después”, también recogidas en un libro. El fotógrafo, que ha seguido luchando todo este tiempo, denunció ante quien quisiera oírlo “el cicatero esfuerzo de los países para acabar con los ‘soldados metálicos o de plástico’.” Aunque los firmantes de Ottawa se comprometían a colaborar en el desminado y en la ayuda a las víctimas, en esta década sólo han dedicado el 10% de las ayudas prometidas.

En el año 2005 un informe de la ONU calculaba que más de 167 millones de estos artefactos permanecían almacenados en todo el mundo, 82 países tienen minas sin localizar. Al ritmo actual, el desminado total requerirá 1.100 años. Mientras, entre 15.000 y 20.000 personas en el mundo son víctimas cada año de las minas antipersona.

## Invertir en muerte

A los perversos efectos que sobre el medio y las poblaciones pobres tiene el armamentismo, hay que añadir las escandalosas inversiones que esta carrera exige, fondos que bien podrían ser invertidos en otros apartados con repercusiones más benéficas y reales. El Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI) señala en su informe de 2007 que “el terreno de la salud pública ofrece ejemplos de esferas donde el gasto que no es militar podría ser más efectivo como instrumento para garantizar la **seguridad de vidas humanas**”.

El final de la guerra fría hizo pensar que los gastos militares disminuirían; sin embargo, tras un incipiente descenso, volvieron a subir, hasta alcanzar las nubes. Según el SIPRI, en 2002, los gastos militares mundiales ascendieron a 794.000 millones de dólares. En 2006, según el mismo instituto, alcanzaron los **1.204 millo-**

**nes de dólares.** Esto representa un incremento en términos reales del 3,5% entre 2005 y 2006 y un 37% entre 1997 y 2006. Como es fácil perderse en estas grandes cifras, el informe concreta: “El gasto militar mundial en 2006 equivale al **2,5% del PIB mundial**”. Quien se pregunte qué significa esto, puede entretenerse en comparar con distintos apartados de los Presupuestos del Estado, la llamada ayuda al desarrollo, el presupuesto de la UNESCO, y cosas así. Es uno de esos ejercicios que ayudan a poner, negro sobre blanco, las prioridades reales.

Desde el 1 de enero de 2008 y cada uno de los días del año, el Gobierno español invierte 51,85 millones de euros en gasto militar. A final de año, cada ciudadano, cada ciudadana, de buen grado o a la fuerza, habremos invertido 422 euros en investigación militar, nuevo armamento y el mantenimiento de las fuerzas militares, y el total del gasto militar en todo el año habrá sido de 18.926,83 millones de euros, un incremento del 5,5% respecto a 2007.

Las interrelaciones violencia/pobreza/deterioro ambiental tienen una concreción muy clara en las inversiones. Muchos de los países con menor índice de desarrollo humano gastan en armas más dinero del que reciben como ayuda al desarrollo. Como término medio, el porcentaje de los presupuestos estatales dedicados a sanidad son la mitad que el dedicado a gastos militares; en esos países hay una media de 8 militares por cada médico. Y las raíces de las guerras están muy relacionadas con el colonialismo y sus secuelas, los intereses económicos del Norte, los oscuros manejos de la industria y el comercio de armas, y con lo cómodo que resulta pelearse en casa de otro, que fue la tónica

•••

Desde el 1 de enero de 2008 y cada uno de los días del año, el Gobierno español invierte 51,85 millones de euros en gasto militar. A final de año, cada ciudadano, cada ciudadana, de buen grado o a la fuerza, habremos invertido 422 euros en investigación militar, nuevo armamento y el mantenimiento de las fuerzas militares, y el total del gasto militar en todo el año habrá sido de 18.926,83 millones de euros, un incremento del 5,5% respecto al 2007.

de las guerras durante todo el período de la guerra fría (en algunas latitudes muy, pero que muy caliente).

En cuanto a los vínculos con el deterioro ambiental, un estudio realizado por el ENCOP (Environmental and Conflict Project) sobre las guerras en los años noventa (algunas aún activas) establece que casi la mitad tuvo una dimensión ambiental. Y cita algunos casos ilustrativos: el papel de la desertificación y los refugiados ambientales en la guerra civil de Sudán; el impacto del cambio climático, la deforestación y la distribución del agua en los conflictos de Bangladesh y la influencia de la degradación ecológica en los conflictos étnicos en Nigeria, entre otros.

La tendencia es que aumente la importancia de los problemas ambientales como factor de conflicto, puesto que el deterioro crece, con sus secuelas de destrucción de recursos imprescindibles para vivir, de refugiados, etc. Un factor de vital importancia en el complicado conflicto de Oriente Medio es la lucha por el control de las fuentes de agua. En El Salvador, las fuerzas armadas utilizaron la deforestación como arma contra la guerrilla, con napalm y otros defoliantes, con más de 3.000 bombas que provocaron numerosos incendios y contaminaron la tierra. En estos momentos, el 80% de la tierra está erosionada, y el 90% de la flora natural ha desaparecido. Es bien conocido que en Vietnam el ejército estadounidense empleó defoliantes, con el propósito directo de destruir selva para descubrir a las tropas del Vietcong. Los 80 millones de toneladas de defoliantes y

herbicidas lanzados afectaron a más de millón y medio de hectáreas de manglares y alrededor de 180.000 hectáreas de superficie cultivada.

•••

La tendencia es que aumente la importancia de los problemas ambientales como factor de conflicto.

# No hay más cera que la que arde

A medida que pasan las décadas nos hacemos más literales: una frase –*comerse el mundo*– que ha significado durante generaciones no pararse ante ningún obstáculo, no arredrarse ante nada, se diría que ha perdido todo sentido figurado para convertirse en la descripción más realista de nuestro voraz modo de vivir.

De vez en cuando, las autoridades más o menos responsables publican datos sobre el consumo, generalmente referido al ámbito estatal o, en algunos casos, de la Unión Europea. Y cuando sube, parece llenar de alegría a quienes hacen titulares del tipo “El incremento del consumo reactiva la economía”. Sin embargo, sólo en segundo lugar *consumo* significa “utilizar comestibles u otros bienes para satisfacer necesidades o deseos”, según el diccionario de la Real Academia. En primer lugar es “destruir, extinguir”, lo que suscita algunas preguntas menos regocijantes.

El consumo a que se refieren estas noticias suele ser el de las familias; es decir, el de la ciudadanía de a pie. Pero no sólo consumimos lo que cargamos en la cesta de la compra o los servicios que reflejan nuestros recibos mensuales, lo que coloca las citadas preguntas en un escenario un poco más amplio. Estamos

•••

Sólo en segundo lugar *consumo* significa “utilizar comestibles u otros bienes para satisfacer necesidades o deseos”, según el diccionario de la Real Academia. En primer lugar es “destruir, extinguir”.

hablando del *requerimiento total de materiales* (RTM), que viene a ser el consumo, no en términos domésticos, sino en términos planetarios. Qué gastamos del Planeta, porque lo empleamos en los procesos productivos, o porque lo deterioramos y ya no está disponible: masa forestal, suelos, agua, pastos, aire, minerales, etc. Y los datos de este escenario avalan la afirmación inicial de que nos estamos comiendo el mundo, aunque de forma bastante desigual.

En la segunda mitad del siglo pasado, el RTM se multiplicó en España por 4,5 y el requerimiento de energía, por 5,8, y ha seguido creciendo hasta alcanzar en 2003 una media de 48,28 toneladas por habitante, un 75% de origen no renovable. El transporte tuvo mucho que ver en el caso de la energía, puesto que en el mismo periodo se ha multiplicado por 25 ó 30. Se calcula que desde la Prehistoria hasta 1955, los habitantes de la Piel de Toro habíamos alcanzado un RTM de 300 millones de toneladas cada año. En las cuatro décadas siguientes hemos sumado nada menos que 1.000 millones de toneladas. La generación de residuos camina a la par, de modo que la media actual es de 1,5 kg por persona y día.

El informe del Worldwatch sobre la situación del mundo correspondiente a 1999 proponía una elocuente parábola. Imaginemos, decían, que una mañana cualquiera un camión suelta ante nuestra casa todos los materiales que utilizaremos durante esa jornada, salvo el combustible y la comida: madera, papel, los productos químicos del champú, el plástico de las bolsas, los metales de las latas de bebida, y todo, absolutamente todo lo que usaremos, incluida la parte proporcional de piedra y grava de las calles y las paredes del colegio. Los habitantes del Norte industrializado nos daríamos cada mañana el susto mayúsculo de encontrar a la puerta de casa alrededor de un centenar de kilos de materiales. Kilos que habría que llevar a algún sitio, o darnos prisa en consumirlos, porque a la mañana siguiente llegarían otros tantos, y al día siguiente, y al otro, y al otro, y así, como modernos Sísifos condenados, no a subir siempre la misma montaña, sino a crear una nueva cada día. Si nos entretuviéramos en

comparar este Himalaya con el creado por nuestros tatarabuelos, aquél sería poco más que una suave colina.

La expresión *huella ecológica* designa la porción de tierra necesaria para proporcionar recursos a un grupo humano determinado y la superficie necesaria para absorber sus residuos. La población de EEUU, por ejemplo, deja una *huella* más extensa que el país, y nosotros, los europeos, no le vamos muy a la zaga. Si llevamos la metáfora hasta el final, lo de Atila era ternura franciscana a nuestro lado.

El problema es que la Tierra ni es inagotable ni puede con todo. Su *capacidad de carga* es limitada. Por ejemplo, cada año van a la atmósfera casi 25.000 millones de toneladas de CO<sup>2</sup>, aunque sólo puede absorber la mitad. Amenazas como el cambio climático tienen mucho que ver con esto, me permito recordar. Se calcula que para hacer frente de forma sostenible al consumo mundial actual harían falta, según los cálculos más optimistas, una vez y media la superficie terrestre; los menos optimistas calculan que para satisfacer nuestra insaciable demanda harían falta al menos tres Tierras. Lo absurdo de la demanda no necesita ningún comentario. Si acaso, que el consumismo tiene, por su propia naturaleza, fecha de caducidad.

Como es bien sabido, los recursos son renovables (seres vivos, energía solar y eólica, agua) y no renovables (minerales, incluido el petróleo). Los no renovables, como su propio nombre indica, cuando se acaben, se acabaron. Los renovables se regeneran, siempre que (ojo al dato) se consuman a un ritmo que permita que eso ocurra. Está claro que si se somete un terreno a sobreexplotación hasta convertirlo en un desierto, ya no hay renovabilidad que valga. O si se agotan los caladeros, ya no quedarán peces que puedan reproducirse.

## ¡Madera, más madera!

El acoso que soportan los recursos naturales renovables y no renovables nos pone, si eso fuera posible, en situación de quiebra.

•••

**El acoso que soportan los recursos naturales renovables y no renovables nos pone, si eso fuera posible, en situación de quiebra.**

Según un informe de la Agencia Europea del Medio Ambiente (AEMA), el consumo mundial de recursos naturales es un 20% superior a la tasa de recuperación (es decir, nos “comemos” una quinta parte más de lo que

se recupera), y los europeos y las europeas hacemos mucho por conseguir esos datos, puesto que engullimos a un ritmo dos veces superior a la media mundial.

La Tierra está sometida a presión por tierra, mar y aire. Del **aire** ya hemos hablado, aunque mucho quedaría por decir.

**El agua** es, sin duda, el recurso indispensable para la vida y se puede considerar como el que define los límites del desarrollo sostenible. El 70% de la Tierra, como su propio nombre no indica, es agua. Sin embargo, el agua apta para el consumo humano dista mucho de ser un recurso sobreabundante. El 97% del agua forma los océanos; el 95% del agua potable disponible es subterránea, lo que deja en un modesto 5% las aguas superficiales: lagos, embalses y ríos.

La oferta, como puede verse, es escasa y limitada, pero la sed de la humanidad es de maldición mítica. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), la extracción de agua creció a lo largo del siglo xx de los 250 metros cúbicos por persona en 1900 a los 700 de 2002. La demanda actual supera los 5.000 km<sup>3</sup> al año y crece en 150 km<sup>3</sup>/año, debido básicamente al crecimiento de la población, el desarrollo industrial, la contaminación y la expansión incontrolada e irresponsable de la agricultura de regadío. Las aguas subterráneas, además de los graves problemas de contaminación por vertidos industriales, fertilizantes y pesticidas tóxicos y metales pesados, ya han alcanzado el llamado

“aguas bajo nivel” constante en todos los continentes. Y quienes tenemos –al menos, de momento, porque la desertización es un riesgo cercano para al menos un tercio de la península Ibérica–, la derrochamos.

Las grandes cifras poco significan, porque no se pueden hacer medias: el acceso al agua es muy desigual. Greenpeace denuncia que el consumo en España es el doble que la media mundial. Según la OMS, 1.200 millones de personas, el 20% de la población mundial, carecen de agua apta para el consumo, y unos 2.400 millones de personas no tienen acceso a servicios básicos de saneamiento, con lo que esto supone para la proliferación de enfermedades infecciosas. Y como ya se dijo, está en las causas de muchas de las guerras y tensiones actuales.

Una veintena de países sufre seria escasez de agua, la mayoría en África, el continente más amenazado por la desertificación (en algunos países de África occidental es visible el avance anual del desierto en kilómetros) y con menos recursos para hacerle frente. Si las cosas no cambian de forma sustancial, en el 2025 serán las dos terceras partes (dos de cada tres personas) quienes no tendrán agua limpia que llevarse a la boca.

Mención aparte merece, aunque sea brevemente, una terrible consecuencia del derroche y la mala gestión del agua. Durante décadas, los gobiernos (muchos ahí siguen apalancados) han embarcado a sus países en faraónicos proyectos (en Madrid hay un templo egipcio, vestigio de la inundación de una parte considerable del valle del Nilo) de presas y pantanos (en España, para los mayores de cuarenta años es un tema muy conocido). En China, la presa de las Tres Gargantas está llamada a espantar a los siglos. De momento, espanta al millón de desplazados que han visto cómo se ahogaban sus pueblos (140 núcleos urbanos) y una parte de sus sueños, como la de Narmada en la India hace unos años. Se calcula que la construcción de presas en el mundo ha desplazado a entre 40 y 80 millones de personas.

Si la cantidad de agua es un problema, no lo es menos su **calidad**; en realidad, uno viene a sumarse al otro: escasea el agua

potable, sobre todo en algunas partes del Planeta. A los 1.200 millones de personas que, según datos de la ONU, no disponen de agua potable hay que añadir los más de 2.000 millones que viven sin sistemas de alcantarillado. La contaminación del agua tiene un impacto negativo sobre los ecosistemas, la pesca, la agricultura, la salud, el desarrollo social y el crecimiento económico.

•••

**Más del 70% de la población de los países empobrecidos no tienen acceso a agua apta para el consumo, y unos tres millones y medio de personas, en su mayoría niños (3.800 al día, según la FAO), mueren cada año por enfermedades relacionadas con el agua, para las que habría fácil solución, como la diarrea.**

Afecta principalmente a los países pobres y particularmente a las mujeres y los niños.

La OMS estima que el 80% de todas las enfermedades infecciosas en el mundo está asociado a agua en malas condiciones, con reparto muy desigual: en los países empobrecidos, el 80% de todas las enfermedades está vinculado al acceso limitado al agua potable. Más del 70% de la población de los países empobrecidos no tienen acceso a agua apta para el consumo, y unos tres millones y medio de personas, en su mayoría niños (3.800 al día, según la FAO), mueren cada año por enfermedades relacionadas con el agua, para las que habría fácil solución, como la diarrea.

Con simples medidas de higiene, tales como lavarse las manos después de pasar por el retrete o antes de cocinar, se podrían evitar la mayoría de estas muertes, pero este gesto tan sencillo en el Norte acomodado es un lujo inalcanzable en otras latitudes. Es conocida la anécdota de la mujer africana que, a la pregunta de un funcionario de la ONU sobre si inculcaba a sus hijos la necesidad de lavarse las manos después de defecar, respondió airada: “Tengo que recorrer todos días once kilómetros con el agua a costas. Si pillara a alguien desperdiciándola para lavarse las manos, lo mataría”.

En las zonas urbanas, el agua está mas cerca. Incluso hay servicios municipales (cada vez menos públicos, como saben



muchos latinoamericanos, bastantes por obra y gracia de Aguas de Barcelona). Sin embargo, una tasa alta de saneamiento no implica forzosamente calidad. En las ciudades de África, Asia y América Latina la cobertura oscila entre el 60% y el 80% de la población, pero gran parte es de baja calidad.

Las principales causas de la contaminación de las aguas dulces son la negligencia en el uso, los vertidos tóxicos y la falta de instalaciones de saneamiento adecuadas. Por extraño que parezca, los casi nada industrializados países del Sur tienen problemas de contaminación química. En algunos ríos de Tanzania, Malasia y Colombia se ha detectado presencia de pesticidas superiores a los de Europa. La explicación es una agricultura agresiva, que utiliza pesticidas tóxicos sin control, sin plantearse cuestiones de salud ni de conservación de los suelos, urgida por la necesidad de procurar alimentos a la población, permitida por la ausencia de normativa legal y animada por la voracidad y la falta de escrúpulos de transnacionales para las que estos países son un mercado excelente en los que pueden vender productos que en los suyos están prohibidos.

## La mar, que es el morir

Se nos agota la metáfora. El mar sirvió a Jorge Manrique como imagen de la muerte, donde desembocan nuestras vidas (que, como se sabe, son los ríos, ¡que esa es otra!). Pero la metáfora –y el mar que le da soporte– se agota.

Los océanos ocupan casi tres cuartas partes de la superficie terrestre; son un ecosistema de gran importancia, tanto por el papel que desempeña en la regulación del clima, el ciclo del agua, la absorción de dióxido de carbono (CO<sup>2</sup>) de la atmósfera, como por la cantidad y diversidad de las especies vivas que albergan (unas 250.000 especies conocidas), y son fuente de alimento. La alimentación de grandes grupos de población depende de los océanos. Con su agotamiento, pues, perdemos algunos a corto plazo, y todos a medio y largo.

Las principales agresiones que sufren los océanos son la **contaminación** de diverso origen y tipo, y la sobreexplotación. La lluvia es el vehículo por el que la contaminación atmosférica suele llegar al mar, pero el principal origen de contaminación de los mares son los vertidos de crudo, ya sea por la limpieza de los tanques en alta mar (ilegales, pero frecuentes) y las descargas involuntarias, que representan el 45% de la contaminación difusa de hidrocarburos, como por los accidentes de superpetroleros y las operaciones de carga y descarga en puertos marítimos.

A esto hay que unir el agua que llega contaminada de los ríos, y la que origina la superpoblación de las zonas costeras, especialmente grave en mares cerrados, como el Mediterráneo, cuya zona occidental soporta 250 millones de personas, el 70% al norte, y el 30% al sur. Si pensamos en lo que se ha convertido el litoral del levante español, que en cada verano soporta casi 40 millones de personas (con sus piscinas, sus campos de golf, sus espantos urbanísticos, etc.) en apenas 1.200 kilómetros de costa, podemos imaginar el impacto en el mar. Una consecuencia de esta presión es la eutrofización, que afecta a las aguas litorales y a las interiores de ríos y lagos. La abundancia de materia orgánica por vertidos de aguas residuales y otros agentes es un excelente reconstituyente para las algas, que producen grandes concentraciones en superficie. De ahí vienen, por una parte, las mareas rojas que periódicamente se producen en costas superpobladas, como las mediterráneas; de otra, la muerte de peces y

otros habitantes de las aguas, puesto que las algas acaparan el oxígeno.

Greenpeace denunciaba a finales de 2007 que en las últimas décadas, la expansión de las flotas industriales de pesca, así como el desarrollo de la acuicultura industrial, junto con otros problemas como el cambio cli-



**En las últimas décadas, la expansión de las flotas industriales de pesca, así como el desarrollo de la acuicultura industrial, junto con otros problemas como el cambio climático o la contaminación, han destruido los ecosistemas costeros y oceánicos a un ritmo imparable.**

mático o la contaminación, han destruido los ecosistemas costeros y oceánicos a un ritmo imparable. “El resultado –señalan– es una crisis aguda que ha cambiado la composición biológica de los océanos y ha conducido a la industria a una carrera por apropiarse de unos recursos cada vez más escasos”.

El 16% de las proteínas animales que se consumen en el mundo proceden del mar. Las repercusiones económicas y alimentarias para los pescadores y para las poblaciones cuya dieta tiene el pescado como principal fuente de proteínas son ya dramáticas. Tres cuartas partes de los caladeros están sobreexplotados o agotados, y algunos de los ecosistemas marinos, como arrecifes de coral y manglares, en serio peligro de extinción, con graves consecuencias para el equilibrio de todo el Planeta. Incluso las profundidades marinas están en peligro debido a prácticas depredadoras, como la pesca de arrastre.

## La droga energética

Afirma Susan George que “el petróleo es nuestra droga. Y estamos enganchados.” Alguna terapia de desintoxicación tendremos que buscar, porque la droga se acaba. Las cifras bailan, según los intereses de quien las emite, pero hay indicios claros. Por ejemplo, que algunas de las compañías petroleras más poderosas, como Shell y Exxon Mobil, han publicado informes que reflejan la escasez de las reservas. Puede que la fuente más fiable en este sentido sea ASPO (The Association for the Study of Peak Oil and Gas), una red de geólogos y científicos vinculados a instituciones y universidades que se ocupan desde hace unos años de determinar la fecha y las repercusiones del declive de la producción del petróleo y del gas. Estos científicos consideran que más del 90% del petróleo mundial ya está descubierto. La Agencia Internacional de la Energía (AIE) y otros organismos sostienen que con tecnología y perfeccionando los sistemas de cálculo las perspectivas podrían mejorar. La realidad es que, como dijo un geólogo, la exploración petrolera se ha vuelto como una par-

tida de caza en la que los progresos tecnológicos permiten al cazador mejorar su escopeta, pero la presa es cada vez más pequeña y escasa.

## Con las cosas de comer no se juega

*Si la droga se acaba, se impone cambiar de “camello”. ¿Dónde iremos a llenar los depósitos de nuestros coches? Como no se trata de esperar a que de la última manguera de la última gasolinera escurra la última gota, las sabias mentes se pusieron a pensar. Sacar energía de las piedras queda descartado, puesto que precisamente eso (como su propio nombre indica: petróleo = aceite de la piedra) es lo que se acaba. Si no hay pan, como dijo la reina descabezada, que les den tortas. Pues si se acaban las piedras, saquemos energía de la tierra.*

*Y se inventaron los biocombustibles, también llamados –tal vez más apropiadamente– agrocombustibles, puesto que no salen de los seres vivos en general, sino de la agricultura. Bien, pues resuelto el problema: cultivemos a mansalva plantas que puedan ser transformadas en combustible y podremos seguir consumiendo a mansalva, como venimos haciendo.*

*Los agrocombustibles se obtienen a partir, principalmente, de cereales, oleaginosas y azúcar: colza, girasol, maíz, soja, caña de azúcar, remolacha, palma aceitera, etc. Ellos “son los que están rellenando la brecha”, escribía a primeros de febrero Ambrose Evans-Pritchard en el Telegraph británico. “Pero –continúa– drenando los suministros de alimentos en un momento en que el mundo está agregando más de 70 millones de bocas que alimentar al año.”<sup>4</sup>*

*Demasiado bonito para ser cierto. Cual contrato con letra pequeña tramposa, los agrocombustibles también tienen cara*

.....  
4 <http://lacrisisenergetica.wordpress.com/>

oculta. La más técnica es su balance energético. Es decir; si la energía que se consigue es más (o menos) que la energía que se precisa para producirlos, no sea que hagamos un pan con unas tortas (para seguir con la reina de poca cabeza, primero, y ninguna después). Aquí, como en todos los estudios en los que hay tantos intereses en juego, no hay unanimidad: algunos revelan que va lo comido por lo servido, y otros que no, que algo salimos ganando. En todo caso, no obstante, parece que no se trate, "en el mejor de los casos, de una alternativa brillante", según Antonio Estevan (El Ecologista, núm 56), a la vista del estudio del Centro de Investigaciones Energéticas, Medioambientales y Tecnológicas (CIEMAT) Análisis del ciclo de vida de combustibles alternativos para el transporte.

Probablemente el inconveniente más claro de los agrocombustibles es que supone algo así como el programa petróleo por alimentos, pero al contrario. Si los terrenos dedicados a cultivos para la alimentación humana se destinan a fabricar combustibles, ¿qué comerá la gente que se nutría de dichos cultivos? ¿Por no hablar de la repercusión en el precio de los alimentos, como ya saben en algunos lugares!

Según el citado artículo, "el uso de la tierra para la producción de biocombustibles se ha disparado desde los 12 millones a más de 80 millones de hectáreas en todo el mundo en seis años". Si convertimos el pan en piedras, ¿qué comeremos? Sobre todo, ¿qué comerán los pobres? Evans-Pritchard sigue con este argumento: "El maíz se puede utilizar para el etanol en los automóviles y plantas de energía, para plásticos, así como para tortillas en la panadería. El gas natural puede ser convertido en abono para la producción de alimentos. El 'pico del petróleo'<sup>5</sup> se está metamorfoseando en el 'pico de alimentos'".

La agroindustria está en manos de unas pocas empresas transnacionales, de modo que, para algunos países del Sur, los agro-

.....  
5 El autor juega con la expresión *peak oil*, que designa el cénit de la producción de petróleo que, naturalmente, precede al declive.



FEIX '08

combustibles pueden significar un nuevo capítulo del monocultivo destinado a la exportación, sin tener en cuenta las necesidades ni los mercados locales.

### Amado monstruo

Si la respuesta son los agrocombustibles, lo que hay que poner en cuestión es la pregunta. ¿Para qué los queremos?; ¿para sustituir el petróleo por un combustible más sostenible o para remediar la escasez de petróleo? ¿Para luchar contra el cambio climático, o contra la escasez de combustible para los coches? El “brillante” Nobel de la Paz, Al Gore (vicepresidente de la Administración estadounidense que NO ratificó el Protocolo de Kioto), lo deja muy claro: los biocombustibles permiten luchar contra el cambio climático manteniendo el estilo de vida del mundo desarrollado. Aquí, cual vedette, sacó Aquiles su talón: todo menos poner en cuestión un modo de vida tan in: insostenible, insolidario e insensato.

El coche, por supuesto, es una metáfora de nuestro estilo de vida. El ingeniero Colin Buchanan advertía hace casi medio siglo, refiriéndose al automóvil, de que “estamos alimentando, a costes inmensos, un monstruo de gran potencial destructivo, al que, sin embargo, amamos tiernamente”.

## Sin suelo bajo los pies

Entre las actividades humanas que más contribuyen a la degradación del suelo se cuentan los usos agrícolas insostenibles, la gestión inadecuada del agua, la sobreexplotación para finalidades turísticas (¡cómo florecen los campos de golf, cual si hubiéramos nacido británicos!), prácticas de deforestación, destrucción de la vegetación natural, uso frecuente de maquinaria pesada, pastoreo excesivo, rotación de cultivos y prácticas de irrigación inadecuadas. Estas actividades han producido unos efectos colaterales: erosión, contaminación, deforestación y pérdida de hábitats, con

la consiguiente pérdida también de diversidad biológica.

La Tierra ha perdido ya alrededor de la mitad de los bosques vírgenes y aproximadamente un 40% de los restantes están bajo la amenaza moderada o alta de ser destruidos. Cada año se cortan unos 4.000 millones de árboles. En la última década del siglo xx, se registró una pérdida global en los bosques de 112.600 km<sup>2</sup> netos por año, lo que equivale a 33 estadios de fútbol por minuto.

•••

En la última década del siglo xx, se registró una pérdida global en los bosques de 112.600 km<sup>2</sup> netos por año, lo que equivale a 33 estadios de fútbol por minuto.

Durante los últimos decenios las tasas de **deforestación** han alcanzado los mayores niveles registrados en la historia. Este hecho es especialmente relevante si consideramos que los bosques tropicales húmedos, donde se calcula que habita al menos la mitad de las especies, están desapareciendo como efecto del cambio climático, la deforestación, la desertificación, el mal reparto de las tierras, los intereses de las transnacionales y la pobreza, entre otras causas.

Actualmente, una tercera parte de la superficie del planeta, aproximadamente 3.866 millones de hectáreas, son bosque. Según la FAO, la pérdida global del área forestal durante los años noventa fue aproximadamente de 94 millones de hectáreas (el 2,4% del total de bosques) como resultado del efecto combinado de un ritmo de deforestación de 14,6 millones de hectáreas anuales y un ritmo de reforestación de 5,2 millones de hectáreas anuales. La deforestación de los bosques tropicales es casi del 1% anual.

Y con los bosques no sólo nos empobrecemos de belleza y agradable sombra. La deforestación afecta a la calidad del agua, así como la del aire y la tierra. El resultado de la deforestación de los bosques contribuye con el 23-30% a la cantidad total de dióxido de carbono que arrojamos a la atmósfera, lo que signi-

fica un empujón decisivo hacia el calentamiento de la Tierra y el cambio climático, de cuyos nefastos efectos ya se ha hablado.

Además de proporcionar alimento y hábitat a muchos seres vivos y de refrescar el ambiente, en el sentido más literal y global, los árboles protegen los suelos de las aguas torrenciales, previniendo inundaciones y erosiones (la “gota fría” que casi cada año atemoriza a los habitantes del Levante español, entre otros lugares, es tan temible por el cambio climático y por la deforestación), y sus raíces filtran las aguas subterráneas, purificándolas.

Una de las iniciativas que es necesario desarrollar es la certificación de bosques y productos forestales, un instrumento voluntario, basado en los mecanismos de mercado, que permite que los consumidores identifiquen los productos forestales con estándares ambientales elevados. Actualmente, alrededor del 4% de los bosques mundiales fueron certificados como prácticas de gestión sostenible.

Muy relacionada con la deforestación está la **desertificación**. Alrededor del 20% de las zonas áridas vulnerables del mundo se ven afectadas por la degradación del suelo producida por la mano humana. Como consecuencia, más de 250 millones de personas está directamente afectadas por la desertificación. A estas hay que sumar alrededor de mil millones de habitantes de cien países que están en riesgo, y que incluyen muchas de los países más pobres y más marginados y los ciudadanos más débiles. Asia posee la mayor superficie de tierras afectadas por desertificación, y el 71% de ellas están entre moderada y gravemente degradadas. En América Latina la proporción es del 75%. En África, dos tercios de cuya superficie son tierras desérticas o secas, el 73% de las tierras secas agrícolas están entre moderada y gravemente degradadas.

•••

**Una de las iniciativas que es necesario desarrollar es la certificación de bosques y productos forestales, un instrumento voluntario, basado en los mecanismos de mercado, que permite que los consumidores identifiquen los productos forestales con estándares ambientales elevados.**

## La mayor riqueza es la vida

Alicia, en su excursión por el País de las Maravillas, encuentra un dodó, un animal para nosotros tan mitológico como la Quimera, pero entonces tan real como la gallina. Cuenta la leyenda que el último se lo comió en isla Mauricio un marinero holandés hace más de un siglo. El dodó no es más que una muestra de algo que debería estar más en la conciencia de la ciudadanía en general, porque nos va la vida en ello, y no es un macabro juego de palabras: la pérdida de especies, el progresivo estrechamiento de variedad vital, el empobrecimiento de la vida misma sobre el Planeta.

La Tierra siempre ha sido un ir y venir de especies, pero no a este ritmo. Parece que la última extinción masiva ocurrió hace 65 millones de años, pero ya se sabe que ahora los tiempos corren mucho, y calculan los expertos que la velocidad es actualmente unas 25.000 veces mayor de lo que sería el ritmo natural. Lo del dodó parece que es una anécdota (salvo, claro está, para el dodó).

En la Cumbre de Río, en 1992, más de 180 países acordaron proteger la variedad, sacando adelante la Convención sobre la Diversidad Biológica, ratificada por unos 170 países. Veinte años después el balance que puede hacerse, tras la Cumbre de Johannesburgo, es bastante triste. Las dos principales fuentes de diversidad biológica, las barreras de coral y los bosques tropicales, han sido seriamente degradados, y sólo 40 países han puesto en marcha estrategias de conservación.

En la lista roja de especies amenazadas de la Unión Mundial para la Naturaleza (UINC), correspondiente a 2007, aparecen 16.306 especies amenazadas de extinción, dos centenares más que en el año anterior, y cuatro mil más que en 2003. Eso significa que la destrucción aumenta a ritmo creciente. El mismo informe señala que el número total de especies extinguidas ha llegado a 785 y a otras 65 sólo se las encuentra bajo cautiverio o cultivo. La situación actual es que uno de cada cuatro mamífe-

ros, una de cada ocho aves, un tercio de todos los anfibios y el 70% de las plantas que han sido evaluadas por la UICN están en peligro.

La pérdida de diversidad biológica en el planeta tiene como causas principales los cambios en los usos del suelo, el cambio climático, como ya se señaló, la contaminación, la explotación insostenible de los recursos naturales y la introducción de especies exóticas.

## La farmacia en peligro

El mundo, por supuesto, será más feo con menos biodiversidad, y más pobre. Pero no sólo eso: aunque algo así como una soberbia chovinista hace que lo olvidemos, nosotros, los seres humanos, también somos una especie viva, y dependemos de que la vida sea variada y rica. La desaparición de una planta puede acarrear la pérdida de hasta 30 tipos de animales que dependen de ella. Además, ¿quién puede asegurarnos que esa planta no encierra el remedio de enfermedades aún sin cura? Los organismos vivos contribuyen a una gran variedad de servicios medioambientales, como la regulación de la composición de gases de la atmósfera, la protección de las zonas costeras, la regulación del ciclo hidrológico y del clima, la generación y conservación de la fertilidad de los suelos, la descomposición de residuos, la polinización de cultivos, la absorción de contaminantes, etc.

En la diversidad biológica se encuentran principios activos y medicinales que se relacionan directamente con la salud humana. Antes del descubrimiento de la vincapervinca en un bosque de Madagascar, sobrevivían menos de la quinta parte de los niños que padecían leucemia; dos medicamentos obtenidos a partir de esta planta han incrementado los casos de curación hasta un 80%. Con otro sistema de valoración que el vigente, con-

•••

**En la diversidad biológica se encuentran principios activos y medicinales que se relacionan directamente con la salud humana.**

tar con un bien tan precioso incrementaría la riqueza de un país, pero es bien sabido que Madagascar ocupa año tras año uno de los últimos lugares en la clasificación por IDH (índice de desarrollo humano) y sus índices de mortalidad infantil son escandalosos.

## Mercachifles de la vida

•••

**Está en discusión si los países ricos deberían abonar a los países del Sur, que concentran la mayoría de la diversidad biológica, un incentivo económico para proteger estos recursos, y pagarles por la conservación de los recursos genéticos que pueden ser utilizados en medicamentos.**

La diversidad biológica no está reflejada, como tal, en ninguna cuenta de resultados, pero es la verdadera riqueza de la humanidad porque, literalmente, constituye la vida. Sin embargo, la vida está sujeta a derechos de propiedad, pero no de los pueblos que conocen y cuidan esas plantas, sino de las transnacio-

nales farmacéuticas, que parecen “el señor de las bestias”, con permiso y complicidad de quienes regulan ese tráfico. Como puede saber cualquiera que siga mínimamente la actualidad, esos pueblos tienen enormes problemas para acceder a las medicinas, sujetas al control de sus dueños.

En este asunto están en juego los derechos de esos pueblos, los derechos de esas personas a la salud y, en último término, a la vida. Pero también los nuestros, es decir, los de toda la humanidad, porque el mercadeo de la vida no parece la mejor forma de protegerla. Está en discusión si los países ricos deberían abonar a los países del Sur, que concentran la mayoría de la diversidad biológica, un incentivo económico para proteger estos recursos, y pagarles por la conservación de los recursos genéticos que pueden ser utilizados en medicamentos.

## Los inventos del doctor Frankenstein

Desde hace años existen investigaciones sobre ingeniería genética, pero no fue hasta 1994 cuando, en EEUU, se autorizó la venta del primer alimento fruto de la manipulación genética: un tomate al que se había retrasado la maduración a voluntad. Se abría un panorama de ensueño; algo así como aquella tierra de promisión, donde los racimos de uvas tenían que ser llevados por dos hombres en angarillas. ¡Oh maravilla, la humanidad vivirá ya bajo el chorro continuo del cuerno de la abundancia! Frankenstein iba para Prometeo, el que le arrebató el fuego a los dioses, y terminó de proveedor del Museo de los Horrores.

Ya dijo Billy Wilder que nada es perfecto. Para empezar, tocar la cadena de la vida es un asunto delicado, de cuyas consecuencias nunca se tienen todos los datos. ¿Qué pasa con la biodiversidad? Cuentan que Mao (el de la Revolución China), ante una superpoblación de gorriones peligrosa para la agricultura, dictó que cada chino matara uno. Se acabó ese problema, pero los insectos que alimentaban a tales pájaros crecieron sin tasa ni medida, de modo que lo que acabó no fueron los problemas de las cosechas, sino las cosechas propiamente dichas. Moraleja: ¿sabe alguien qué repercusiones tendrán tales prácticas sobre especies no modificadas, sobre el delicado y complejo equilibrio de la vida sobre la Tierra? Respuesta: no.

Muy ligado a este problema está el de las repercusiones sobre la salud humana. Los más precavidos ya han dejado de tomar maíz, ante la negativa de las autoridades españolas –entre otras– a que el maíz transgénico esté etiquetado como tal. La respuesta es la misma que en el caso anterior: no se sabe a ciencia cierta qué nos pasa comiendo tales alimentos. Supongo que no nos crecerán aletas si comemos tomates con genes de peces árticos, pero de otras consecuencias más sutiles y de menos parafernalia nadie se atreve a firmar nada.

Hay en todo esto un asunto que es el *quid* de la cuestión. Se trata del poder; del poder y del dinero. Concretamente, del poder

•••

La ingeniería genética es, hoy por hoy, una inversión de las transnacionales en poder, en control de mercados (y no sólo de mercados).

de las transnacionales, porque la ingeniería genética es, hoy por hoy, una inversión de las transnacionales en poder, en control de mercados (y no sólo de mercados). No hay que hacer un

razonamiento muy largo ni muy complicado para entender que quien consiga cultivos más resistentes, menos vulnerables y más “a la carta” se hará con el mercado. En los alimentos y en las semillas. Pregunta: ¿qué pasa con los pequeños y medianos agricultores? Otra: ¿qué pasa con los países pobres?

Grandes empresas, como Monsanto y Novartis, se están haciendo con el control de la despensa mundial. Porque lo que está en juego es la vida como propiedad privada. El sueño del perfecto neoliberal. Porque resulta que estos engendros de laboratorio están sujetos al régimen de patentes, como el autogiro o el *logo* del jugo de zarzaparrilla. Como lo leen: Monsanto es propietaria de tal semilla modificada genéticamente y quien quiera usarla tiene que pasar por ventanilla. ¿Sólo quien quiera? ¿Puede alguien no querer? Pues casi que no, porque tiene la parte del león del mercado de semillas. Y más que lo será, porque fabrican a la vez el herbicida más mortífero y usado, el Roundup, y una variedad de soja inmune a tal herbicida. O sea, que planta usted soja, la riega con Roundup, y ésta se convierte en la Robinson Crusoe del lugar. Y quien dice soja dice otros cultivos.

Hay más: como hilan tan fino estas transnacionales, han llegado a la casi perfección y están acabando con una práctica que ha hecho avanzar la agricultura a lo largo de 12.000 años: la mejora de semillas por selección. Cada año los agricultores guarda(ba)n las mejores semillas para plantar con vistas a la siguiente cosecha. Monsanto primero conminó a los agricultores a no guardar semillas de un año para otro, incluso utilizando una prestigiosa firma de detectives de novelesco nombre –Patents and Pinkerton–, pero era imposible controlarlo todo. Así que ha inventado la Tecnología Terminator (para qué vamos a disimular con los nombres), cuya

función es que las semillas sean estériles, lo que ya es rizar el rizo y pervertir incluso el lenguaje. O sea: que el maíz sirve para hacer palomitas, pero no para producir maíz.

Estas grandes empresas velan por los avances científicos y la libertad de investigación, de modo que gastan grandes sumas en salvaguardar al laboratorio de Víctor Frankenstein de miradas indiscretas y críticas inoportunas. Hasta el punto de que la prestigiosa revista *The Ecologist*, una de las mejores publicaciones de su género en todo el mundo desde hace treinta años, no pudo sacar a la calle su número de septiembre/octubre de 1998, dedicado al tema, por las presiones de Monsanto ante las imprentas y las asociaciones de quiosqueros. No pudo en países como EEUU y el Reino Unido, pero sí en España, porque unas cuantas asociaciones se pusieron de acuerdo y la editaron y distribuyeron en castellano. Digamos, a modo de estrambote, que Monsanto había puesto en marcha una costosa campaña de anuncios que predicán que los usuarios tienen derecho a conocer todas las opiniones sobre el polémico asunto de los alimentos transgénicos.

Existe un argumento especialmente sangrante, porque juega con el hambre de los pobres: los alimentos transgénicos terminarán con el hambre en el mundo. Se dijo lo mismo de la revolución verde que ha supuesto envenenamiento por plaguicidas y herbicidas de personas, animales y aguas, destrucción de suelos, pérdida de biodiversidad, sustitución de técnicas de cultivo y economías locales por otras orientadas a la exportación. Como dicen muchas voces autorizadas, la única ventaja de estas técnicas es su rentabilidad para las empresas.

¿Terminar con el hambre? A estas alturas está muy claro que el hambre que atenaza a un cuarto de la humanidad no se debe a la escasez de alimentos, sino a falta de justicia. Comida hay; falta la voluntad de repartirla.





## ...Pero los pobres lloran más

•••

La expresión “riqueza mundial” no tiene mucho sentido, puesto que, según el informe *Distribución de la riqueza de los hogares del mundo* publicado en 2006 por la ONU, el 2% de los adultos posee más de la mitad de la riqueza mundial, mientras que la mitad de la población adulta posee sólo el 1% por ciento.

Hace muchos años desembarcaron en España las telenovelas con una cuyo título quería recordar que el dinero no da la felicidad: *Los ricos también lloran*.

Parece bastante más realista “Pero los pobres lloran más”, el título de la telenovela que ven los protagonistas de *Las mujeres de verdad tienen curvas*, una película estrenada en el 2002.

Había una chica, residente en el 17 de la calle del Tribulete, que vivía muy por encima de sus posibilidades, lo que llevaba al vecindario a preguntarse “de dónde saca pa’ tanto como destaca”. La castiza, no sé (aunque la canción lo insinuaba con malicia). Nosotros, que vamos por el mundo cual retrecheras “chicas del 17”, de hacer justo lo contrario de lo que requiere un desarrollo sostenible. Este es, según la Comisión Brundtland que lo definió, “el que atiende las necesidades del presente sin comprometer la posibilidad de las futuras generaciones de atender las suyas”. Es decir, agotando los recursos para el futuro y a costa de repartir muy requetemal.

Tan requetemal que, si fuera cierto que todos los seres humanos no sólo nacemos, de hecho, con los mismos derechos, sino que la cosa sigue así cuando vamos creciendo, la situación sería aún más insostenible. Si toda persona, de cualquier continente o país, viviera como lo hacemos los del Norte, harían falta al menos

tres Tierras. Un ejemplo: en EEUU hay un coche por cada dos personas. Si esto se extiende a todo el mundo –¿no tenemos todos los mismos derechos?–, amanecería de pronto un planeta con más de 3.000 millones de coches, al lado de lo cual la salida del puente de agosto sería una bucólica merienda campestre.

La riqueza mundial ha aumentado sin cesar, y sigue creciendo. En 1990, el rendimiento anual de la economía mundial era de 31.000 millones de dólares, que habían crecido hasta los 42.000 millones en 2000. Claro que la expresión “riqueza mundial” no tiene mucho sentido, puesto que, según el informe *Distribución de la riqueza de los hogares del mundo* publicado en 2006 por la ONU, el 2% de los adultos posee más de la mitad de la riqueza mundial, mientras que la mitad de la población adulta posee sólo el 1% por ciento. Por zonas geográficas, Norteamérica va en cabeza, con el 34% de la riqueza mundial; Europa tiene el 30%; el área Asia-Pacífico rica, el 24%; Latinoamérica y Caribe, el 4%; el resto de Asia-Pacífico, el 3%; China también el 3%; y África e India, un 1% respectivamente.

La riqueza suele traducirse en condiciones de vida. Así, unos 1.200 millones de personas tienen que apañárselas cada día con el equivalente a menos de un dólar, y más de dos tercios de la humanidad, con menos de dos. Casi un 60% de los 4.400 millones de habitantes de los países del Sur pobre carece de servicios sanitarios básicos, un cuarto no dispone de vivienda adecuada, sólo un 20% tiene acceso a servicios adecuados de salud y un 20% no finaliza el quinto año de escolarización.

El FNUAP señala que “los pobres no consumen lo suficiente para mantenerse a sí mismos –hay unos 800 millones de personas crónicamente desnutridas– mientras que los ricos consumen excesivamente y despilfarran recursos de importancia vital, creando al mismo tiempo grandes cantidades de residuos”. Según el informe del Worldwatch Institute de 2004, el 12% de la población mundial que vive en EEUU y Europa occidental consume el 60% del total mundial, mientras que el tercio de la humanidad que habita el sur de Asia y África subsahariana apenas llega al

3,2%. A lo mejor esto tiene algo que ver con la esperanza de vida, entre otras esperanzas.

## Consumir es cuestión de clase

En 1998, el PNUD dedicó el informe sobre desarrollo humano al consumo, y la primera conclusión es el aumento “a un ritmo sin precedentes a lo largo del siglo xx”. Sólo en el último medio siglo, se multiplicó por seis. Pero el propio informe señala cómo es el consumo en la “aldea global: desigual y desequilibrado”. De hecho, el consumismo es la ideología predominante (y dominante), pero la práctica del consumo es cuestión de clase. Bentley, un ex-asesor del PNUMA que investiga sobre consumo sostenible, ha acuñado la expresión “clase consumidora” para referirse a quienes podemos ejercer. Y, como era de esperar, somos minoría. Pertenecer a tan privilegiada casta no requiere ser potentado; simplemente tener un nivel adquisitivo moderado, que consiste en tener televisor, teléfono e Internet, y acceso a la cultura y las ideas que tal tecnología difunde. Pues bien, la “clase consumidora” está formada por 1.700 millones de personas, algo más de la cuarta parte de la humanidad. Una parte importante –y creciente– de esta clase está en los países en desarrollo (¿tal vez por eso nos preocupa ahora tanto el consumo?) y en África, muy pocos (sólo 34 millones), y cada vez menos.

En los últimos veinticinco años del siglo xx, los incrementos fueron espectaculares, pero no para todos: el consumo por persona ha crecido un 2,3% anual en los países industrializados, 6,1% en Asia oriental, y 2% en Asia del Sur. Un hogar africano medio, por el contrario, consume un 20% menos. El PNUD calcula que en 70 países, con unos mil millones de habitantes, la media de consumo es menor que a mediados de los años setenta. Es decir, que en esta sociedad *de consumo*, como su propio nombre indica, una buena parte de la humanidad tiene urgente necesidad de incrementar sus niveles de consumo. Son los pobres.

Sin embargo, el consumo es necesario, imprescindible. El problema es la desigualdad del consumo. Problema para quienes no tienen acceso, y para el conjunto de la humanidad, que sufrimos los “efectos colaterales”. Como una metáfora macabra, mientras una parte de la humanidad muere de desnutrición, otra (menor) tiene cada vez más problemas relacionados con la mala y excesiva alimentación. Simplificando –aunque no en lo esencial–, ocurre que riqueza y pobreza tienen impacto ecológico (y social, y humano, y de varios otros tipos) negativo. Lo que ocurre es que los efectos y las responsabilidades se reparten de forma desigual –de alguna manera, inversamente proporcional– entre los grupos humanos que ejercemos la primera o sufrimos la segunda. Insistamos: es la desigualdad el problema.

Alguien dijo que muchas de las actividades que, según el modelo consumista, producen felicidad acaban en un enchufe. El consumo energético (y la subsiguiente contaminación) son signos de riqueza, lo mismo que en otras culturas lo son pasear muchas vacas o tener lujosas tumbas. Desde luego, la riqueza genera residuos a velocidades muy superiores a las de la pobreza. El consumo global de recursos continúa aumentando, alcanzándose incrementos notables en la demanda de minerales, combustibles fósiles y productos procedentes de los bosques. A ritmo proporcional crece la producción de residuos y de sustancias contaminantes con efectos negativos para los ecosistemas: residuos sólidos, residuos tóxicos, lluvia ácida y gases causantes del efecto invernadero, etc. La huella ecológica de la riqueza es ancha y profunda.

En cuanto a la pobreza, ¿qué tiene que ver con el deterioro ambiental? El PNUD dedicó en 1992 uno de sus primeros informes sobre desarrollo humano a los problemas ambientales, y en él advertía de que “la pobreza internacional es una de las mayores amenazas contra la continuidad del entorno físico y el sostenimiento de la vida humana”. O sea, que los pobres, encima, tienen la culpa del deterioro ambiental. Bueno, el PNUD no dice “los pobres”, sino “la pobreza”; de modo que, si de responsabili-

dades hablamos, habría que dilucidar dónde residen las responsabilidades tanto de la pobreza como del deterioro ambiental. Que a lo mejor resulta que son vecinas.

*Mientras los pobres viven en la Tierra dejando una huella ecológica apenas perceptible, soportan el grueso de las consecuencias de la gestión no sostenible de nuestra interdependencia ecológica. Hasta la fecha, los habitantes de los países desarrollados se han limitado a ajustar los termostatos, soportar veranos más largos y calurosos y observar cambios en las estaciones para hacer frente al cambio climático. Por el contrario, cuando el calentamiento global altera los patrones climáticos en el Cuerno de África, significa la pérdida de cosechas y hambruna, o que las mujeres y las jóvenes deban dedicar largas horas del día a buscar agua. Y sea cual fuere el riesgo futuro que enfrentan las ciudades del mundo desarrollado, hoy las verdaderas vulnerabilidades al cambio climático vinculadas con tormentas e inundaciones se dan en las comunidades rurales que habitan los deltas de grandes ríos como el Ganges, el Mekong y el Nilo y en los asentamientos precarios que crecen sin control en las ciudades del mundo en desarrollo.*

Índice de desarrollo humano 2007-2008

## La pobreza es un desastre

Hace ya años, Indira Gandhi denunció que “el mayor desastre ecológico es la pobreza”. Se refería a que ésta rompe un equilibrio fundamental: el de la justicia entre los seres humanos. Pero la afirmación también es exacta por su, digamos, impacto ambiental negativo. Desde hace años, en algunas zonas del sureste asiático, la primera causa directa de destrucción de las selvas tropicales, tan importantes para el clima del Planeta, no es la voracidad deforestadora de las transnacionales, sino la desesperada búsqueda de suelo cultivable de las poblaciones empobrecidas, empujadas por



**Los efectos de la pobreza también destruyen el medio ambiente, de forma que los pobres se convierten en los mensajeros y principales perjudicados de la falta de sostenibilidad.**

un injusto sistema de propiedad de la tierra. Grandes propietarios poseen enormes extensiones de terrenos fértiles, a menudo sin cultivar, mientras que los pobres andan quemando selva para

poder arrancar un par de cosechas a un terreno que después quedará yermo.

Es sólo uno de los muchos casos en los que, a causa de la pobreza, muchas personas incrementan la presión sobre los frágiles recursos naturales con la finalidad de poder sobrevivir. Los efectos de la pobreza también destruyen el medio ambiente, de forma que los pobres se convierten en los mensajeros y principales perjudicados de la falta de sostenibilidad. El aumento de la población, y el modelo actual de incremento de la riqueza –más consumo y más contaminación–, junto con el aumento de la pobreza –falta de recursos y de tecnología para adquirirlos–, intensifican progresivamente las presiones sobre el medio ambiente.

El billete del viaje es de ida y vuelta, porque, a su vez, la salud ambiental contribuye a determinar si las personas tienen o no buena salud (lo hemos visto en el caso del agua) y cuál es su esperanza de vida, de modo que el deterioro ambiental también empeora las condiciones de vida. Todo ello pone de manifiesto que sólo una visión integral de los problemas de la pobreza y la degradación ambiental puede construir desarrollo sostenible. Los pasos que llevan por ese camino son el aumento de la base de recursos de los pobres, la inversión en servicios energéticos y de infraestructura, el apoyo a las *tecnologías verdes* y la aplicación de políticas adecuadas de valoración y establecimiento de precios de recursos como el agua, la electricidad o los fertilizantes. En definitiva, es necesario que la protección medioambiental forme parte integral de la erradicación de la pobreza.

La causa última no es, por supuesto, la pobreza, como señala la revista del CIDOB, que alerta de que las complejas relaciones entre medio ambiente y pobreza llaman a menudo a engaño, “ya

que generalizan una relación intrínseca entre pobreza y mala gestión de los recursos, descuidando que en la mayoría de los casos es el crecimiento económico desregulado y dominado por los intereses comerciales el causante de la degradación ambiental y del consiguiente aumento de la pobreza”.

Este modelo de desarrollo que, en la práctica, seguimos considerando el mejor de los mundos posibles contamina y destruye, generando empobrecimiento que, a su vez, contamina y destruye. Este es el **triángulo vicioso**; más bien, viciado. Se trata de un complejo entramado de relaciones, no siempre evidentes, a menudo incluso escamoteadas, en el que ciertos fenómenos son causa y efecto a la vez y donde ningún elemento puede considerarse aislado; un complejo sistema en el que intervienen realidades de muy variada naturaleza, por ejemplo, la libertad humana y poderes de diverso origen.

Dar pasos para que este vicioso triángulo adquiriera alguna virtud significa reducir la pobreza en el Sur y el consumo en el Norte. Diversificar las fuentes, dedicar recursos a investigar y promover las llamadas energías blandas, limpias o renovables, acostumbrarse a cambiar los hábitos de consumo –en cantidad y en calidad–, abrir las ventanas y enterarse de que el mundo, aunque ancho, no es ajeno; trabajar por unas condiciones de comercio internacional más justas, aprender a leer la realidad sin mio-pía, son algunas de las reglas de oro.

Es más fácil enunciarlo que ponerse manos a la obra, pero es mejor hacer algo que esperar al cataclismo (o a la autoridad) que nos lo dé todo hecho. Hay que reclamar leyes que pongan coto al derroche, pero, mientras las promulgan, se puede ir practicando. Y cuando todo parezca perdido, alzar la voz, que aún no ha perdido vigencia aquel libro que se titula *Protesta y sobrevive*. Como canta Serrat, “no esperes a que se acabe para saber que todo corre peligro, ni a que te cuenten los libros lo que están tramando ahí fuera”, porque si algo está claro en todo esto es que **el primer factor de deterioro ambiental y humano es la indiferencia.**

# Intermezzo. La ley del deseo

Hace casi un siglo, Gandhi, dijo que “la Tierra brinda lo suficiente para satisfacer las necesidades de todos, pero no la codicia de todos”. Como es bien sabido, Gandhi era un hombre poco dado al consumismo, de modo que es probable que, aunque la palabra coincida, no hablara de lo mismo que hoy se entiende por necesidad, lo que sugiere la conveniencia de detenerse un poco en este concepto.

‘Necesidad’ es la cualidad de ‘necesario’, como sabe el diccionario. El quid de la cuestión es qué determina que algo sea necesario; más allá de la simple observación, que nos muestra cómo lo que es necesario para unas personas es prescindible y hasta molesto para otras.

Comer, beber, dormir,... Parece que hay acuerdo general sobre la inexcusable necesidad de estas actividades para todos los seres humanos. ¿Y cariño?, ¿no es tan necesario el cariño y el reconocimiento como el comer? Está más que demostrado que los niños sin afecto crecen menos y se desarrollan peor. Bueno, pues el cariño también parece que forma parte de las necesidades humanas. ¿Y el éxito? ¿y la alegría? ¿y...? De seguir así, nos sale una especie de tabla periódica. Y, aunque lográramos un completo elenco, no resolvería eso casi nada, porque ahora vendría la cuestión del “peso atómico”. Vale, damos por bueno comer, pero cuánto, qué. Y si eso es difícil para el comer, no digamos para el soñar o el reír. De modo que, aunque mentes simples y más bien interesadas siguen manteniendo una visión naturalista de las necesidades humanas, la cosa es bastante más compleja y con importantes implicaciones para lo que en este librito nos ocupa.

¿Dependen las necesidades humanas de la sociedad en la que viven esos seres humanos? ¿Son, pues, relativas? ¿Significa ello que unas personas tienen (tenemos) más necesidades que otras y, por tanto, derecho –o al menos justificación– a acceder a más medios par satisfacerlas? Lejos nos llevaría esto. O no tan lejos: al panorama actual.

## Velocidad y tocino

No conviene confundir la velocidad con el tocino ni los deseos con las necesidades<sup>1</sup>, y a eso se parece mucho lo que hacemos en la sociedad de consumo, mediante una sencilla operación, que intentaremos desmontar, para entender cómo funciona, como si de un motor se tratara (o se trata, puesto que ahí descansa en gran medida esta sociedad, enlazando con la frase de Gandhi). Digamos de momento que basta con establecer que algo se ha convertido en una necesidad, y ya está el mecanismo en marcha para que no pueda ni posponerse ni subordinarse a nada, puesto que la satisfacción de las necesidades (las percibidas como propias) es sagrada.

Lo mismo que el tocino, tampoco conviene confundir necesidades con satisfactores, viene a decir en su interesante libro *Desarrollo a escala humana* Manfred Max-Neef<sup>2</sup>. Parte el economista chileno de una concepción de las necesidades a la vez como carencia y potencialidad, lo que significa que no sólo son vividas como “falta de algo”, sino también como motor que compromete y moviliza. Por ejemplo, dice él, “la necesidad de participar es potencial de participación, tal como la necesidad de afecto es potencial de afecto”.

La confusión entre las necesidades y las formas de darles respuesta es, a su juicio (y al mío, que por eso lo cito), un equívoco muy fecundo para el consumismo como filosofía y forma de vida. Sin defender una concepción naturalista de las necesidades, confiere Max-Neef a éstas un carácter más permanente, mientras que los satisfactores definen “la modalidad dominante que una cultura o una sociedad imprimen” a aquéllas. De ahí que “los satisfactores son lo histórico de las necesidades y los

.....  
1 ALONSO, Luis Enrique. “La producción social de la necesidad y la modernización de la pobreza: una reflexión desde lo político” en *Necesitar, desear, vivir* (J. Riechmann, coord.). Los libros de la Catarata. Madrid, 98. Pág. 29 y ss.

2 MAX-NEEF, Manfred. *Desarrollo a escala humana*. Icaria. Barcelona, 98.

bienes económicos su materialización”. La confusión de estos tres conceptos, necesidades, satisfactores, bienes, tiene una enorme trascendencia, que Max-Neef expresa tan bien que hace excusable la extensa cita. “Cuando la forma de producción y consumo de bienes –explica– conduce a erigir los bienes en fines en sí mismos, entonces la presunta satisfacción de una necesidad empaña las potencialidades de vivirla en toda su amplitud. Queda, allí, abonado el terreno para la confirmación de una sociedad alienada que se embarca en una carrera productivista sin sentido. La vida se pone, entonces, al servicio de los artefactos en vez de los artefactos al servicio de la vida. La pregunta por la calidad de vida queda recubierta por la obsesión de incrementar la productividad de los medios”.

Para Max-Neef, las necesidades humanas son permanentes, universales y limitadas. Ordenadas según categorías existenciales, son **ser, tener, hacer** y **estar**. Según categorías axiológicas, subsistencia, protección, afecto, entendimiento, ocio, creación, identidad, libertad y participación. Comer, por tanto, no sería, en esta perspectiva, una necesidad, sino un satisfactor que corresponde tanto a subsistir como a hacer, por ejemplo. No digamos ya determinadas formas de alimentación. Es claro que un determinado satisfactor puede dar respuesta a varias necesidades, y viceversa.

Existen también satisfactores en realidad violadores o destructores, de los que serían elocuentes ejemplos el armamentismo como respuesta a la necesidad de protección, que en realidad imposibilita la necesidad de afecto, libertad o subsistencia. Satisfactores inhibidores, como el paternalismo, que parece responder a la necesidad de protección, que inhibe las de libertad, identidad o participación. Incluso existen pseudosatisfactores, como los estereotipos en tanto que pretendida respuesta a nuestra necesidad de entender.

Quiero llamar la atención sobre el hecho de que **las necesidades son limitadas**, lo que pone en cuestión algunas de las verdades fundamentales de la teología predominante. No tiene sentido la carrera sin fin en pos del consumo, sobre las intermi-

nables pistas de la multiplicación de las necesidades si resulta que éstas son habas contadas. El resto es sofisticación; o, como dijo aquel, literatura.

•••

**Esto es lo que hace de la necesidad un concepto político.**

Sirva esta elemental explicación de la teoría de Max-Neef –en el citado libro mucho más elaborada y desarrollada– para ir poniendo en su sitio qué es

necesidad y dónde queda, en esta perspectiva, la desafortada carrera por satisfacer “necesidades” de que se alimenta la sociedad de consumo y que está en la base de cualquier propuesta de qué hacer para modificar el injusto y demencial estado de cosas descrito en la primera parte.

Cómo nos organizamos en esto de las necesidades, conceptual, social, política, culturalmente, es tan importante que viene a ser lo que define una cultura, según el propio Max-Neef, que es como decir que el modelo de sociedad viene definido por el lugar que ocupan las necesidades, como sostiene Alonso, entre otros. Precisamente **esto es lo que hace de la necesidad un concepto político** y, en consecuencia, que modestos cambios de hábitos cotidianos tengan carácter de compromiso político.

## Un orden muy desordenado

Aunque parezca mentira, el lugar que ocupan las necesidades en la sociedad de consumo no es, ni mucho menos, central. Parece que sí, que todo se ordena a su satisfacción (al menos las de una minoría privilegiada), pero ocurre como con el de algunas personas que se creen un modelo de orden, que es aparente, que no guarda organicidad ni sentido. ¿No sería lo lógico que la jerarquía de las necesidades determinara la estructura social? Pues si bien nos fijamos ocurre exactamente a la inversa: “es la estructura social la que determina el orden de prioridades de las necesidades” (Alonso), de alguna manera en todas las sociedades; de forma eminente en la de consumo.

Aún se oye a veces que la demanda dicta la oferta, pero esto, si no completamente falso, desde luego es muy matizable. La sociedad de consumo culmina un proceso que, arrancando de la revolución industrial, es literalmente subversivo, puesto que subvierte el proceso de satisfacción de las necesidades humanas. En sociedades preindustriales, se producían las cosas que la gente necesitaba: pan para comer, ropa para vestirse, joyas para adornarse, arte para disfrutar, etc.

Ahora no es la demanda la que genera la oferta; ahora se trata de inducir, de crear la demanda de lo que conviene producir; convencer a la gente de lo que necesita. La publicidad –importante eslabón en la cadena de producción y de integración social– se ha convertido en “industria de creación de sentimientos de carencia”<sup>3</sup> que nos convence de qué necesitamos no ya para trasladarnos, abrigarnos o alimentarnos, sino para sentirnos bien, integrarnos en el grupo social, ser amados y amadas (con diferenciación de género: parece que no nos hacen amables las mismas cosas a hombres y mujeres).

Una de las seis recomendaciones del informe del Club de Roma *Más allá de los límites del crecimiento* para evitar el colapso ecológico que viene, que ya está aquí, es que los ciudadanos de los países ricos no demos respuestas materiales a problemas de índole no material. Por si no queda claro, entran en detalle: “la gente no necesita coches inmensos; necesita respeto. No necesita armarios atestados de ropa; necesita sentirse atractiva y requiere excitación, variedad y belleza. La gente no necesita entretenimientos electrónicos; necesita hacer con sus vidas algo que valga la pena”. La consecuencia es obvia: “Intentar rellenar estos huecos con objetos materiales es desatar un apetito insaciable de falsas soluciones para problemas reales que nunca se satisfacen”.

.....  
3 Capella, J.R.: *Los ciudadanos siervos*. Trotta. Madrid, 1995.



Esto nos remite a lo dicho hace algunos párrafos, poniendo en duda que en la sociedad de consumo todo se encamine a la satisfacción de las necesidades, siquiera sea de una minoría privilegiada. Pues no, porque “las falsas soluciones a problemas reales” no son soluciones, y eso es lo que hace posible que la maquinaria del consumismo funcione.

Un burdo ejemplo puede concretar el razonamiento. Si un coche sirviera para trasladarse, una vez adquirido, se acabaría la gana de coche. Si su función es construir o alimentar una identidad de ganador, sentirse más atractiva, “salirse del rebaño”, el apetito de coche tarda tanto en volver a aparecer como un nuevo modelo más caro, más “único”, más exclusivo en salir al mercado. Ello asegura que la maquinaria siga en marcha, lo que deja claro, espero, qué tipo de necesidades se propone satisfacer la sociedad de consumo y, sobre todo, de quién son esas necesidades.

Lo que en la sociedad de consumo cuenta en realidad no son las necesidades, sino los deseos, de modo que, en un cierto sentido, puede decirse que su mecanismo fundamental es “la explotación intensiva de los deseos” (Alonso), en el que tiene un papel protagonista la publicidad, pero no sólo ella; los medios de comunicación clásicos, pero no sólo ellos.

## Protozoos insumisos

Cuando se habla aquí de la “maquinaria” o del “sistema” no se parte de una visión conspirativa de la historia que nos deja a todos a dos velas. No. Se trata de poner de manifiesto que la sociedad de consumo es un complejo sistema no sólo mercantil, sino económico, ideológico, cultural, etc., en el que modificar una parte afecta al resto.

No podemos, pues, tratar cualquiera de los elementos del sistema sin considerar el resto ni las interacciones mutuas, puesto que todas se sustentan en todas. El consumismo no es una forma de comprar. Es una forma de relación con las cosas y las personas y, como tal, una ética, incluso una estética que guía nuestros

pensamientos, deseos y obras, nuestras percepciones y la forma de nombrar las cosas, y que parece ser, con perdón de Descartes, “consumo, luego existo”, como proclamaba hace años la bolsa de una tienda de altos vuelos (y precios, claro).

Tiene todo esto una implicación cívica y política muy importante: ya no somos ciudadanos o ciudadanas, sino consumidores, una nueva especie de protozoos, con aspecto humanoide, pero cuya vida consiste en tragar, dicho sea –permítaseme la licencia– en un amplio abanico de sentidos, incluidos los más coloquiales. (Referido ello, claro, a los bienes materiales, pero no sólo: en las campañas electorales nos “venden” candidatos, por poner un ejemplo muy obvio.)

“El comportamiento de los consumidores no son actos aislados de ciudadanos soberanos, sino prácticas sociales” (Alonso), no porque nos hayamos convertido en parte de un magma informe que es la sociedad de consumo, sino porque nuestros actos individuales tienen repercusiones políticas, son actos políticos. En una sociedad que con justeza se denomina “de consumo”, consumir (o no consumir, o consumir de una determinada manera) es una forma de participar. Incluso podría decirse, en más de un sentido, que nuestra capacidad de consumir es lo que nos constituye en sujetos políticos, más allá de formalidades administrativas, que el único poder que cuenta es el adquisitivo. ¿No es la capacidad de consumir la auténtica piedra de toque de la exclusión?<sup>4</sup>

Pero démosle la vuelta, que todo lo dicho significa, a fin de cuentas, que hay un poder agazapado en nuestros carros de la compra, nuestros monederos, nuestras decisiones de adquirir y consumir bienes, esperando que nos decidamos a usarlo.

En 1995, el *Wall Street Journal* calificaba de “subversiva” la austeridad porque podía disminuir el consumo, en un momento

.....  
4 Esta idea está más desarrollada en AGUILAR, T. et al., *Campos de juego de la ciudadanía*, sobre todo en pág. 160 y ss., y en Araceli CABALLERO *La buena vecindad*. Viejo Topo. Barcelona, 2003.



en que a algunos grupos sociales se les ocurría que tal vez les resultaba más rentable invertir menos tiempo –y ganar menos dinero– en su vida profesional, a cambio de disfrutar de más tiempo para estar con su familia,

abordar proyectos personales, asociarse con otros o lujos por el estilo, que no tienen cuenta de resultados, ni cotizan en bolsa y son inabordables desde la economía especulativa.

Y es que ésa es la rebelión de los protozoos que quieren disfrutar de su ciudadanía, que Esau vendió su primogenitura por un plato de lentejas, pero no es un precio más alto vender la ciudadanía por un Chanel n.º 5 o un Audi A4. Austeridad, ya sé, tiene mala prensa en estos tiempos, pero, ¿no será porque no resulta funcional al sistema? A fin de cuentas, no es sino funcionar con lo que hay y, si tenemos en cuenta lo que hay y cuántas personas somos, sólo se trata de un equitativo reparto que no acapare ni destruce. No es sino –en palabras de Gandhi– “vivir sencillamente para que otros puedan, sencillamente, vivir”.

Después de este largo paseo que comenzamos con Gandhi, volvemos a donde comenzó el libro: es una determinada forma de vida la que provoca deterioro ambiental, violencia, injusticia. Luis Jiménez Herrero señala que “la resolución de los problemas ecológicoambientales no reside tanto en actuar sobre el medio como sobre las actividades humanas que mantienen una relación estructural con él, tratando de cambiar las bases irracionales sobre las que se sustenta el sistema dominante”. Los cambios que deben adoptarse han de estar en este camino. No hay una lista de cosas por hacer que asegurarán leche y miel para todos, sin daño de la Tierra. No se trata de prescripciones ni normas (¿no era ése el estilo de los fariseos, cuyo objetivo era la justificación personal, no la justicia?), sino que las modificaciones de la vida cotidiana –para ser efectivas– han de estar en la perspectiva de cambiar el modo de vida, que no es sólo comportamiento.

•••

**Hay un poder agazapado en nuestros carros de la compra, nuestros monederos, nuestras decisiones de adquirir y consumir bienes, esperando que nos decidamos a usarlo.**

El Informe sobre Desarrollo Humano del PNUD del año 2000 alertaba sobre la necesidad de introducir factores socioeconómicos (justicia, género, derechos humanos,...) en los problemas ambientales como algo imprescindible, tanto para un análisis que permita comprender como para la acción que contribuya a solucionar. El subrayado se justifica porque lo que ha de cambiar son nuestras percepciones y valoraciones, que se verifican en nuestras acciones, en los actos, que, a fin de cuentas, constituyen los testigos más veraces de lo que somos.

## Una manera estúpida de vivir

Mientras escribía, un par de párrafos más atrás, lo que elegía esa gente peligrosamente subversiva que descubría la austeridad me ha asaltado la sospecha de que sí, de que efectivamente la mayoría de la gente consideramos un lujo ese panorama. ¿Por qué, entonces, alimentamos entre todos una forma de vida que nos agota, nos tensa y nos aliena, que está agotando nuestro hogar común, la Tierra, y condena a la pobreza y a la exclusión a la mayoría de la humanidad? Max-Neef también se lo preguntó en un momento de crisis. “Me di cuenta entonces –escribe– que la estupidez es una fuerza cósmicamente democrática. Nadie está a salvo.” Vivir de una forma que no excluya a nadie ni en el presente ni en el futuro se llama desarrollo sostenible. Vivir de una forma que haga viable este modelo de desarrollo significa calidad de vida, un término muy manoseado por la publicidad hasta vaciarlo de significado. Un término más que hay que recuperar, que también se trata de recuperar el lenguaje para que sirva para la comunicación, no para el mercadeo.

Calidad de vida, participación, incluso solidaridad. “La solidaridad internacional –afirma Rafael Díaz-Salazar– tiene mucho que ver con la adopción de estilos de vida regulados por los imperativos propios del ecologismo”. Claro que si hay un término con más necesidad de rescate que la princesita de la torre es éste, solidaridad, el penúltimo argumento de venta de los

mercachifles, demostrando hasta la saciedad que “si el consumo se puede convertir en un acto de solidaridad, también la solidaridad puede legitimar cualquier acto de consumo”<sup>5</sup>.

Estamos ante un problema complejo para el que están contraindicadas las soluciones simples. ¿Por dónde empezar? El viejo lema ecologista “piensa globalmente; actúa localmente” conserva toda su vigencia, siempre que no oculte el hecho de que cada cuestión requiere ser abordada en el ámbito que le es propio. Siempre que no ignoremos que el plano cotidiano repercute en el político y viceversa.

**Hay que empezar por no desentenderse.** El descubrimiento de Max-Neef sobre la estupidez trae de la mano una leve referencia a la idiotez, que no es igual, pero a veces es lo mismo. “Uno de los dramas de nuestro tiempo –escribe Massimo Cacciari– es no la reducción del individuo al ámbito de lo propio, sino la inflación de la personalidad del idiota que ha hinchado la dimensión del propio y mezquino interés privado”<sup>6</sup>. *Idiota*, como es bien sabido, viene del griego y significa ‘que vive en sus propias cosas’, desentendido del **bien común**. Ignorante de que, puesto que es común, ese bien también lo incluye. Y en pocos terrenos está esto tan claro como en el del medio ambiente, donde la idiotez nos está llevando al colapso a nosotros y a la muerte a millones de seres humanos.

Desde mi punto de vista, por donde hay que empezar es por trabajar contra la idiotez propia y ajena, lo que me lleva a asumir la propuesta de Cacciari en el libro citado: “hace falta inaugurar una especie de escuela de resistencia a la inflación de la personalidad del idiota, abierta a todos [...]. Si no conseguimos sustraer la solidaridad de su dimensión utilitaria, y dotarla de una base fuerte, la suerte de todos nosotros, incluidos los idiotas, estará echada”.

.....  
5 AAVV. *Las ONG y la política*. Istmo. Madrid, 2002. Pág. 142.

6 CACCIARI, M. y MARTINI, C.M. *Diálogo de la solidaridad*. Herder. Barcelona, 1997.

## Consumo responsable

La vinculación consumo-calidad de vida no es un espejismo de nuestra consumista sociedad. Es innegable que ciertos incrementos de consumo mejoran la vida de la gente. En otro lugar ha quedado dicho que en los últimos veinticinco años del siglo xx se multiplicó por dos. Los españoles y las españolas de más de cuarenta años han sido testigos –y sujetos– de cuánto ha aumentado el consumo en estas cuatro décadas y de que, desde muchos puntos de vista, eso ha significado vivir mejor. Y en otro lugar se ha subrayado la urgencia de que una considerable parte de la humanidad consuma más.

¿Es ese vínculo una relación causa-efecto que se cumple siempre de manera inexorable? Las y los cuarentones antes invocados también saben que no; al menos, no en todos los casos y bajo cualquier concepto. El PNUD señalaba en su informe dedicado al tema (1998) que ese vínculo funciona “cuando aumenta la capacidad y enriquece la vida de la gente sin afectar negativamente al bienestar de otros”. *Sensu contrario*, se rompe la relación positiva cuando “las pautas y tendencias del consumo son hostiles al desarrollo humano”. En fin, que no es planteable no consumir, porque nos pasaría como al burro aquel que, cuando su dueño consigue que aprenda a no comer, va y se muere.

La cuestión está en lo que el PNUD llama “las pautas y tendencias”, que, si siguen por donde van, advierte el mismo organismo, “los actuales problemas se agravarán”. Lo que lleva directamente a la pregunta de cómo ha de ser el consumo. Tras tan grave advertencia, el mismo Programa de la ONU para el Desarrollo le atribuye cuatro características inexcusables: **compartido** (garantizar la satisfacción de las necesidades básicas de todos), **fortalecedor** (aumentar la capacidad humana), **socialmente responsable** (el consumo de unos no debe amenazar el bienestar de otros) y **sostenible** (no poner en peligro las condiciones de vida de las generaciones futuras).

Este consumo que se hace cargo de las circunstancias reales

bien merece el calificativo de responsable. Y esa es, ni más ni menos, la respuesta al panorama trazado en la primera parte. El consumo responsable consiste en saber qué consecuencias para el bienestar general tienen nuestros hábitos y decisiones, y elegir teniendo en cuenta el coste (ecológico, social, económico, humano) que tuvo la producción y los impactos del mismo tipo que tendrá su destrucción.

Se incluye, como puede verse, saber porque no se reduce la cosa a actuar. O sí, pero el humano actuar está informado, en sentido literal, por el conocer, que ya sabía Aristóteles que la ética (comportamiento) comienza en el conocer. El consumo responsable requiere información y conciencia, datos y sensibilidad. Esto es tan importante como que del planteamiento del problema depende en gran medida su solución, en dos sentidos: que tenga solución y qué solución tiene. Por ejemplo, si el problema es que *hace frío*, la solución suele consistir en poner toda la casa a temperatura estival, aunque sea enero. Si el problema es que *tengo frío* (el problema no es la temperatura, sino mi sensación de frío), la solución es ponerme un confortable jersey.

“Consumo responsable” se identifica a menudo con equilibrada relación calidad/precio. Y así es, siempre, eso sí, que amplíemos el concepto de calidad, y lo enmarquemos en el de calidad humana de vida y que tengamos en cuenta el precio que pagamos todos, no sólo en dinero, incluyendo a las personas de otros lugares de la Tierra y de otro tiempo por venir. Por ejemplo, el precio que pagamos en variedad de vida física, de culturas, de puntos de vista, etc.

¿Está en las manos de las modesta gentes de a pie modificar estas cosas? Es precisamente en esas manos (que son éstas) donde reside ese poder. ¿Cómo? En todo tiempo y lugar, porque se trata de lo que podríamos llamar “la ecología de la señorita Pepis” precisamente por estar al alcance de todos y todas; porque es la ecología que hacemos “con estas manitas”.

# Con estas manitas...

Estas manitas que tenemos cada cual, y las manitas que tenemos en un sentido colectivo. Si el consumo consciente y responsable construye ciudadanía, en cuanto que miembros de una sociedad podemos también hacer mucho. Es decir, que las administraciones públicas, las organizaciones de todo tipo y las empresas también tienen manitas, y la ciudadanía el poder –y la responsabilidad– de reclamarles que las muevan.

Los **gobiernos** tienen una “caja de herramientas” (Informe Worldwatch 2004) repleta de instrumentos útiles, si se usan de forma eficiente. Actualmente, por ejemplo, el español avisa que el tiempo de las **subvenciones** a las energías renovables se acabará en un futuro próximo, cuando las no renovables y contaminantes han sido subvencionadas durante décadas. Los impuestos tienen un papel muy parecido. Establecer incentivos fiscales para formas de producción sostenibles y “castigar” fiscalmente comportamientos que dañan a la comunidad significan un estímulo importante. Tal **política fiscal** se encamina a que los precios reflejen los costes reales de, por ejemplo, energías contaminantes o no renovables, incluyendo en el precio final costes que actualmente permanecen invisibles, pero que, finalmente, pagamos todos. Medidas como las ecotasas suelen ser impopulares, pero lo único que hacen es reflejar unos gastos de gestión de residuos o de otras repercusiones negativas.

Las **medidas legislativas** tienen una función parecida. Del mismo modo que normativas más estrictas suponen mayor seguridad laboral, una reglamentación social y ambientalmente responsable posibilita y favorece el consumo responsable, estableciendo, entre otras normas, estándares sostenibles para los procesos de fabricación y comercialización de los bienes y servicios. Esto es especialmente efectivo en el campo del **etiquetaje**, que proporciona a la ciudadanía instrumentos para ejercer sus opciones de compra con la información necesaria. Si bien se han dado pasos importantes en estos terrenos, lo que falta por recorrer es tal vez un camino aún más largo, y no siempre se camina en y con buen sentido. Por ejemplo, Greenpeace España quiere

poner en marcha una cooperativa para producir energía limpia. Las cantidades, como puede imaginarse, no pondrán en peligro las cuentas de resultados de las grandes empresas energéticas que dominan el sector de este servicio público en régimen de oligopolio. Sin embargo, entre la miopía política y las presiones empresariales, para poner en marcha la iniciativa el Gobierno español establece en la nueva ley de la energía un aval de cifras astronómicas (600.000 €) que la hace imposible.

Las administraciones públicas, finalmente, tienen un enorme poder de abrir camino y dar ejemplo en cuanto consumidoras de bienes. Cuando, pongamos por caso, el Parlamento Europeo decide que en sus cafeterías se sirva café procedente del comercio justo está no sólo dando ejemplo, sino haciendo que esta propuesta dé un paso de gigante por el volumen de compra que tal decisión significa. Las **compras verdes** de las entidades públicas representan un avance significativo en su normalización y difusión entre la población en general.

A esto hay que añadir medidas concretas, al alcance sobre todo de administraciones locales, como los sistemas de bicicletas de uso público (y los correspondientes carril-bici, por supuesto) o los sistemas de gestión de residuos urbanos. Y otras medidas más **estructurales**, que tienen que ver con los modelos de urbanización, desincentivando la urbanización dispersa, tan insostenible ecológica y socialmente, los modelos de transporte público y las infraestructuras.

En la mano de las **empresas** está parte de estas medidas, como las compras verdes, así como la de colaborar en las medidas públicas que les atañen directamente (etiquetaje, estándares, etc.). Junto a unas políticas laborales legales, incluso justas, les es reclamable una conducta ambientalmente responsable en lo que tiene que ver con la eficiencia energética, el uso de materias primas y los procesos limpios. Desde hace un tiempo una nueva expresión se hace sitio en nuestras vidas: la **responsabilidad ampliada de las empresas**, que significa ni más ni menos que no consideren que su responsabilidad acaba cuando el producto

o el servicio pasa a manos del comerciante, el distribuidor o el público. Por ejemplo, que se hagan cargo de los artilugios, como móviles o electrodomésticos, cuando se acaba su vida útil, de modo que la cosa no consista en la bonita historia de yo me embolso el dinero, y que la sociedad cargue con los costes que tan dañinos residuos generan. Las leyes pueden –y deben– hacer obligatorias estas actuaciones, pero las empresas pueden adelantarse a las normas, y acatarlas de buen grado cuando existan, sin escaqueos ni trampas. En definitiva, se trata de hacerse cargo del producto de la cuna a la tumba. Mejor aún, **de la cuna a la cuna**, si nos embarcamos seriamente en reciclar y no dilapidar los recursos.

En cuanto a la ciudadanía de a pie, nosotros y nosotras, el poder es inmenso, si nos decidimos a ejercerlo. En primer lugar, reclamando, exigiendo, incentivando los comportamientos públicos y corporativos descritos. En el mismo plano de importancia, asumiendo hábitos de vida respetuosos y sostenibles. Hace unos años, en tiempos de sequía, una viñeta de Forges mostraba este poder de forma, como suele, gráfica y aguda. De una aglomeración urbana salían numerosos “bocadillos” que decían algo así como “¡total, por una gota!”. Nos parece que así tomados de uno en uno, nuestras acciones, como escribe José Agustín Goytisolo, “son como polvo, no son nada”, pero no es así.

Para muestra, un botón. Para argumentar, dos. En la primavera de 2008, cuando las noticias sobre escasez de agua eran frecuentes, cuando los políticos discutían sobre si llevar agua a Barcelona por tren o por barco (todo ello con gasto de esa energía que causa cambio climático, que causa sequía: ¡así somos!), los periódicos informaron de que los habitantes de la capital son quienes menos agua gastan en Cataluña (tal vez relacionado con el hecho de que es donde el agua es más cara, lo que remite al asunto de los precios justos y las normativas públicas).

Según la Agencia Europea de Medio Ambiente –este es el otro botón–, las emisiones de los coches se redujeron notablemente entre 1995 y 2003 al fabricarse según estándares más

estrictos. Sin embargo, las emisiones totales aumentaron en el mismo periodo. ¿Misterio? No; dispendio. Disminuyeron las tasas de ocupación de los vehículos y usamos más el coche.

Lo que hacemos tiene repercusiones. Y lo que no hacemos, que la primera opción es consumir menos. “Hacer de manera más eficiente lo que, de entrada, no se tendría que hacer no es motivo de celebración”, escribe Herman Daly. El decrecimiento es una alternativa política que comienza en casa.

El campo es inmenso, de modo que las páginas que siguen sólo pretenden ser una invitación a hacerse preguntas, buscar respuestas y explorar nuevas formas de vida, muy al alcance de cualquier hijo de vecino. Ya lo dijo Eluard: “Hay otros mundos, pero todos están en este”, esperando ser contruidos con estas manitas.

### Energías domésticas

Calidad de vida y consumo energético parecen guardar relación directamente proporcional a este lado del Mississippi. Tal vez por ello, nuestras casas son como un inmenso electrodoméstico, repletas de los mil y un sofisticados artilugios que sin tregua aparecen en el mercado, desafiando la imaginación del más audaz y con fines que sólo requieren el simple ejercicio de girar la muñeca, como exprimir naranjas o cepillarse los dientes.

El problema de este modo de plantearse el bienestar es que los recursos energéticos habitualmente utilizados son limitados y que su extracción, transformación, transporte y uso producen contaminación, como ya vimos en **capacidad de carga**. Cuando nos lamentamos de lo cara que es la energía, en realidad sólo tenemos en cuenta una parte –y no la mayor– del precio que pagamos por ella: queda en la sombra el de los destrozos y daños que causa su uso. Eso no viene en el recibo porque se consideran “externalidades”; es decir, se deja fuera de las cuentas, como si no se produjera ni gasto ni destrozo, y así se va incrementando una especie de déficit global y muy real. Tan real que puede decirse que las cuentas de casa –que la Tierra es nuestra casa no es una metáfora– las tenemos en números rojos, y bajando.

Las alternativas hay que buscarlas en tres vertientes: las fuentes de energía utilizadas, cuánto y cómo consumimos. En lo que

a los tipos de energía se refiere, son preferibles, las limpias, también llamadas alternativas y renovables. El carbón y el petróleo son recursos limitados, agotables, que se forman en un plazo tan dilatado (cientos, miles de años) que con razón se llaman no renovables. Además, los procesos de extracción, transformación y consumo generan gran cantidad de residuos contaminantes. Por el contrario, el viento y el sol están a nuestro alcance sin límite. Como la vida no se contiene en cajoncitos incomunicados –éste para la ecología, éste para la política, éste para la economía...–, esta virtualidad de inagotable hace que las energías de este tipo sean menos dadas a provocar guerras, violencias, dominios y ocupaciones. Hay una estrecha relación entre guerra y pugna por el dominio de las fuentes de energía, pero también entre esto último y democracia, porque significa poder. No tiene sentido pelearse (al menos, de momento) por acaparar el viento o el sol, lo que debería hacernos pensar en las razones de los poderes (más o menos) públicos para no promover con el suficiente entusiasmo las energías limpias.

La elección de las fuentes energéticas no siempre está en nuestra pequeña y consumidora mano (a veces sí, así como en nuestros pequeños y votantes deditos), pero sí la cantidad y el modo de consumo, terreno en el cual hay un concepto clave: **eficiencia energética**, que significa obtener el mejor servicio con el mínimo consumo de energía.

Volvamos a la cuestión de las necesidades: ¿necesitamos un exprimidor eléctrico o zumo de naranja?; ¿kilovatios o luz?; ¿calefacción o calor? Se trata, pues, de hacer frente a las necesidades reales con el menor gasto energético y con el mínimo impacto ecológico.

Empecemos por el tipo de energía elegido. Junto a las energías limpias, son preferibles las que necesiten menos transformación y menos transporte, puesto que una y otro suponen coste energético. Un dato ilustrativo a modo de ejemplo: el consumo de energía primaria en Cataluña durante el año 2000 fue de 20,4 millones de toneladas equivalentes de petróleo (Mtep), mientras

que el consumo final fue de 13,3 Mtep. Es decir, se perdieron 7 Mtep en procesos de transformación, sin gusto ni provecho para las gentes que pagaron, aunque tal vez por el camino se enriquecieron otros bolsillos y se empobreció el medio ambiente.

En este sentido, y a pesar de su aspecto “limpio”, la electricidad es casi siempre una mala opción, puesto que se obtiene utilizando energía de otros tipos, como el petróleo o el gas. Es preferible una cocina de gas que una que funciona con electricidad, obtenida a partir de gas. Y quien dice la cocina dice el calentador de agua o cualquier otro artefacto.

La variedad de climas, hábitos y acceso a la riqueza dificulta hacer medias mundiales que sirvan para algo, de modo que nos limitamos a indicar la del consumo energético de las zonas templadas del hemisferio norte. En esta acomodada región el consumo doméstico de energía se reparte como sigue: 29% en calefacción; algo menos (28,5%) en agua caliente; 11% en cocinar, 10% en iluminación, y 21,5% en los otros electrodomésticos.

El consumo responsable de energía en casa significa elegir aparatos eficientes y usarlos de forma sensata. Siempre que sea posible, elegir aparatos eléctricos sólo en último término. La electricidad es engañosa porque parece limpia, cómoda e inocua. Basta un gesto tan simple como enchufar o apretar un interruptor para beneficiarse de ella. Sin embargo, por cada unidad de consumo de electricidad han debido ser quemadas cuatro unidades de combustible, por lo general carbón o petróleo, con el gasto de materias primas no renovables y la contaminación consiguiente. Algunas modificaciones en nuestros hábitos de vida podrían reducir el consumo doméstico hasta la mitad. Y partir por la mitad nuestro propio recibo de la luz.

Aunque las decisiones han de ser tomadas teniendo en cuenta las propias necesidades y posibilidades, hagamos un somero paseo hogareño.

Como primer y obvio paso, no usar aparatos para lo que se puede hacer sin ellos. Hacer zumos y cepillarse los dientes a mano es sano para las muñecas y el medio ambiente.

Conseguir y mantener una **temperatura** agradable dentro de casa requiere un consumo energético cada vez más elevado, pero esto, más que al cambio climático, se debe a pautas de conducta crecientemente consumistas. El sol y el viento pueden ser eficientes aliados, incluso sin procesos de transformación. Una vivienda bien orientada y adecuadamente aislada es una mina ahorrativa, y lo contrario, un agujero negro.

Puesto que se suele acceder a viviendas ya construidas, recurramos a procedimientos más accesibles, como son ventanas de doble cristal, cortinas y alfombras de tejidos naturales, distribución de los diversos espacios según usos y características, etc. Podremos así defendernos de las inclemencias climáticas, además de con ciertas dosis de sentido común: en épocas muy frías o muy calurosas, ventilar la casa durante diez minutos en el momento adecuado (mediodía en invierno, primera hora de la mañana en verano); aprovechar las corrientes de aire para refrescar; encender la calefacción con antelación para que se caldee la casa (los temporizadores son muy útiles) y apagar un rato antes para no desperdiciar calor.

Todo ello dando por supuesta una obviada: en verano hay que vestirse de verano y en invierno hacer lo propio, también dentro de casa. Una temperatura entre 19 y 21 en los días invernales no está nada mal. En verano, son muy soportables los 25 grados, teniendo en cuenta que una diferencia excesiva entre temperatura interna y externa es nociva para la salud personal y, desde luego, ambiental. Son preferibles los ventiladores que el aire acondicionado. Cuando éste es imprescindible, racionalizar su uso como en el caso de la calefacción: no abrir ventanas, cuando esté en marcha, mantener los aparatos en perfecto estado, elegir los de menos consumo, etc.

Los **electrodomésticos**, en general, requieren ser elegidos confrontando las prestaciones con las propias necesidades. Como regla de oro, ojo a la etiqueta y a los folletos de instrucciones, que contienen información muy valiosa. Desde 1995 han de llevar la llamada “etiqueta de energía”, que indica el consumo

energético en kW./h en condiciones normales por año o por ciclo, clasificado de la A a la G, por orden decreciente de eficiencia.

En los electrodomésticos, el tamaño sí que cuenta, porque, por ejemplo, un enorme **frigorífico** consume más que uno pequeño, incluso vacío. Este artefacto ha mejorado enormemente nuestra vida, pero su elevado consumo energético requiere un uso responsable. Además de elegir el modelo adecuado a las necesidades, y asegurarse de que es de tecnología *Greenfreeze* (libre de gases refrigerantes dañinos para la capa de ozono), colocarlo lejos de fuentes de calor y separado al menos cinco centímetros de la pared. Conviene mantener limpia la parte de atrás y asegurarse de que la goma de la puerta ajusta bien. Por supuesto, recordar que abrir la puerta de la nevera para entretenerse mirando es un poco tonto (para eso ya está la tele, aunque a veces también sea tonto). No guardar los alimentos aún calientes en la nevera, congelarlos sólo cuando sea necesario y tener la previsión de sacarlos del congelador con tiempo suficiente, de modo que no hayan de pasar por el microondas. Descongelar el frigorífico con la frecuencia recomendada en las instrucciones: una capa de cinco milímetros de hielo aumenta el consumo en un 30%.

La **lavadora** necesita mucha energía, de modo que más vale no girar el mando que la pone en marcha hasta que esté llena, aunque sin sobrecargarla. El agua fría lava tan bien como la caliente, salvo en contadísimos casos, y es más económica y ecológica, ya que la lavadora emplea el 90% de su consumo en calentar el agua, y sólo el 10% en mover el motor. La ropa, además, lo agradecerá. Usar detergentes sin fosfatos y siempre en cantidades menores que las recomendadas por los fabricantes, que para ellos en la venta está la ganancia. Los suavizantes son perfectamente prescindibles, y hay alternativas naturales más cuidadosas con la piel y el medio. En climas templados y soleados, la secadora es poco útil y puede ser sustituida por una buena planificación de los quehaceres domésticos.

La **cocina** de gas es mejor que la eléctrica, como ya se dijo. La llama ha de ser uniforme, no sobrepasar el fondo del reci-





piente y disminuirla cuando comience la ebullición. Cuando sea eléctrica, se puede apagar antes de que termine el tiempo de cocción, puesto que la placa permanece caliente aún un rato. La olla a presión es un invento estupendo que aprovecha muy bien la energía y conserva las propiedades de los alimentos. En todo caso, conviene recordar que mantener los recipientes tapados mientras se cocina ahorra entre el 20% y el 30% de la energía. En cuanto al horno, sirve para cocinar, no para descongelar.

**Lavar los platos** a mano puede ser un ejercicio estimulante, de modo que, respecto al lavaplatos, lo primero es plantearse seriamente su necesidad. Cuando sea imprescindible, elegir el modelo adecuado a las necesidades y esperar a que esté lleno para ponerlo en marcha. Cuando se friegue a mano, por supuesto, mantener el grifo cerrado, salvo para aclarar.

Fregar con **agua caliente** sólo cuando sea necesario y tener en cuenta que abrir el grifo correspondiente para un momento gasta energía para nada. La elección del sistema de agua caliente depende de las características y el número de quienes la utilicen, pero recuérdese una vez más que la electricidad presenta importantes inconvenientes.

Respecto a la **iluminación**, la mejor, como es bien sabido, es la natural que regala el sol, lo que significa que una casa luminosa y bien orientada es una bendición para la salud y la economía personal y ambiental. Para cuando haya que usar la artificial, hay que tener en cuenta el tamaño y el uso de cada espacio para elegir el sistema de iluminación y la disposición de las fuentes de luz. Debemos usar bombillas de bajo consumo y larga duración: son muy rentables y su coste se amortiza en seguida, si bien encenderlas para cortos periodos de tiempo no compensa.

En las casas hay **otros electrodomésticos**, de características muy diferentes, cuyo uso requiere también responsabilidad y la herramienta más útil: el sentido común. Algunos, como el secador de pelo, son muy derrochones, pero son muy útiles, de modo que cuidado y sensatez. Casi lo mismo sucede con la plan-

cha, que no conviene usar para una sola prenda; el vapor ahorra tiempo, lo que quiere decir energía (personal y eléctrica).

**Aparatos electrónicos**, como vídeos, ordenadores, televisores, reproductores de música y similares, demandan también elección cuidadosa y uso responsable. Siempre es preferible el enchufe a la pila. Cuando éstas sean necesarias, son preferibles las recargables, mejor con cargadores solares. Cada vez son menos contaminantes las no recargables, pero siguen siéndolo, así que cuidado con arrojarlas a cualquier sitio, especialmente las de botón, pequeñas pero dañinas.

En estos artefactos tan cotidianos conviene recordar la regla de oro de abstenerse de lo que no da gusto ni provecho. ¿Para qué sirve una radio encendida cuando nadie la oye, un grifo abierto cuando nadie usa el agua, una luz encendida que a nadie ilumina?

## Se lava, se lava y el Planeta se acaba

La limpieza es fuente de salud, buena imagen social e incluso de buen ánimo. Es argumento de venta que se supera a sí mismo, de modo que hemos pasado del “lava más blanco” a limpiadores con nombre de señor que nos desinfectan la tierra que pisamos. Nada que criticar al amor a la limpieza en el que nos han educado; sólo pondremos un poco en entredicho ese afán de escamondar (‘limpiar algo quitándole lo superfluo y dañoso’) que llega a extremos corrosivos.

El agua es un elemento de primer orden en la limpieza, de modo que parece éste un buen lugar para referirse a su uso doméstico. De entrada, digamos que, si la limpieza se mide en consumo de agua, no hay gente más limpia en Europa que la de España, puesto que la media europea es de 150 litros por habitante al día, y aquí sube en casi la cuarta parte. Bueno será saber en qué la gastamos para poder planificar el ahorro con realismo. Los estudios revelan que la tercera parte se va por el váter, otro

tercio lo destinamos al aseo corporal (baño y ducha); un 20% lo consume la lavadora, una pequeña parte (entre 3 y 6 litros) la bebemos o la utilizamos para cocinar, y con el resto limpiamos la casa y regamos las plantas.

No menos importantes que los de cantidad son los problemas de calidad, puesto que no nos limitamos a derrochar agua, sino que también en casa realizamos vertidos irresponsables.

La contribución a los problemas de cantidad y calidad de agua a escala planetaria (efecto invernadero, desertización, etc.) tiene que ver sobre todo, como se dijo en su lugar, con el uso de combustibles fósiles y las consiguientes emisiones de gases invernadero, así como otros hábitos de consumo que no reparan en el impacto ambiental, y esos también son hábitos domésticos, por lo que aquí quedan reseñados.

En lo que a las paredes de casa se circunscribe, vayamos por partes.

Cada descarga de la cisterna del **váter** envía desagüe abajo 10 litros de agua. O sea, que para oír el agua que fluye, mejor irse al Generalife, a las fuentes de Montjuïc, al parque más cercano o a la fuente de la plaza, que es más bonito y menos dañino. Hay dispositivos de ahorro, como las cisternas de doble descarga, pero incluso en las más vetustas se puede, por el sencillo procedimiento de poner en el depósito un ladrillo o unas botellas llenas de agua y tapadas, disminuir la cantidad descargada. Más elemental aún para ahorrar agua es no confundir el váter con la papelera: su función no es tirar cualquier cosa que se nos ocurra, y tirar de la cadena a continuación. Los pequeños residuos, al cubo de la basura.

Una buena **ducha** no precisa de más de 50 litros de agua, como mucho, pero llenar una bañera puede requerir hasta 300, de modo que es mucho mejor la primera, eso sí, con racionalidad, que incluye cerrar el grifo durante el enjabonado.

El mismo principio de cerrar el grifo cuando no se necesita sirve también para el **lavabo**, por ejemplo, mientras nos cepillamos los dientes. Y, en todos los casos, incluidos los del fregadero,

mantenerlos en buen estado, evitando goteos: una gota cada dos segundos significa una pérdida diaria de unos 17 litros. Una vez arreglado el grifo, puede aprovecharse la ocasión para colocarle uno de los sencillos mecanismos que existen para controlar el caudal y reducirlo, dejándolo en unos 6 litros/minuto como máximo, que es más que suficiente.

En la limpieza de la casa, mejor barrer antes, como nos enseñaron nuestras mayores, que queda mejor y ahorra agua.

Para regar las plantas se puede aprovechar el agua de lavar frutas y verduras, que no daña y, si acaso, beneficia.

En lavadoras y –en su caso– lavavajillas, el uso racional requiere llenar el aparato antes de ponerlo en marcha.

Todo lo anterior, claro está, cuando no es posible modificar la estructura de la casa, porque en caso de construir la propia vivienda hay posibilidades interesantes como el sistema de aprovechar el agua de lluvia o de reutilizar las aguas grises.

En cuanto a la **calidad** del agua, la barbaridad más repetida suele ser la citada confusión del váter o de cualquier desagüe con un cubo de basura, e incluso con un agujero negro que todo lo traga sin dejar rastro. Y no, no es eso. La cosa se agrava cuando lo que se arroja son aceites y productos tóxicos. Cada vez es más frecuente que los ayuntamientos proporcionen lugares en los que depositar estos productos, como los llamados “puntos verdes”. Si no existen, el deber ciudadano es reclamarlos. El aceite de cocinar, cuando ya no puede ser reutilizado, jamás debe ir al desagüe, puesto que, además de contaminar, ensucia y deteriora las cañerías.

El uso de productos tóxicos debe restringirse al mínimo, e incluso a la nada. Esto incluye esa especie de corrosivos que se usan con bastante ligereza para desatascar y limpiar cañerías. Lo primero que hay que hacer, como ya venimos insistiendo, es no ensuciarlas con usos incorrectos. Lo segundo, cuando sea necesario, es no usar ácidos ni abrasivos. El bicarbonato y un poco de agua caliente resultan un eficaz procedimiento para mantener los desagües limpios y desinfectados.

## Limpia tanto que desinfecta

En esta carrera que tiene algo de circense por la que nos lleva la publicidad del “más difícil todavía”, ya no basta con tener la casa limpia, ahora, cual si fuera un quirófano, hay que desinfectarla. Ello es ocasión de que llenemos los armarios de sofisticados productos más-que-especializados cada uno en mantener aséptico el suelo (uno), el lavabo (otro), los cristales (otro más) y cualquier rincón. Al problema que suele plantear la composición de estos productos, tampoco es despreciable la multiplicación de envases. Y de espacio, que seguramente puede tener destinos más provechosos. ¿A alguien se le ocurrirá alguna vez inventar un producto que sirva para todo? Por supuesto: el producto milagro que “fusila” toda suciedad, que hace que huya a la velocidad de una bala. ¡Qué bien, si no tuviera tanta capacidad corrosiva! Para según que usos, matar moscas a cañonazos.

Con un par de buenos productos hay más que suficiente. Y lo más aconsejables son los naturales de toda la vida, sin problemas de impacto ambiental, como el limón, el vinagre, el aceite de oliva, el bicarbonato sódico o el bórax. O productos que ya hay en casa para otros usos, como el agua oxigenada (excelente para quitar manchas rebeldes en tejidos blancos, sin que se cuele en su interior el señor de los anuncios) o el alcohol.

Atención aparte merecen los **detergentes** que usamos para la lavadora. Antes, el reclamo era dar envidia a la vecina, que debía usar gafas de sol para mirar a nuestro balcón. Ahora, como en la limpieza de casa, ha hecho acto de presencia el sabio varón que nos dice a las desapercibidas mujeres cómo hay que lavar, para lo que llegan a meterse en la fibra de la ropa. Antes el “hombre blanco” llamaba a nuestra puerta. Ahora se nos cuele en las entretelas.

Los fabricantes, siempre pendientes de las preocupaciones –y los bolsillos– de las amas de casa –¡qué feministas!–, no reparan en medios para proporcionarnos unos detergentes que son como el “Rambo” de las lavadoras. Tal vez para dotar a nuestras relaciones con ellos de misterio y encanto, suelen ser bastante

reticentes para proporcionar los componentes de tan mágicos inventos. Habitualmente, los detergentes tienen enzimas para limpiar manchas biológicas, éteres de celulosa que hacen que los tejidos sintéticos atraigan el agua, en lugar de repelerla, sustancias fluorescentes para que nuestros ojos queden asombrados ante tamaña blancura y brillo, y perfumes para que la ropa huelga bien. No estaría de más que fuéramos preguntando insistentemente qué contiene lo que compramos, a ver si se deciden a informarnos de qué y en qué cantidades lleva el paquete de detergente. ¿Para cuándo un producto que nos prometa limpieza, nada más que limpieza?

Lo primero que hay que dejar claro es que blancura no es necesariamente sinónimo de limpieza, y que la ropa se lava para que esté limpia. Algunos de los componentes de los detergentes no limpian, sino que la dotan de la capacidad de irritar la piel y producir alergias. Además, hacen que dure menos porque destroza las fibras y los tejidos.

Junto a estas repercusiones directas sobre nuestras personas y nuestros bolsillos, está el coste ambiental de semejantes maravillas de la química moderna. Casi todas estas sustancias terminan en los ríos y, aunque Jorge Manrique no se refería a ellas, resultan “el morir” por su poder contaminante. La fabricación de detergentes no biodegradables no está permitida por la ley, pero esto es muy elástico, porque ¿cuánto tardan en biodegradarse y en qué proporción lo hacen los biodegradables? Otro dato que deberían darnos. Que un envase de detergente incluya el término “biodegradable” sólo garantiza que el tensioactivo pierde en un 90% su propiedad de disminuir la tensión superficial del agua 28 días después de su vertido. Esto es lo que dice la ley, que nada dice, sin embargo, de los demás ingredientes, que pueden suponer hasta el 80% del producto. En los detergentes convencionales, no suelen ser biodegradables y sí tóxicos para la vida acuática.

Para colmo de males, algunas sustancias, como los fosfatos, son nutrientes que los seres vivos asimilan, alterando el equilibrio ecológico.

Y no olvidemos la corrosiva lejía, que mata todo lo que encuentra (incluidas las bacterias necesarias para la depuración de las aguas) cuando pasa por las depuradoras de agua en su viaje por los desagües. Ni los suavizantes, que nos dejan la ropa como ositos de peluche, y los ríos como unos zorros.

Este panorama tan **blanco** puede mejorarse sólo con que cambiemos un poco nuestras relaciones con la colada. Para empezar, como quedó dicho, usando menos cantidad de detergente del que recomiendan los fabricantes (está demostrado por experiencias fiables que se pasan, por razones obvias) y poniendo en marcha la lavadora sólo cuando esté llena; así ahorraremos también agua.

Existen detergentes ecológicos, que garantizan un trato no agresivo para la naturaleza, la ropa y la piel. No son apreciablemente más caros para nuestros bolsillos, y desde luego lo son mucho menos para el medio ambiente. La pega es que es más difícil encontrarlos, pero insistamos a los comerciantes, y acabarán por traerlos. Y no olvidemos un producto a menudo minusvalorado, pero muy recomendable: el jabón tipo “Lagarto”, eficaz, barato y amable con las aguas y la piel.

## El basurero puede esperar

El reciclaje se ha convertido en signo de buena conducta verde. Y no está mal el reciclaje, pero no deja de ser un mal menor. Reciclar supone un ahorro respecto a despilfarrar, pero hay otras posibilidades ¿Por qué usar una sola vez un recipiente nuevo, que costó mucho –en gasto y en contaminación– fabricarlo, y que puede lavarse y esterilizarse para dejarlo literalmente como nuevo? También los platos y los vasos son reciclables, y a nadie se le ocurre tirar la vajilla después de cada comida.

En esto de los residuos sólidos urbanos, y en casi todos los aspectos del consumo, hay una regla mágica que es la de las tres R: **reducir, reutilizar, reciclar**. Reciclar es la tercera y última opción. La basura que no contamina es la que no se produce,

como dijo Pero Grullo, un autor de mucha autoridad en estas cosas. El prototipo del consumista farisaico (ir a la letra pequeña de la norma, sin mirar el sentido ni el compromiso) es el que cada día va cargado de enormes bolsas de basura que, eso sí, clasifica y arroja religiosamente en el apartado que corresponde.

Ante todo, una cuestión de concepto: no todo lo que ya (o de momento) no nos sirve, no nos gusta o nos cansa es basura. Todo ello ha tenido un costoso proceso de producción, en gran medida ha necesitado materias primas, a menudo no renovables. Hacerlos “desaparecer” (que no desaparecen: cambian de lugar o de naturaleza, o ambas cosas) implica más de lo mismo. De modo que lo primero, no producirla.

Esto, por supuesto, no siempre es posible: no vamos a comprar el azúcar a puñados. En esos casos, preferir los objetos de larga vida. Recordar también que puede haber vida después de la vida y preferir lo reutilizable, aunque sea reencarnado en otra utilidad.

Reconozcámoslo: no siempre las cosas son así. Bien, ahora ya podemos replantearnos reciclar. Pero sólo en estos casos. El reciclaje es, efectivamente, una alternativa válida para el agotamiento de recursos naturales, la contaminación y la acumulación de desechos. Con la materia orgánica se podría elaborar abonos orgánicos; el papel y cartón es perfectamente reciclable, salvando de la tala a millones de árboles; el vidrio también es reciclable, como los metales, e incluso los plásticos.

La regla de las 3R tiene una especie de moraleja: generalmente nos encontramos –como en tantos terrenos de la vida– con opciones de consumo perfectas y otras abominables, cual encarnaciones del bien y del mal, como en aquellos manuales de urbanidad (¿no es esto del consumo responsable, a fin de cuentas, urbanidad?) en los que un diablillo y un ángel soplaban a cada oreja del atribulado niño qué debía hacer. Lo que solemos encontrar son alternativas más o menos apropiadas entre las que, a la vista de las circunstancias, hemos de elegir. En fin, que esto del consumo responsable requiere un cierto discernimiento. Como todo compromiso.

## Más pan y menos manteles: el sobreempaquetado

En la civilización de las apariencias, los envoltorios tienen tanta o más importancia que los contenidos. Y bien saben esto los comerciantes, que nos venden suntuosos, excesivos y aparatosos envases. Según el Comité Industrial para el Empaquetado y el Medio Ambiente (en inglés, INCPEN), la compra semanal de un hogar medio significa en términos de embalaje 1,6 kg. de vidrio, 1 de plástico, 2,4 de papel y cartón, más 700 gramos de metales diversos. Tal orgía de envoltorio ha terminado por ser merecedora de un nombre, sino muy eufónico, bastante descriptivo: el **sobreempaquetado**.

Los envases y envoltorios son necesarios para proteger y conservar los productos, garantizar su higiene, informar al consumidor y facilitar su transporte y almacenaje. Todo lo que se salga de esto es sobreempaquetado, que no favorece ni al consumidor ni al medio ambiente. Como bien dice la sabiduría popular, “más pan y menos manteles”.

Los materiales más utilizados para envolver y envasar son papel, cartón, vidrio, varios tipos de plástico y de metales y, en menor medida, madera. Es decir, materiales que plantean problemas energéticos, de materias primas limitadas, de contaminación y de basuras. El elevado consumo de papel, cartón y madera está despoblando los bosques, ensuciando los ríos y agravando la contaminación atmosférica; a lo que hay que añadir el gasto de energía, problema principal de la fabricación y el transporte del vidrio. Un componente habitual de los envases metálicos, cada vez más habituales para las bebidas carbónicas, suele ser el aluminio, que precisa mucha bauxita y energía para ser fabricado. En algún país, como Dinamarca, están prohibidos.

Los plásticos se han convertido en los reyes del envase. Como en el precio final no se incluyen costos ecológicos, es barato para quien compra, pero son energéticamente caros y de destrucción en ocasiones casi imposible. Los envases de tipo “tetrabrik” son

muy adecuados para conservar durante largos períodos alimentos que pueden descomponerse, pero no tienen sentido si se van a consumir de inmediato. Y, desde luego, no tiene sentido multiplicar el derroche comprando un litro de zumo distribuido en cuatro envases. Al estar hechos de cartón y finas películas de plástico y aluminio, al costo energético y de materias primas hay que añadir los problemas de eliminación de residuos y reciclaje, aunque se está trabajando en esta última opción.

¿Se han fijado en lo bien empaquetadas que salen de fábrica cualquiera de las pastillas contra el dolor de cabeza? Pues en las farmacias se empeñan en envolverlas en un papel, que se fija con otro adhesivo y, si se compran más medicamentos, dan con sus huesos, además, en una bolsa de plástico. ¿Hay algo más fácil que pedir, por favor, que se abstengan de al menos uno de los envoltorios? La sobreprotección de los productos es uno de los casos más claros de derroche que no da ni gusto ni provecho. Y que pagamos, precisamente, las mismas personas que tenemos que dedicarnos, al llegar a casa, a un concienzudo buceo espeleológico en busca de la pastilla perdida. Nos pasamos la vida pagando cartón a precio de bombones.

### Perder los papeles

Aunque llevamos años tirando los papeles, lo cierto es que no son basura, sino, en todo caso, materia prima secundaria, es decir, un material a partir del cual se puede fabricar otro, en este caso, papel reciclado. En realidad, el papel se puede fabricar a partir de muchas cosas, como madera, trapos viejos y papel usado. La primera ventaja de reciclar papel es salvar de la pena capital a algunos de los 100.000 árboles que se vienen talando cada año en todo el mundo para elaborar este producto. Fabricar una tonelada de papel virgen de calidad media quiere cortar 3,8 hectáreas de bosque, mientras que producirla a partir de papel usado no necesita, evidentemente, ni una ramita. Pero no dejemos que el árbol nos impida ver otros bosques, porque reciclar papel también ahorra el 62% de agua y el 86% de energía, por-

centajes, como puede verse, nada despreciables. En la medida en que se utilice papel reciclado sin blanquear, la contaminación –uno de los mayores problemas de las papeleras: según Greenpeace, estas industrias producen el 27% de los residuos tóxicos en España– se reduce considerablemente, puesto que se suele emplear cloro, que termina provocando los colores y olores nauseabundos propios de los ríos cercanos a las papeleras. De un tiempo a esta parte, se están empleando otros blanqueadores, como el oxígeno, menos dañinos para el medio.

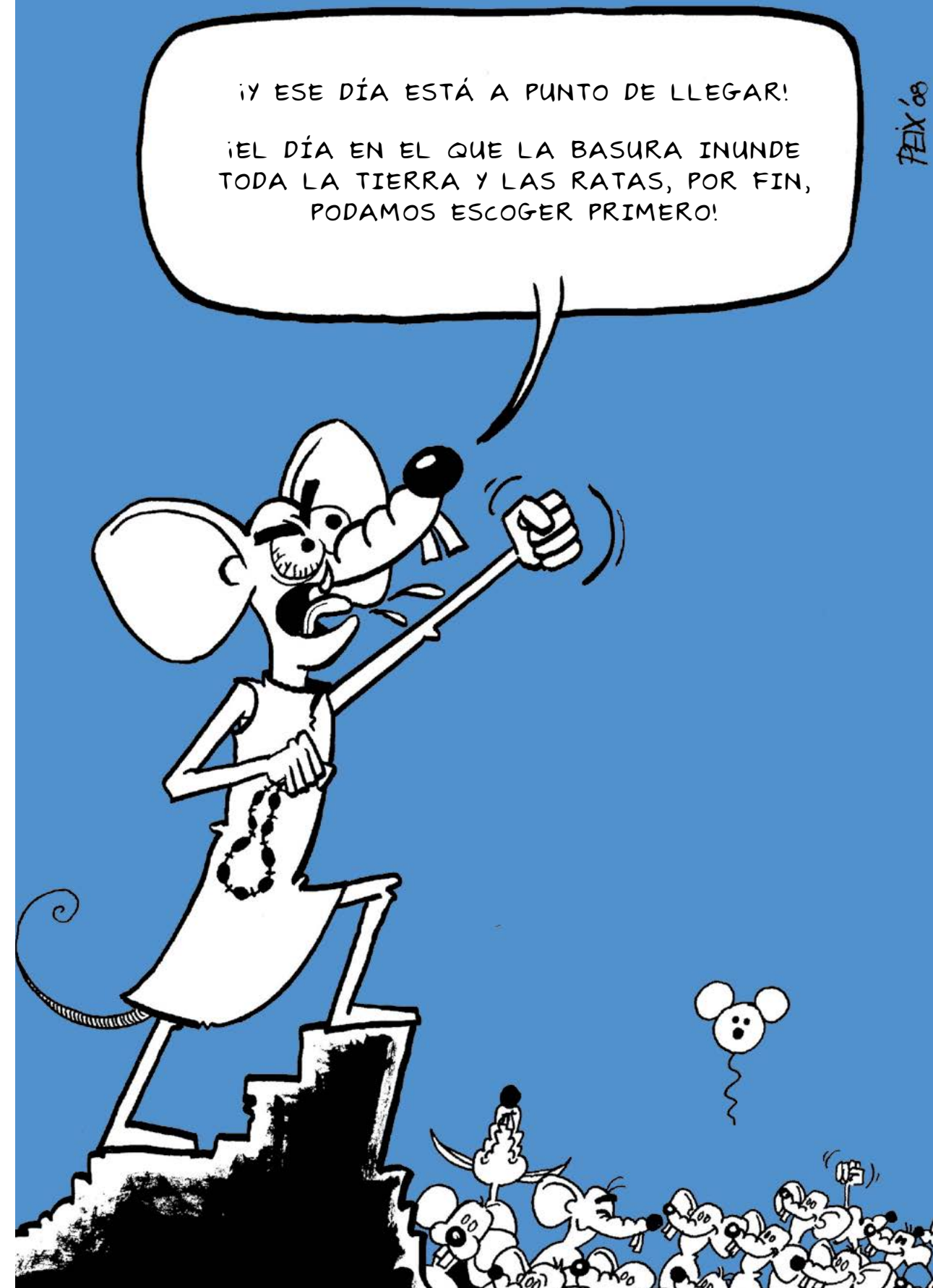
### Un asunto vidrioso

El vidrio se fabrica a partir de arena, carbonato sódico y caliza, consumiendo grandes cantidades de energía. Sus propiedades lo hacen especialmente apto para contener alimentos: cada año usamos unos 3.000 millones de envases de este material. Antes que de reciclar el vidrio, habría que proponer reutilizarlo, puesto que una botella de cerveza, de leche o de cualquier otro producto, una vez limpia y desinfectada, puede regresar sin ningún problema a los circuitos comerciales y ser empleada en idéntico uso, y así hasta que se rompa.

Sin embargo, el ahorro de espacio por parte de los comerciantes, una supuesta comodidad y, en el fondo, la moral de la sociedad de consumo han impuesto los envases de un solo uso. Estos son más finos, puesto que no están hechos para durar. Recuperar estos envases es muy fácil, puesto que basta con lavar, triturar y fabricar una nueva botella, ahorrando materias primas, energía y montañas de basura. Un envase reciclado es de idéntica calidad que uno de primer uso y sólo exige dar un paseo hasta la “burbuja” más próxima. Hábito cada vez más asimilado por los ciudadanos y ciudadanas.

### ...Y nunca se acaba

Los plásticos –que los hay muy variados– son un paradójico producto, de vida casi eterna, y uso generalmente efímero, al menos en nuestras sociedades ricas del Norte, donde nos creemos que



una bolsa de plástico no vale nada. Vale y cuesta. Cuesta mucho petróleo, como materia prima y como combustible empleado en la producción, y termina costando mucha contaminación, porque el plástico sí que dura, y dura, y dura, y lo encontramos en el monte, por las calles y en los ríos: en todas partes.

Una bolsa de plástico puede tener muchos usos, pero no otros productos de este mismo material, de modo que lo mejor es, una vez más, que tenga una segunda vida, previo reciclaje. El mayor problema es la variedad: no todos los plásticos son iguales, no pueden mezclarse indiscriminadamente, y los consumidores y consumidoras no solemos ser especialistas en la materia, ni los fabricantes suelen distinguirse por su interés en ayudar nuestra ignorancia, como sería de desear. Aquí, más que en otros materiales, es necesario presionar a fabricantes, comerciantes y administraciones públicas para que esté disponible la información y la infraestructura necesaria para que se recicle cada vez más plástico.

La popularidad de la bolsa de plástico decae. En Irlanda impusieron en 2002 un impuesto, que ha hecho descender su consumo en más de un 90% y en el vecino Reino Unido, 80 ciudades y pueblos han declarado la guerra al plástico como resultado de una intensa campaña de los grupos ecologistas denunciando el impacto de ese producto. La primera localidad británica en prohibir totalmente que los comercios regalen bolsas de plástico fue Modbury, en Devon, a raíz de que un cámara de la cadena de televisión BBC filmase la muerte de crías de albatros que se las comían en un vertedero. Como el Gobierno no hacía nada, las 43 tiendas del pueblo se pusieron de acuerdo en mayo de 2007 para boicotear el producto, y vender las bolsas de fibras naturales a cinco peniques, las de papel a diez, y las de algodón a quince. Otros países que prohíben o desincentivan el uso del material son Sudáfrica, India, Bangladesh, Alemania, Tanzania, así como el estado australiano de Victoria, Hong Kong, San Francisco y París.

## Comprar barato a cualquier precio

Comprar y consumir no es exactamente lo mismo, pero en la sociedad de consumo comprar es un acto central. Aunque parece tan automático, constituye un proceso complejo que implica muchas decisiones, de gran trascendencia para lo que aquí nos ocupa. Hay quien dice que nuestro poder se guarda en el carro de la compra, y eso es lo que precisamente significa que en estas decisiones nos jugamos mucho no sólo como consumidores y consumidoras, sino como ciudadanía, como habitantes de este maltrecho mundo.

Puesto que no existe el “Manual del consumidor perfecto”, cuya memorización nos convierta en tales, nos conformaremos con sugerir algunas preguntas interesantes a la hora de comprar, para ir haciendo hábito, que es de lo que se trata. A fin de cuentas, las decisiones trascendentales suelen resolverse en la lucidez para hacerse preguntas y encontrar las respuestas adecuadas. En la compra ocurre también así.

**Qué:** La prisa atenaza o lo barato nos asalta: comprar lo primero que aparece “por si en algún momento nos viene bien”. Conviene en esta aciaga hora ejercitar la muy cívica virtud de la resistencia, que puede consistir en un rato de reflexión o en tomar papel y lápiz para hacer la lista de la compra.

“Por si en algún momento nos viene bien” no es una razón real, porque no existe “algún momento”: cuando llega se

llama “ahora” y tal vez necesitamos otra cosa, u otro modelo, u otra talla.

No acumular alimentos perecederos más allá de lo sensato. Comprar lo necesario. Congelar es una buena solución cuando hay dificultades para comprar regularmente, pero siempre es preferible consumir alimentos frescos y disminuir nuestro recibo de la luz y la contaminación que la producción de electricidad ocasiona.

Preferir los productos de menor impacto ambiental y social. Lo primero se traduce en la mínima contaminación en los procesos de producción, transporte y desecho: lo más naturales posible, lo más reutilizables, lo menos sobreempaquetados, lo más duradero, que los objetos de uso cada vez nos los venden con menos esperanza de vida; a veces para que los utilicemos una sola vez y los tiremos, nuevecitos aún. Y algo muy importante: producidos lo más cerca posible para evitar transportes.

Lo segundo –impacto social– significa que no podemos desentendernos de las condiciones en que trabajan quienes han producido lo que adquirimos ni de cómo se reparten los beneficios (incluso los maleficios). En fin, que tengamos cuidado de no comprar barato a cualquier precio ni de confundir valor con precio, que es lo que, según don Antonio Machado, hace el necio.

**Cuánto:** Lo necesario, que, puesta la neurona del sentido común en funcionamiento, casi siempre es bastante menos de lo que quieren –y a menudo consiguen– hacernos creer los ávidos depredadores de nuestros bolsillos y, de paso, de nuestras mentes. Es imposible dar reglas generales, pero una buena medida es atenerse a necesidades reales y presentes o muy previsibles.

Esto no quiere decir que hay que comprar al día o abrigos sólo cuando hiela. Si ya se sabe que se necesitará algo que ahora está a mejor precio, no dejar pasar la ocasión. Aprovechar, por ejemplo, las rebajas para las propias necesidades, no prestarse a que las rebajas se aprovechen de nuestras ganas de comprar.

Otro tanto puede decirse de la alimentación: cuando se trata de productos de uso habitual, y siempre que no se ponga en juego su buen estado, es mejor envases grandes que evitan basura.

**Dónde:** Cuestión de capital importancia. Cada vez está más extendido el espejismo de que las llamadas “grandes superficies” son Eldorado, la tierra de promisión donde mana leche, miel y todo lo demás a precios de risa, por cuyos pasillos transitan perros atados con longanizas, espejismos casi inseparables de la falacia de que la mejor forma de ocio es el consumo. Incluso dejando a un lado lo que se pierde en comunicación respecto a otros comercios de tamaño menor, hay un gasto que suele olvidarse: la gasolina, y su correspondiente contribución a una atmósfera contaminada. Hay que hacer cuentas, pero incluyendo todos los costes. Por ejemplo, si queremos vivir en ciudades limpias y en barrios en los que existan relaciones cordiales, cuidemos el pequeño comercio e intentemos desarrollar la vida en el entono cercano.

Otro lugar a tener en cuenta es dónde transportamos las compras. Mejor en un carro propio, en una bolsa (dónde están aquellas bolsas de tela, tan buenas para el pan, por ejemplo); en todo caso, en *vehículo propio*. Es decir: procuremos ahorrar bolsas de plástico, tan baratas para nuestro bolsillo y tan ecológicamente caras. Para esas ocasiones en que la compra se efectúa antes de pasar por casa, puede llevarse en el bolso uno de estos artefactos –la bolsa de plástico– que son como el saber: ni pesan ni ocupan lugar.

Espinoso asunto –cada vez nos lo ponen más difícil– es el *dónde* en el que nos entregan los productos; tal vez sea porque las películas de momias vuelven a estar de moda, pero, para acceder a algunos objetos, previamente estamos obligados a practicar la espeleología. Los filetes saben igual si no están en una bandejita blanca o de cualquier otro color. En estos momentos, gran parte de la basura que producimos –un serio problema ambiental y un



considerable gasto municipal- está formada por inútiles envoltorios. Los envases sirven para proteger los productos y proporcionar información pertinente a quienes compramos. Todo lo demás no sólo sobra: molesta.

**Cuándo:** En la medida de lo posible, no “a salto de mata”, que suele facilitar el consumismo compulsivo, sino dedicándole un tiempo, bien merecido, puesto que de un asunto de nuestra vida cotidiana se trata. Hacer una lista antes de poner manos a la compra suele formar compradores conscientes y ciudadanos responsables. Esto vale no sólo para la adquisición de alimentos, sino de todo: ropa, muebles, electrodomésticos y otros artefactos, coches, e incluso de gastos suntuarios, como buques de recreo, telefonía móvil incluida.

En la alimentación, distinguir entre el “fondo de despensa”, que hay que mantener, y la compra cotidiana, que puede ser semanal para los productos no perecederos, y los perecederos, que puede ser más o menos diaria.

**Quién:** Asunto de capital importancia de fácil respuesta: quienes se benefician de lo comprado. Subrayo: todos ellos. La razón es bien sencilla: nadie sabe mejor qué necesita que el necesitado. A comprar se aprende y es un buen terreno para compartir las tareas cotidianas. Y para saber lo que vale un peine (y un filete, y un kilo de patatas, y unas zapatillas deportivas).

Estas sensatas preguntas no aseguran absolutamente nada, pero pueden ayudar a no caer en un vicio típicamente consumista: comprar barato a cualquier precio. No es una paradoja, porque el abaratamiento para nuestros bolsillos puede significar un alto precio, como se dijo más arriba, que paga el medio, los trabajadores que fabricaron el producto, los campesinos que lo cultivaron, etc., de modo que podemos estar contribuyendo a eso tan feo y tan propio de esta sociedad que es que los pobres subvencionan a los ricos, que es una forma como otra de que nuestras compras provoquen *efectos colaterales*.



Han surgido algunas iniciativas para trabajar contra este estado de cosas mediante la denuncia, la oferta de alternativas y la sensibilización social. Por tener relación muy directa con nuestros consumos cotidianos, citamos dos de ellas.

## Comercio justo

*En este mundo en el que tanto se pregona y predica el libre mercado, el comercio mundial se rige por unas peculiares reglas, que el chocolate nos puede servir para ilustrar. Hace unos años, la UE autorizó la sustitución del 5% de cacao en este rico manjar por grasas vegetales. Antes también se fabricaban productos con similares porcentajes de cacao, pero se llamaban "sucedáneo de chocolate", y el nombre es importante para vender y comprar.*

*Los países productores de esta semilla, gracias a la herencia colonial, dependen de las ventas de sus materias primas para subsistir: nadie puede alimentarse sólo de cacao, y además hay que hacer carreteras, escuelas, hospitales, casas, formar maestros, médicos... En fin, vivir. El primer productor mundial de cacao es Costa de Marfil, que suele andar por el puesto 150º del Índice de Desarrollo Humano. Allí, como en Ghana (4º productor) o Camerún, predominan las plantaciones familiares de 1 ó 2 hectáreas, que es toda la riqueza familiar. Sus economías se hunden desde hace años por la caída de los precios del cacao (otro tanto ocurre con el café y otros productos), lo que se traduce en incrementos escandalosos de las tasas de analfabetismo, de mortalidad infantil y en disminución de la esperanza de vida. Todo ello agravado, y agravando, el peso de la injusta deuda externa.*

*En el otro extremo de la cadena están las empresas que elaboran y comercializan el chocolate. En Europa, el 60% de tan rico manjar lo fabrica un reducido número de transnacionales: Nestlé, Philip Morris (a través de Jacob Suchard), Mars, Cadbury Schweppes y Ferrero. Una relación un poco desigual, parece.*

*Esto clama al cielo, incluido el cielo de la boca, donde abundan*

*las papilas gustativas, porque tampoco nos beneficia que nos vendan cualquier cosa bajo el nombre de 'chocolate'. ¿Qué podemos hacer? Preferir el chocolate más rico en cacao.*

*La moraleja es la conveniencia de saber "leer" los envoltorios de chocolate, que a veces esconden asuntos importantes de política y economía mundiales.*

*El mecanismo que fija los precios responde bastante poco a eso que llaman los manuales "ley de la oferta y la demanda", como es lógico en un intercambio entre desiguales. Las transnacionales, como poderes fácticos, y la Organización Mundial del Comercio (OMC), garante de los privilegios de los países ricos, son las dos manos que amasan este oscuro amasijo. Y los beneficios que llegan a los países productores no suelen enriquecer a quienes producen y trabajan, sino a las oligarquías, que son los "nortes" del Sur, que bien se entienden con "los suyos". Unos estudios del Centro de la ONU para las Empresas Transnacionales revelan que África habría saldado sus deudas si en la década de los ochenta sus productores hubieran cobrado la totalidad del precio de sus minerales según la cotización mundial; el beneficio fue a parar a los bolsillos de las transnacionales y de gobernantes de la calaña de Mobutu en la República Democrática del Congo o Marcos en Filipinas.*

*Las redes de comercio justo (es muy difícil ir solito por este camino), con materiales, acciones de sensibilización, denuncias y establecimientos, pretenden poner sobre la mesa lo injusto de las reglas que rigen los intercambios comerciales y el papel que en ello nos toca a la ciudadanía de a pie, a la vez que promover que los beneficios lleguen a quien corresponde: los productores. Las tiendas de comercio justo garantizan todo esto y nos aportan una riqueza que suele pasar inadvertida: crean lazos entre productores del Sur y consumidores del Norte. Desde chocolate, café o mermelada hasta ropa, regalos y muebles, estas redes garantizan que los productos que venden han sido producidos sin explotar a nadie, con salarios justos y que llegan sin intermediarios; a la vez, una parte de las ganancias suelen destinarse a apoyar a cooperativas y grupos de productores. Todo esto hace que a veces los precios sean*

*algo más elevados, pero ya quedó dicho que no se trata de comprar barato a cualquier precio.*

*La trampa de todo esto es que comprar en estas tiendas alguna cosa de vez en cuando sirva para tranquilizar conciencias, alimentar sensación de bondad, y nada más. Sería, así, contraproducente, porque el objetivo no es borrar culpabilidades, sino dibujar justicias; no pretenden quienes promueven estas iniciativas hacer reductos de bondad solidaria, sino contribuir a cambiar las condiciones de intercambio. Apoyar campañas de comercio justo contribuye a que se oigan en el espacio público voces y planteamientos por lo general silenciados. Pero el consumo responsable en materia de comercio es eso y mucho más: es asumir las consecuencias de nuestras compras, informarnos de quién se beneficia de ellas y si explotamos, directa o indirectamente, a alguien.*

## Ropa limpia

Realicemos esa elemental acción de consumo responsable que consiste en mirar la etiqueta de las prendas que vestimos: es muy posible que nos remita a algún exótico país de eso que llamamos el Sur, el Tercer Mundo, países subdesarrollados. Primer indicio de que el mundo (¿o deberíamos decir la economía?) se ha globalizado. Primera y optimista reflexión: lo que yo pago llega a poblaciones empobrecidas. Segunda –más reflexiva– reflexión: ¿lo que yo pago llega a poblaciones empobrecidas? La campaña “Ropa limpia” se propone que nos hagamos esa pregunta y que actuemos en consecuencia.

Esta campaña, que se ocupa de un aspecto del comercio justo, no se refiere, claro está, a la colada, sino a otro tipo de limpieza que tiene que ver no con blanqueantes, sino con las consecuencias de nuestros hábitos de conducta, compra y consumo, que suelen recaer sobre personas que no conocemos pero sobre las que tenemos un considerable poder.

Estas marcas que nos hacen sentirnos más altos, más guapos y, sobre todo, más aceptados socialmente, suelen ser obra y gra-

cia de empresas transnacionales poderosas y por encima de leyes y controles, de modo que conseguir información es difícil y, por ello mismo, uno de los objetivos de la campaña. Existen algunos datos muy expresivos: cuando estaba en la cresta de la ola, Ronaldo firmó un contrato de por vida con Nike, que le reportaba cada mes la cantidad que todos los trabajadores juntos de la misma empresa en Indonesia cobrarán en 21 años.

¿Cómo es posible que las ganancias se repartan así? Desde hace años, la Campaña Ropa Limpia intenta explicarlo por toda Europa: algunos de nuestros vestidos están manchados de trabajo infantil (250 millones de niños sufren explotación laboral, según la Organización Internacional del Trabajo, condiciones laborales de explotación, falta de seguridad e higiene, derechos sindicales cercenados, horarios interminables, discriminaciones de diversos tipos, etc. Nuestras ropas, a veces, están fabricadas por esclavos.

Esta campaña pretende que cobremos conciencia de todo esto. La sensibilización de cada vez más gente –ejemplos no faltan– se traduce en que las empresas, por muy multinacionales que sean, se vean obligadas a ser más transparentes y, por ello, más justas, hasta el punto de que es posible que en un tiempo no muy lejano se generalice el uso de una etiqueta que garantice que el producto en cuestión se ha fabricado en condiciones justas.

## La publicidad se pone verde

Las etiquetas que garantizan que un producto es ecológico, que no se ha fabricado con sangre de nadie, que ha sido pagado a precio justo, etc., etc. son muy valiosas porque proporcionan informaciones interesantes, a las que tenemos derecho. Esperemos que en breve plazo sean obligatorias. Hay que decir algunas cosas al respecto.

En primer lugar que, mientras no sean obligatorias, también informan por omisión: si una alfombra lleva colgada una que

garantiza que no está hecha por manos infantiles, la de al lado que no la lleva se hace un poco sospechosa.

Esto puede convertirla en un arma afilada: en la sociedad de consumo, si algo se convierte en argumento de venta, se llena de posibilidades de manipulación. Quiero decir con esto que cuidado con las etiquetas, que a los lobos les encanta travestirse de ovejas para que sigamos al rebaño. Miremos con cien ojos que son etiquetas que realmente garantizan lo que dicen porque están respaldadas por organismos responsables. Y, en el caso de detectar etiquetas o publicidad engañosa, denuncia al canto, que todos y todas saldremos ganando.

Hay que exigir y trabajar para que no haya que garantizar que algo está tejido con dignidad, porque todo lo esté. Como el comercio justo, estas etiquetas no dejan de ser conceder una esquina del mercado global a la bondad, sin modificar las condiciones generales. En las reservas indias se reclusa a los indios, una vez arrebatadas sus tierras. Seamos responsables al mirarlas. El hecho de que de vez en cuando haya denuncias de que etiquetas más o menos "bio", más o menos "verdes" son fraudulentas no es para desengañarse; es la garantía de que no da igual, que si es mentira hay quien denuncia.

Ojo con la publicidad verde, a veces de una desvergüenza pasmosa. De hecho, la publicidad se ha convertido en uno de los más poderosos instrumentos de incentivación del consumismo, como práctica y como filosofía. Marcel Coderch decía hace unos meses que "para acabar con los problemas medioambientales bastaría con promulgar una sola ley con un solo artículo: 'Queda prohibida la publicidad'".

Hace muchos, muchos años, cuando los ojos se ponían verdes, un refresco de cola sacó algo tan alucinante como "la anilla ecológica", que consistía en la simpleza de que no se desprendía de la lata, pero que a los fabricantes les servía para presentarse como más "ecológicos" que su directo competidor, ¡como si el problema fuera la anilla! Pues coló, porque ahora todas las anillas de latas de bebidas son así.



Desde que se puede elegir compañía eléctrica (enero de 2003), éstas, especialmente las grandes, se han lanzado a bombardear a la sufrida clase consumidora con las excelencias de su “electricidad verde”. El mensaje –si ustedes no lo hubieran visto no lo creerían– de que a más electricidad consumida, menos contaminación, cuando si algo está claro en este asunto es que lo que no contamina es lo que no se consume. Si este burdo engaño cuela, cómo no van a colar otros más sutiles. ¿Qué hacer? Contra pereza, diligencia. Diligencia en dos sentidos: informarse y salir corriendo a cambiar de compañía eléctrica, ahora que (aún demasiado poco) se puede.

Recordemos, finalmente, que lo ecológico y solidario no es comprar y consumir “verde” y “justo”, sino, como dice el Corán de los verdaderos adoradores del Altísimo, *pisar con cuidado sobre la Tierra*, y eso no se hace ni a ratos ni en parcelas. Me imagino al fariseo de la parábola evangélica dando gracias porque “yo compro productos ecológicos, soy voluntario de una ONG y arrojo la basura separada y en el contenedor correspondiente”. ¿Es que son malas esas acciones? Al contrario, pero no reside la cosa en **cumplir una serie de normas**, sino en adoptar un **estilo de vida** que, por supuesto, se concreta en compromisos concretos. De lo contrario, la misma persona puede, sin empacho, ir a tirar la basura en potente y ruidoso automóvil, ataviado con ropa deportiva de explotadoras marcas, o limpiar con spray ecológico muebles de maderas procedentes de expoliar bosques tropicales. El consumismo “ecológico” –como el “solidario”– es lavarle la cara al consumismo, que le pasa como a la mona cuando se viste de seda. El problema no es el adjetivo, sino el sustantivo.

• • •

**El consumismo “ecológico” –como el “solidario”– es lavarle la cara al consumismo, que le pasa como a la mona cuando se viste de seda. El problema no es el adjetivo, sino el sustantivo.**

## Los peligros del trabajo

Fieles a unos valores que exaltan la laboriosidad, desde la más tierna infancia nos han inculcado que el trabajo es salud. Sin embargo, las escandalosas tasas de accidentes laborales tiñen la sentencia de sarcasmo. Pero es que, además, las condiciones de trabajo son con frecuencia perniciosas para el medio. En realidad, ambos perjuicios no son tan separables. Primero, porque nosotros formamos parte también del entorno. En el fondo, porque estos males se producen en cadena y se potencian: las agresiones al medio se vuelven contra nosotros.

Nuestras ocupaciones pueden ser dañinas para el medio por la propia actividad –industria armamentística, actividades contaminantes, empresas poco respetuosas con la legislación, etc.–, en cuyo caso, cada trabajador o trabajadora poco puede hacer por sí mismo para cambiar las cosas, salvo unirse a otros y luchar.

Pero es frecuente que nuestros propios hábitos, los materiales que usamos y la “alegría” con que lo hacemos constituyan agresiones ambientales. Por ejemplo, esas milagrosas pastas blancas que esconden nuestros errores son muy tóxicas, no sólo para quien las usa, sino en lo que se refiere a los procesos de fabricación. Equivocarse no siempre es evitable, pero usar alguna de las marcas respetuosas con el medio es bastante asequible. Otro tanto puede decirse del papel, derrochado y casi nunca reciclado. Cada cual puede ser menos “generoso” con la industria papelera, y es bastante fácil solicitar que en cada empresa se envíe a reci-

clar el papel, además, por supuesto, de usar papel reciclado y ecológico.

Hace años, los trabajos considerados peligrosos eran sólo los de la industria pesada, la minería y otros que entrañaban riesgos evidentes para la integridad física de los profesionales: albañiles, pescadores, etc., en algunos casos por obra y gracia de una legislación inexistente, insuficiente o no respetada. A estos se van uniendo otros, como los que suponen contacto con productos químicos peligrosos o sustancias tóxicas, o productos francamente peligrosos, como todo lo que tiene algo que ver con la energía nuclear: centrales nucleares, hospitales, etc. Por ejemplo, el trabajo en el campo, considerado tradicionalmente tan saludable, se ha convertido en peligroso a causa de los plaguicidas, muy tóxicos, empleados en la agricultura no ecológica, que no se contentan con venir con los tomates en nuestra bolsa de la compra, sino que acompañan al agricultor que los emplea, alojándose en sus pulmones y en sus poros. Sin olvidar a quienes se ven obligados a soportar unos niveles de ruido que afectan a su capacidad auditiva y a su bienestar general...

## La oficina siniestra

Incluso en un trabajo considerado tradicionalmente tan poco excitante y aventurero como permanecer horas y horas en una oficina, sentado ante una mesa manejando papeles o teclas, se ha revelado que hay agazapadas no pocas trampas para nuestra salud. Precisamente por ser tan tranquilo, tan sedentario, tan repetitivo. Y tan poco ecológico.

Permanecer horas en una silla, aproximadamente en la misma postura, hace que sean siempre los mismos músculos los que trabajen. De antiguo se sabe que las secretarías están amenazadas de problemas de espalda. La pantalla del ordenador es como un ojo corrosivo que nos hipnotiza y nos hace parpadear más de la cuenta. Estos trabajos suelen realizarse en unas condiciones medioambientales muy poco adecuadas: lugares cerrados,

mal ventilados, con una gran carga de electricidad estática y, “gracias” al aire acondicionado, con una temperatura ambiente que se convierte en el paraíso de todo tipo de gérmenes y bacterias. Por ejemplo, si alguien cae con la gripe en una oficina, la intriga es quién irá después; porque no se quedará solo ante el bacilo.

Estos y otros elementos hacen que pueda hablarse de “edificios enfermos”, aunque lo correcto sería hablar de “edificios enfermantos”. La legislación al efecto es insuficiente, y los objetivos a la hora de construir, amueblar y decorar un local de trabajo no suele ser el bienestar de las personas que lo habitarán, sino la productividad. Barnices y pinturas tóxicas, materiales de construcción poco adecuados, sistemas de iluminación y ventilación sádicos, moquetas sintéticas, etc., etc. entran sin pudor en los edificios, sin que nadie les pregunte cómo atacarán a los trabajadores.

Y un peligro evidente del que se habla poco: la rutina. Resulta que ahora dicen los entendidos lo que ya sabíamos por experiencia: que la rutina produce estrés, falta de motivación, e incluso depresiones.

En cuanto a medidas concretas, en el terreno individual, se pueden modificar muchos hábitos. Es preferible ventilar una habitación con el aire de la calle, incluso en ciudades contaminadas, que vivir siempre en el medio artificial del aire acondicionado, incluso cuando los sistemas de éste no contengan CFC. No es aconsejable permanecer largas horas ante la pantalla encendida del ordenador. Dar un paseíto cada dos horas como mínimo ayuda a la pobre columna vertebral.

Sobre todo, es imprescindible no pasar por alto estos aspectos y reivindicar lo que son derechos laborales. Hay pocas leyes, pero se cumplen aún menos. Con la empresa nos comprometemos a trabajar, no a caer enfermos ni a producir enfermedades a otros. A lo mejor podríamos empezar por cambiar el lenguaje, y decir que en nuestro trabajo hay “un buen ambiente” no sólo porque nos llevamos bien con los compañeros y compañeras, sino también porque las condiciones ambientales son sanas.

# Con el dinero no se juega

“Donde está tu tesoro está tu corazón”, dice el Evangelio. No es el dinero el único tesoro; para mucha gente, ni siquiera el más valioso, pero desde luego tiene una enorme importancia como valor de cambio. Pues parece que a menudo el corazón va por un lado y el dinero por otro. Mucha gente quiere ser solidaria, justa, respetuosa con el medio ambiente y con los derechos de los demás.

Sin embargo, cuando tenemos aunque sea un poco de dinero y lo colocamos en un banco, se acaba nuestro control sobre él, hasta el punto de que con demasiada frecuencia se emplea en apoyar actividades que nos parecen abominables: empresas contaminantes, con mano de obra infantil, poco respetuosas con los derechos de los trabajadores, industria de armamento, etc. Pero ¿qué podemos hacer frente a las poderosas entidades financieras? Nada.

Por otra parte, esas mismas entidades conceden créditos sólo a quien tiene dinero, y se lo niegan sistemáticamente a quienes más lo necesitan, a quienes quieren poner en marcha iniciativas de economía social, empresas de inserción, cooperativas, etc., que tal vez despiertan más nuestra simpatía. Claro, que ¿cuánto control podemos tener nosotros, precarios ahorradores, en decisiones de gente tan poderosa (tan poderosa gracias a nuestro dinero)? Nada.

¿Nada? En algunos países europeos hubo gente hace años

que se puso manos a la obra para hacer algo al respecto y crearon la banca alternativa. En España aún no hay un banco como tal (aunque hay gente dando pasos efectivos), pero si existen diversas iniciativas en marcha cuyo objetivo es poner la economía al servicio de las personas, que promueven las **inversiones éticas y solidarias**. De esta forma, quien les confía su dinero, el inversor, controla a quién beneficia, a la vez que encuentran financiación iniciativas de economía social.

En América Latina existen también muchas iniciativas de este género, que constituyen interesantísimos instrumentos de desarrollo socialmente sostenible. Como en otras organizaciones que nacen de la base, las relaciones entre propuestas de todo el mundo, especialmente de uno a otro lado del Atlántico, se tejen en red.

La enumeración sería prolija: Oikocredit, FETS, APBE, FIARE, entre otros. Nuria del Río, ella misma comprometida en uno de estos grupos, ha publicado un libro, *Rescata tu dinero* (Talasa), que resulta una utilísima guía al respecto. El título quiere poner de manifiesto que hay alternativas a la falta de control antes nombrada. “¿Vas a dejar que tu dinero siga en la jaula cantando su canción? Despierta: rescata tu dinero”.

Mucho más conocidos son, aunque sea de oídas, los fondos éticos y solidarios, que no son lo mismo, ni de lejos. Los **fondos éticos** que ofrecen algunas entidades financieras convencionales (bancos y cajas de ahorros) garantizan que no se invierte en empresas que no cumplen determinados criterios fijados en un reglamento. Los criterios pueden ser negativos (se excluye a las empresas que no cumplen los criterios) o positivos (se elige a empresas que promueven esos valores).

Los **fondos solidarios** no garantizan, nada de eso; sólo se comprometen a donar una parte de los beneficios a alguna ONG o buena causa que se determine. Eso significa, como no habrá pasado inadvertido, que un fondo solidario puede, por ejemplo, dar dinero a una organización a favor de los niños, invirtiendo en una empresa que se enriquezca con trabajo infantil. En este terreno, el nombre de ‘solidario’ tampoco es garantía de buenas prácticas.

La calle es un espacio de convivencia y relación en el que se realizan muchas de las actividades que nos constituyen en ciudadanía. El pueblo de París, el 14 de julio de 1789, se aprestó a tomar las calles cuando pasó de súbdito a ciudadano; en sentido contrario, cuando se instaura una dictadura, las calles se ven vacías de gente y llenas de represión. Fraga, ministro de Franco, afirmó con rotunda exactitud hace años aquello de “la calle es mía”, en lo que llevaba mucha razón. Esa es una de las más inequívocas características de un régimen autoritario: la usurpación del espacio público, que es de todos, por el poder. En sentido literal –se pueden imponer las propias reglas, llenar las calles de policías y/o militares, sin límite ni cortapisa, se puede prohibir a la ciudadanía el uso de la calle...– y como metáfora.

En esa misma medida, afirmar que “la calle es nuestra” significa un acto de soberanía ciudadana, que es reivindicar derechos y asumir responsabilidades. Ocupar el espacio que nos pertenece, porque es nuestro, y habitarlo de manera cívica, porque es nuestro. Cómo lo ocupamos, de acuerdo con qué reglas de urbanidad nos relacionamos define en varios sentidos cómo ejercemos y disfrutamos la ciudadanía real.

En las calles, en principio, se pueden hacer muchas cosas: pasear, manifestarse, tomar el sol, charlar con los vecinos, trasladarse... Sin embargo, en las ciudades (y me refiero a cualquier espacio de núcleo de población regido por normas, escritas o no)

actuales la actividad predominante es esta última: trasladarse. A ello se orienta su diseño, su regulación, su uso. Y a ello solemos contribuir (afortunadamente, no siempre), fieles a una cultura del consumo, la prisa y el provecho.

Las reglas de urbanidad y las normas de tráfico se solapan bastante en nuestras ciudades, de modo que a veces una tiene la sensación de que, más que persona o ciudadana, se es conductor(a) o peatón(a), viéndose así definida en relación al tráfico: lo que viene a significar que, de personas, somos reducidos a semovientes.

Las formas habituales de trasladarse en la actualidad son (salvo ferias andaluzas y otros eventos folclóricos) los vehículos a motor (coches, motos, autobuses, trenes), la bicicleta y los pies.

El coche particular, otrora privilegio reservado a unos pocos, se convirtió a lo largo del siglo pasado casi en un electrodoméstico. La tendencia no se detiene, de modo que, en esta parte del mundo, es muy corriente que haya más de uno por unidad familiar; en ocasiones, incluso por persona. Se calcula que en el 2010, que ya está ahí, habrá en el mundo 1.000 millones de coches. No es verdad que sea, aproximadamente, uno por cada 6 habitantes, porque millones de habitantes no tendrán ninguno. Sí es, sin embargo, cierto que cada habitante “disfrutará” de su parte alícuota de contaminación, puesto que el reparto de los inconvenientes de la sociedad de consumo es bastante más democrático que el de sus beneficios, como ya se señaló.

Se calcula que en una ciudad de tres millones de habitantes (por ejemplo, Barcelona), más del 40% del **consumo energético** se debe al transporte. Trasladarse es imprescindible; la cuestión es qué medio resulta más eficiente (si el objetivo es trasladarse; para otras funciones del coche, véase la introducción a esta segunda parte del libro). Si atendemos a la relación consumo energético/viajero, la bicicleta se lleva el premio a la eficiencia, con un 0,06 megajulios por persona y kilómetro. Le siguen los traslados a pie (0,16), los trenes de cercanías (0,35),



autobuses (0,58), motos de pequeña cilindrada (1) y, ya muy lejos, los coches (de 3 a 4,66, según la potencia).

Muy relacionada con el consumo energético está la **contaminación atmosférica**, como es bien sabido. Se estima que a lo largo de su vida útil (alrededor de 150.000 km), un coche emite al menos 18 toneladas de CO<sub>2</sub>. Si por cada litro de gasolina consumida se generan 2,6 kg de CO<sub>2</sub>, cada cual puede calcular cuál es su contribución. Los tubos de escape ocasionan la mitad de la contaminación urbana y más de la cuarta parte de las emisiones de los “gases invernadero”, con las consiguientes consecuencias, directas e indirectas, sobre la salud de personas y seres vivos en general.

Otra contaminación en la que tienen mucho que ver los vehículos de motor es la acústica; es decir, el **ruido**, un problema ambiental al que se le suele prestar una atención aún más escasa que a otros. Además de las evidentes dificultades que plantea para la comunicación interpersonal, la exposición continua a ruidos por encima de los niveles tolerables ocasiona problemas de salud: trastornos digestivos, dolor de cabeza, aumento de la adrenalina y la presión sanguínea, alteración de los impulsos cardíacos, tensión muscular, pérdida del equilibrio y, en fin, estrés, con todas sus secuelas. A esto hay que añadir que, puesto que los sonidos son unos importantes estímulos sensoriales, las deficiencias auditivas aceleran el envejecimiento cerebral.

La OMS recomienda que los sonidos que llegan a nuestros oídos se sitúen en la banda de 45 a 55 decibelios (dB), pero el tráfico callejero normal alcanza los 70. Qué consideran los estudios “normal” no es fácil de saber, puesto que un camión arrancando emite 95 dB y una moto acelerando, 90, y ya me dirán si ambas cosas no son más que corrientes en las calles que nuestros oídos soportan. El tráfico no es el único “responsable” de esta peligrosa contaminación a la que cada vez somos menos sensibles, precisamente porque cada vez estamos más sordos (tal vez no sólo en sentido literal), pero si uno de los que más contribuyen: alrededor de un 80%. Algunos especialistas constatan que

PEIX '68



los jóvenes de menos veinte años que llegan a sus consultas ofrecen en los estudios audiométricos unos resultados similares a los de las personas de sesenta.

La invasión automovilística de las calles no es algo etéreo; ocupan el **espacio** en todo su sentido. Cuatro coches parados (circulando, mucho más, por el imprescindible espacio de seguridad) llenan unos 16 m<sup>2</sup> de calzada, mientras que si los respectivos conductores se apean, les bastan apenas 2 m<sup>2</sup>. Como las gentes de a pie no siempre están quietas, conviene hacer otras comparaciones: el autobús supone por viajero trasladado el 5% del espacio utilizado por el coche, de modo que viandantes y transporte público ocupan un espacio 100 veces menor que automóviles y aparcamientos.

Esta manera de distribuir el espacio se nota no sólo en la convivencia tan estrecha que se da entre peatones, sino en que el asfalto crece, en detrimento de otros usos urbanos. Tacita a tacita, convertimos las calles en carreteras, lo que lleva a cambiar la naturaleza de la ciudad, ya no lugar de convivencia sino vía de tránsito. ¿Hacia dónde? Eso conduce, perdón por la redundancia, a plantearse la propia identidad de nuestras sociedades, cómo nos relacionamos y nos organizamos.

¿Quemamos los coches? No, por cierto que, entre otras cosas, eso contamina mucho. El coche, además, es una herramienta muy útil. Lo que hay que poner en cuestión es qué lugar ocupa en nuestras vidas y cómo lo usamos. Volviendo al ya muy citado y querido tema de las necesidades y los objetivos: lo que hay que ver es qué medio es más eficiente en cada caso para alcanzar el objetivo de trasladarse. Habría que empezar por plantearse si podemos permitirnos, incluso si fuera necesario, tener 1.000 millones de coches. Tener quien los tenga, porque hay mucha, mucha gente, como ya quedó reseñado, que no tiene ni coche, ni siquiera carné de conducir; que se mueve por otros medios, pero sufre las consecuencias del tráfico. En las ciudades y en remotos lugares muy rurales (véase el capítulo correspondiente a cambio climático y otros desastres más o menos “naturales”).

Para distancias inferiores a 3 km, el mejor vehículo es el del San Fernando, tal vez elevado a los altares por ir un ratito a pie y otro andando. Hasta 8 km se va muy bien en bicicleta, con frecuencia, con más rapidez que los vehículos de motor (en los últimos veinte años, la velocidad media en las ciudades se ha reducido en un 10%). Por las ciudades y campos de Dios, el transporte público es una buena opción para trayectos más largos.

Una vez más hay que insistir en que no hablamos aquí del bien absoluto, sino de discernir entre distintas posibilidades, unas mejores que otras: el medio más eficiente es el que consume y contamine menos por persona y trayecto. Mejor tren normal, que ferrocarril de alta velocidad; mejor tren que avión; mejor transporte colectivo que particular; mejor coche compartido que individualizado, y así sucesivamente. Qué decidir en cada caso, en este como en otros terrenos, corresponde a cada cual, que no es esto un recetario, sino una invitación al muy humanizador ejercicio del discernimiento.

Nótese, además, que actuando con responsabilidad ambiental en este campo se contribuye a democratizar los espacios y las sociedades, puesto que se mejorarían servicios que benefician a la mayoría. Un buen ejemplo es la apuesta, tan poco democrática, por el tren de alta velocidad, que facilita velocidad más o menos alta (AVE Madrid-Barcelona) para unos pocos trayectos, con alto precio de contaminación e inversiones en infraestructuras, y empeoramiento del resto. Pagado dicho precio por todos, que Hacienda somos todos, pero acceso a servicios, no. Se llega más rápido, sí, pero ¿quiénes?

El coche particular admite, por otra parte, distintos modos y frecuencia de **uso**. Tener coche implica una cuidadosa y, es de esperar, responsable decisión. Quien lo compra paga un precio, pero su conciudadanía no decide, no se beneficia, y sufrirá algunas repercusiones, de modo que no sería mucho pedir que quien se encuentre en el trance de semejante decisión, tenga en cuenta, en alguna medida, a dicha conciudadanía.

Una opción a considerarse es adquirir un coche entre

varias personas o unidades de convivencia. En algunos países se están poniendo en marcha sistemas de propiedad compartida, o de uso compartido, como existe desde hace tiempo con las bicicletas.

El uso compartido está mucho más extendido: compañeros de trabajo que se ponen de acuerdo para usarlo de forma rotatoria, por ejemplo. A veces las administraciones públicas instauran medidas que lo fomentan, como habilitar carriles exclusivos para coches con más de una persona.

Existen además hábitos de conducción más o menos agresivos, como es bien sabido. También respecto al medio ambiente. Conducir de forma brusca, con acelerones y frenazos, consume –y, por tanto, contamina– más. Otro aspecto es la velocidad. Las autoridades públicas gastan grandes cantidades en publicidad para convencer a conductores y conductoras de que corran menos en unos vehículos fabricados para correr cada vez más, sin que esas mismas autoridades les pongan ningún impedimento ni a la fabricación de tan veloces máquinas ni a la publicidad que ensalza su vertiginosa rapidez. Las consecuencias y frecuencia de los accidentes de tráfico se ven así incrementadas, pero también otro aspecto de la salud pública, la ambiental, puesto que a mayores velocidades, los motores consumen proporcionalmente más combustible. Bajar de 120 km/h a 90 supone un ahorro del 25%, y está demostrado que a altas velocidades los esfuerzos mecánicos del automóvil significan ineficiencia energética (se gasta más energía de la que se genera), además del incremento de peligrosidad.

## Traga millas

Las modernas maneras de viajar y trasladarse suponen evidentes ventajas en muchos casos, pero, como en otros terrenos, la cultura del consumo convierte un medio en vía de prestigio, de integración social, de aprobación colectiva, etc., desligándolo casi por completo del objetivo que le da sentido. Llegar pronto

es un éxito en caso de necesidad. Tener un coche veloz y agresivo no convierte a nadie en triunfador social y *arrebatacorazones*.

*Si vas a emprender el viaje hacia Ítaca/ pide que tu camino sea largo,/ rico en experiencias, en conocimiento,* escribió Kavafis en 1911, cuando las autopistas y los trenes de alta velocidad eran apenas un sueño de la razón. En las formas de desplazarnos se pone de manifiesto cómo cambiamos tiempo por espacio, con impacto ambiental negativo. *Llegar allí es tu meta./ Mas no apresures el viaje* es su consejo, pero los fabricantes y anunciantes de automóviles no deben leer al gran poeta griego.

Ni ellos, ni el común de la ciudadanía semoviente, que no andamos ni paseamos: nos trasladamos. “Cuando nos movemos a 50 km por hora –escribe F. Tonucci–, atentos a la circulación, las cosas bonitas que tiene la ciudad pierden importancia, porque no nos damos cuenta de su presencia, no las vemos”. La prisa se come el paseo y los encuentros, que a veces van juntos. Esto es muy importante, puesto que las relaciones respetuosas con el entorno son inseparables de las relaciones entre las personas.

Quede, pues, este breve elogio de la lentitud como invitación a disfrutar el tiempo, sin vender nuestra alma –nuestra vida, que, a fin de cuentas, es tiempo– al diablo del consumo. Una llamada a una cierta insumisión a la cultura dominante de la prisa, a la que solemos rendir pleitesía y vasallaje. ¿De verdad tenemos siempre tanta prisa? ¿Dónde vamos? Tomando prestado el título a una obra teatral de Antonio Gala, no estaría mal preguntarse cada cual a cada cual, al menos de vez en cuando, *¿Por qué corres, Ulises?* Astuto era Ulises, pero se pierde así lo mejor. *Ítaca* –lo dice Kavafis– *te regaló un hermoso viaje*.

## ...codo a codo, somos mucho más que dos

Yo no sé si guardan en la retina el hermoso espectáculo de calles atestadas de gente reclamando paz. No andábamos apenas, no había manera de trasladarse, pero cuánto avanzamos por el mero –que no es tan mero– hecho de estar allí. Cuando la ciudad, como espacio, queda reducida a lugar de paso, nosotros pasamos de ciudadanía a rebaño semoviente.

Esta es la razón por la que situamos en la calle –en la ciudad, en sentido amplio– la vertiente política y asociativa de la cuestión. Hay un principio elemental: cada problema ha de ser afrontado en el ámbito en el que se plantea. Los graves problemas ambientales que nos afectan tienen aspectos políticos que no podemos obviar, cual domésticas avestruces. Cierto es que la vida cotidiana tiene repercusiones políticas, pero no lo es menos que la política forma parte de la cotidianidad, aunque poderes interesados se empeñen, con empeño y éxito dignos de mejores causas, en convencernos de lo contrario. Como dice Carlo Martini, “lo que nos hace falta es una solidaridad estructural, política, (...) y una solidaridad extendida”.

“Ciudadanía obliga”, escribe Adela Cortina en *Por una ética del consumo*, donde sostiene que, más allá de motivaciones utilitaristas, la razón de este compromiso es la propia ciudadanía. Los ciudadanos “no sólo son ciudadanos políticamente –argumenta–, sino también económicamente, y esto significa que deben implicarse activamente en orientar el consumo”, lo que constituye, pura y simplemente, “corresponsabilidad ciudadana”.

No excluir los aspectos políticos tiene muchas traducciones, una de las cuales es organizarse, que con razón escribe Benedetti que “...codo a codo, somos mucho más que dos”.

Existen múltiples tipos de organizaciones relacionadas con la ciudadanía responsable, sector consumo, incluidos los parti-

dos políticos, que harían bien en poner en sus programas, en lugar prioritario, estos asuntos tan imbricados en la vida cotidiana de la sociedad.

Las **organizaciones ecologistas** constituyen una plataforma eficaz de trabajo, tanto de presión, investigación y sensibilización, como de información. Muchos de los datos que aparecen en este libro han sido proporcionados por ellas. Coherentes con el clásico lema ecologista “piensa globalmente, actúa localmente”, dedican su atención y sus esfuerzos al entorno más inmediato y al ámbito global, así como a las mutuas interrelaciones. La creciente conciencia ambiental de la sociedad se la debemos en gran medida a estos grupos, que han ido evolucionando con los años. A lo largo de décadas, en todo el Estado español han ido naciendo pequeñas organizaciones, a veces con objetivos muy concretos, como salvaguardar un espacio cercano o una especie viva local. Analizar lo cercano con perspectiva amplia ha contribuido probablemente mucho a que se hayan articulado, sin perder su propia naturaleza en Ecologistas en Acción, promotora de interesantes acciones y fuente inestimable de información.

Las **asociaciones de consumidores**, centradas durante algún tiempo en la estricta defensa de los derechos del consumidor, hace años que amplían su perspectiva hacia otros aspectos complementarios. Aunque trabajan por asuntos de interés general, cuentan en España con un número no muy elevado de socios. Un respaldo más numeroso las convertiría en interlocutoras aún más poderosas ante empresas y administraciones públicas.

*Muy directamente tienen que ver las cooperativas o grupos de consumo, cuyo fin último es promover y poner en práctica una economía solidaria y sostenible. Se elimina la figura del intermediario, comprando directamente, con lo que también se establece relación inmediata con los productores, con lo que ello supone de conocimiento del proceso y de la calidad real de los productos. Las personas asociadas comparten las tareas de compra y reparto de*

los productos y, a menudo, dedican un tiempo a la sensibilización de la sociedad. Están bastante extendidas, aunque no son muy conocidas al ser entidades pequeñas. Su valor va más allá del acceso a productos ambiental y socialmente sostenibles, de asociarse para consumir con responsabilidad (que no es poco). Organizarse en asuntos de consumo es esencial, como señala Michael Renner: "El predominio de las pautas de consumo sumamente individualizadas lleva de forma inevitable a la multiplicación de muchos bienes y servicios a gran escala. Eso garantiza prácticamente la superfluidad y unas exigencias materiales innecesarias" (Informe Wordwatch 2004). Cooperación y consumo crítico tocan dos pilares maestros del sistema, de la sociedad de consumo; en ese sentido (y en la medida de que cada cooperativa lo sea, más allá de las palabras y los papeles), constituyen una auténtica alternativa de hondo calado político.

Hace ya más de diez años nacieron otras iniciativas cercanas que, bajo nombres como **bancos de tiempo** u otros similares, reúnen personas que ponen en común su tiempo y sus habilidades, resolviendo las necesidades de la vida diaria no con dinero, sino mediante el trueque. En este banco, el tiempo es la riqueza principal y, por tanto, la unidad de valor. Todas las habilidades tendrán el mismo valor, es decir, todo vale el tiempo que se tarda en hacerlo. Los bancos de tiempo quieren romper el aislamiento y la soledad de la vida urbana, creando un nuevo espacio para compartir, acercar a las personas y desarrollar en la práctica valores de cooperación y solidaridad.

En general, cualquier tipo de **asociación cívica** tiene mucho que ver con el ejercicio de la ciudadanía responsable, de modo que, de uno u otro modo, es difícil pensar en algún tipo de organización ajena a estos temas, aunque sea indirectamente: derechos humanos, cultura de paz, etc. Por ejemplo, propuestas como la objeción fiscal (dedicar los impuestos destinados a gastos militares a entidades y grupos que trabajan por la paz) han nacido en organizaciones como las citadas.

Asociarse, o apoyar de cualquier forma las organizaciones y colectivos de estos ámbitos crea y alimenta tejido social, y una sociedad articulada es más democrática, más participativa y, por tanto, más sostenible.

En enero de 2001 se celebró en Porto Alegre (Brasil) el primer Foro Social Mundial (FSM) como espacio de encuentro y debate de una amplia gama de grupos con objetivos variados que confluyen en un horizonte común: un mundo justo, humano, inclusivo. Unos años más tarde la celebración de Foros Sociales (FS) se ha localizado, de modo que se celebran cada año simultáneamente en todo el mundo, sin perder el horizonte utópico común: reivindicar y hacer visible que **otro mundo es posible y ya está en construcción**.

## Una Agenda muy útil

Como puede verse, muchas de estas iniciativas son de ámbito local, formando redes que a veces dan la vuelta al mundo (de nuevo global/local). No es gratuito. Son estructuras muy participativas, muy pegadas al terreno. *Lo pequeño es hermoso* es un libro clásico del ecologismo, y ésta forma de organizarse y funcionar lo certifica.

De la Cumbre de la Tierra (1992) surgió la Agenda 21, el Plan de Acción que los Estados deberían llevar a cabo para transformar el modelo de desarrollo actual, depredador y destructor, en otro que satisfaga las necesidades de las generaciones actuales sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras; es decir, un desarrollo sostenible. Muchas ciudades han asumido este compromiso elaborando su propio plan de acción. Parte integrante de este plan suele ser elaborar materiales de información y difusión y actividades de divulgación. Una medida interesante sería informarse de qué hace al respecto el propio municipio.

# Palabras y geografías

“De la materia de la que se forjan los sueños” decía el detective Sam Spade que estaba hecho el halcón maltés. En la novela de Dashiell Hammet, el pájaro era objeto de codicia, desencadenante (la codicia, no el halcón) de dolor y violencia, ojo del remolino en el que giraban los sueños de un puñado de personas, atrapadas en lo que resultó una decepcionante pesadilla.

Los sueños –los que tenemos mientras dormimos– son a veces fragmentarios. Como los anuncios que pasan por la tele, nos saludan desde las vallas y las marquesinas urbanas, nos esperan en las páginas de los periódicos; retazos, hilachos de ese deshilachado sueño compartido que es el imaginario colectivo.

Había hace unos meses uno cuyo mensaje, entre incitante y conminatorio era “no renuncies a nada”. Creo que promocionaba un modelo de coche, aunque a lo que no renunciaba el protagonista era a las bolsas de comida de una horda hambrienta de ciclistas y al ramo de flores que ha ganado otro. Otro proclama que una compañía asegura “todo, todo, todo”, según afirma convencida una cándida niña. Y resulta que lo que asegura es que si se te quema la casa, te roban el coche o tienes un accidente, te dan dinero (no aseguran por ejemplo, que esos accidentes no ocurran, como tal vez piensa la niña). Otros garantizan sensaciones únicas bebiendo tal o cual refresco, libertad adosada a un teléfono o la propia luz del sol por echar a la lavadora determinado detergente. En fin, tocar el sueño con las manos, previo paso por el supermercado.

## ¿Soñar no tiene límites?

Pues se diría que, al menos geográficos, sí. La globalización es, al parecer, el escenario incontrovertible de nuestros sueños, pero, si aplicas una punzada de sentido común, el globo estalla por los aires. Nuestro paisaje mental tiene todo el aspecto de una postal: por lo pequeñas y por lo tópicas que son tales artilugios sustitutorios de la realidad. Invito a un sencillo ejercicio que consiste en abrir un periódico o prestar atención a un noticiario de la televisión o la radio. Cuéntense los países que aparecen y el espacio/tiempo que ocupan. Dibújese un mapamundi con la información así obtenida. Esta es la fase A.

Segunda parte, o fase B, del ameno ejercicio: observar a propósito de qué asuntos aparecen según qué países. No tengo dones adivinatorios, pero suele suceder que en los países más relevantes en el mapamundi de la fase A ocurren cosas triviales (un mandatario que viene, dos que se saludan, una reina que lleva medio siglo usando los mismos sombreros, unos príncipes que se casan, etc.) o bien los mandatarios se reúnen, deciden, declaran o denuestan.

En esos otros países que sólo existen en cuerpos tipográficos minúsculos, tan insignificantes como ellos, se diría que no hay gente corriente, ni casi representantes políticos; nada de personajes famosos: sólo catástrofes y algún que otro exotismo. Y la cosa es que es curioso, porque luego, de pronto un día nos cuentan los medios de comunicación que somos más de 6.000 millones de personas, la mayoría en países de cuerpo tipográfico 4. ¿Dónde se meten? Fuera de nuestro mapa mental y afectivo. Tal vez por eso es tan fácil no caer en la cuenta de las repercusiones de ese estilo de vida que se llama consumismo.

La fase C del ejercicio propuesto consiste en preguntarse por las imágenes que alimentan los propios sueños de felicidad, las pesadillas que nos quitan el sueño, ¿qué son? Esos somos nosotros.

## Beber de buenas fuentes

Elegir las fuentes es fundamental, además de por la importancia del tema, por la cantidad de intereses que hay en juego. Desde hace ya más de una década crece la conciencia ambiental, en gran parte gracias a ciudadanos y ciudadanas que asumen su responsabilidad y trabajan por ello en organizaciones ecologistas, de cooperación, de consumo, etc. Algunas ONG de desarrollo elaboran materiales valiosos, dedicados a la escuela o al público en general, a partir sobre todo de la evidencia de que distribución equitativa de bienes y desarrollo sostenible van juntos. A algunas de ellas (Intermón Oxfam y Setem, por citar algunas) se deben serios y sugerentes estudios, a veces en el marco de campañas de denuncia y sensibilización. Sus publicaciones periódicas también son un recurso interesante.

Las organizaciones ecologistas (Greenpeace, Ecologistas en Acción...) ofrecen una gran cantidad de información, con la impagable virtud de actualizarse sin tregua. Sus revistas y páginas web dan datos y reflexiones para estar al día de los temas más importantes, con pistas para implicarse a distintos niveles, desde leerlas o apoyarlas económicamente, a unirse a ellas para trabajar. Las páginas [www.adbusters.org](http://www.adbusters.org) y [www.consumehasta-morir.com/](http://www.consumehasta-morir.com/) ofrecen herramientas para trabajar la publicidad.

A las organizaciones de consumidores tradicionales se han sumado más recientemente algunas de consumo responsable que también constituyen un recurso informativo importante. Otro tanto puede decirse de las redes de economía solidaria o de comercio justo. Sus páginas web son de visita muy recomendable.

Hay libros más que suficientes, y siguen publicándose, bien sobre planteamientos amplios, bien sobre aspectos concretos, casi siempre muy divulgativos, útiles, documentados y amenos, puesto que muy frecuentemente están escritos por personas comprometidas con los temas. *Consumir menos, vivir mejor*, de Toni Lodeiro, está disponible en [www.nodo50.org/consumirmenosvivirmejor](http://www.nodo50.org/consumirmenosvivirmejor), aunque también puede comprarse en librerías.

Otros recursos se deben a instituciones y organismos. Y citaré los dos extremos. Entre los de ámbito mundial, las páginas web y publicaciones de los organismos de Naciones Unidas, especialmente el PNUMA y el PNUD (también las de la OMS y el FNUAP).

En el otro extremos, el local, los ayuntamientos, a través de las entidades correspondientes, a menudo en el marco de la Agenda 21. Los materiales elaborados por algunos son de agradable y provechosa lectura. Además de tenerlos cerca para preguntar, sugerir, animar y, llegado el caso, exigir, en muchos casos (por ejemplo, el de Barcelona) están disponibles en Internet.

Finalmente, citaré una revista enormemente útil y asequible, desde todos los puntos de vista. *Opcions*, que así se llama, está editada por CRIC (Centre de Recerca i Informació en Consum). Se publica en dos versiones: catalán y castellano.

No todos cuentan las mismas cosas, no todos tienen el mismo punto de vista, que las dietas variadas son las más sustanciosas y las monocordes producen empacho.

## Un mundo de palabras

El sueño que se desarrolla en ese paisaje se alimenta de palabras. Las palabras, como se dijo en la introducción, tienen una gran importancia porque con ellas se teje la comunicación, porque dan nombre a las cosas. El poder de nombrar tiene algo de poder creador, puesto que los nombres dan, en gran medida, cuerpo a las cosas. Si 'nivel de vida' significa contar con dinero para comprar cualquier cosa que se nos ocurra; si 'calidad de vida' es casi un sinónimo, resultará imposible que resulte mínimamente apetecible mover un dedo para disminuir el consumo, porque representa luchar contra nuestros propios intereses. Resultará, incluso, que los otros son competidores por bienes escasos, cuyos derechos significan fastidio en la medida en que empeoran mi vida.

"Cada cual cuenta la feria según le va en ella", afirma con aplomo el refrán; tal vez sea reversible, y ya vamos a la feria

con un ánimo cortado a medida del relato que nos han hecho de ella. Es decir, la información de la que nos nutrimos orienta de manera decisiva nuestra percepción del mundo y nuestras actuaciones. Con razón y lucidez escribió Walter Benjamin que “el modo de percepción de las sociedades humanas se transforma al mismo tiempo que su modo de existencia”.

Tal vez no somos conscientes, pero también consumimos palabras. Vivimos en un mundo en el que circulan grandes cantidades de información. “Hemos alcanzado una etapa de nuestra historia –escribe Max-Neef– que se caracteriza por el hecho de que sabemos mucho pero comprendemos muy poco. *Es aquí donde, a mi juicio, radica el meollo del problema.*” (La cursiva es mía.) Este meollo estriba mucho en **cómo se construyen los mensajes, quién los emite y cómo se reciben.**

Es éste un tema complejo que excede en mucho los modestos límites de este libro, pero tiene tanta repercusión para lo que en él se trata, que conviene, al menos, apuntarlo. Tiene que ver tan relevante cuestión con el lenguaje, que es una de las cosas menos inocentes del mundo. Nos cuentan, por ejemplo, que ha crecido el PNB, en medio de una fanfarria de trompetas triunfales, y no sale nadie preguntando –aunque sea un periodista– a costa de qué será y quién se beneficiará. A esto llamo consumir palabras, puesto que nos “tragamos” el mensaje, según modelo Mari Poppins (“...y la peor medicina con azúcar pasará...”; la música la ponen ustedes).

Max-Neef pone dos expresivos ejemplo: si se depreda con eficacia un recurso natural, o si una feroz epidemia ataca a la población y aumenta el consumo de medicinas y la actividad hospitalaria, la economía crece, pero no parece que sea un panorama de mucha felicidad. (Como señala *El estado del mundo 2004* del Worldwatch Instituse, “más ricos, más gordos, pero no más felices”.) Incluso limitándonos a lo económico, ambas cosas aumentan la pobreza estructural de forma irreversible. Uno de los mecanismos más eficientes parece ser el empobrecimiento del lenguaje, mediante la simplificación, de una parte, y mediante

un reduccionismo economicista que llena nuestras informaciones de exotéricos términos que, por incomprensibles, nos provocan una credulidad que se parece al temor reverencial. “Divinas palabras”, como genialmente denunciara Valle-Inclán en la obra del mismo nombre.

Y aquí nuestra parte, nuestra posibilidad de, especialmente en este terreno, no resignarnos a ser protozoos insumisos. No nos conformemos con “tragar”, pasemos a la acción y emitamos mensajes. Que sepan los magos de Oz que ahí fuera hay vida inteligente. Atrevámonos a nombrar y a no dar por buenos todos los nombres. Es una de las maneras más efectivas de cambiar los papeles, de asumir el poder ciudadano que nos corresponde, que no es el de consumidores. Joan Rigol, poco antes de dejar de ser presidente del Parlament de Catalunya, pedía a los partidos que no traten a los ciudadanos como “meros consumidores”. Es de agradecer, pero somos nosotros quienes no debemos someternos a tan degradante trato.



## COLECCIÓN CIUDADANÍA GLOBAL

La ciudadanía global es una corriente social que impulsa un nuevo modelo de ciudadanía comprometido activamente en la consecución de un mundo más equitativo y sostenible. Desde esta perspectiva, la educación para la ciudadanía global apuesta por el respeto y la valoración de la diversidad, la defensa del medio ambiente, el consumo responsable y el respeto a los derechos humanos individuales y sociales.

En este contexto, la colección *Ciudadanía Global* de Intermón Oxfam tiene como objetivo proporcionar herramientas teóricas y prácticas que potencien el diálogo, la participación, la corresponsabilidad y el compromiso transformador en nuestras escuelas y en la sociedad.

Ofrece sus publicaciones a través de dos líneas complementarias: *Saberes* y *Propuestas*. *Saberes* agrupa textos que ofrecen aportaciones y alternativas teóricas vinculadas a los temas de ciudadanía global. *Propuestas* es un conjunto de manuales pedagógicos y divulgativos dirigidos a facilitar la apropiación y puesta en práctica de estrategias para la construcción de esta ciudadanía global.

## PROTOZOOS INSUMISOS

He aquí un verdadero regalo, obviamente no consumista y doble, porque pretende instruirnos en los contenidos y deleitarnos en las formas. Y no porque sea un libro complaciente; más bien resulta inquietante, pero escrito con total afecto por las personas, la sociedad y la naturaleza.

Las reflexiones críticas parten de una afirmación básica: la ciudad se ha convertido en mercado y el ciudadano en consumidor. Desde esta perspectiva abundan las propuestas para enfocar un consumo compartido, fortalecedor de las capacidades humanas, responsable socialmente y sostenible.

La realidad actual transforma el texto, ya de por sí útil, en un vademécum de los nuevos caminos que, en este ámbito, deberían tomarse para que la crisis, también oportunidad, fructificara en una transformación de la economía hacia aquello que constituye su única esencia: la satisfacción de las necesidades de toda la población humana.

Harán falta muchos ensayos como este para que, no tan sólo en el consumo, sino también en la producción, la distribución, las finanzas, la *res* pública, los centros educativos, los medios de comunicación y las valoraciones éticas, aparezcan muchos **protozoos insumisos**.

(Del prólogo de Arcadi Oliveres)

753811



Con el cofinanzamiento de:



Región de Murcia